

19. Rev. 78.

EDUARDO DE SANTIAGO-FUENTES MALLAFRÉ.

UNA

NOCHE DE NOVIOS.

UNA NOCHE DE NOVIOS

PRECIO, DOS REALES.

2771

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ CARCÍA,
Costanilla de los Angeles, 3.

1877.

22-6-64

EDICION DE LA REVISTA MEXICANA

UNA

NOCHES DE NOVIO

PRECIO DOS REALES

MEXICO
DISTRITO FEDERAL
CALLE DE LOS ARBOLES 3
ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO

1957

277-1362

UNA NOCHE DE NOVIOS.

Eduardo de S. Fuentes
Wallafré

2771

THE STATE OF TEXAS

UNA
NOCHE DE NOVIOS.

NOVELA DE COSTUMBRES

original de

EDUARDO DE SANTIAGO-FUENTES MALLAFRÉ.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ CARCÍA,
Costanilla de los Angeles, 3.

1877.

Rev. o /^o 299. lib. 29.

El 13 de Mayo de 1870 ofrecian un pintoresco golpe de vista las *Ventas del Espíritu Santo* y sus alrededores, á la postura del sol.

El que haya frecuentado ese pequeño *Belville* de las cercanías de Madrid; el que haya entrado en sus bodegones, llamados enfáticamente *fondas*; el que se haya remontado unos cien pasos, siguiendo la corriente del exhausto arroyo *Abroñigal*, y haya merendado á la sombra de una alameda de chopos que hay á su márgen izquierda, comprenderá todo el encanto y poesía que esos sitios podian tener á la postura del sol el dia que comienza nuestra verídica historia.

Sin embargo, como muchos de mis lectores no habrán visto ese pequeño *oasis*, pues para ciertos habitantes de la coronada villa del oso y del madroño, su dicha está en la poblacion, ó cuando más, en el Prado, Recoletos ó el Retiro, séame permitido decir cuatro palabras sobre la situacion topográfica de las mencionadas *Ventas*.

Siguiendo la antigua carretera de Aragon, y

á poco más de dos kilómetros de la monumental puerta de Alcalá, hállase un largo puente, que parece un sarcasmo al arroyo que por bajo de él arrastra su estrecho cáuce. Pasado el puente, y al lado derecho del camino, álzanse algunas casas, generalmente de un solo piso, en cuyas fachadas se leen anuncios más ó menos pomposos, para excitar á un tiempo la curiosidad y apetito de los transeuntes. La primera de estas casas tiene en dos de su frontispicios el siguiente letrero:

Fonda y café de la Amistad.

Suelen adornar sus puertas, conejos y perdices, pendientes de enmohecidos clavos, y unas cortinas de percal encarnado, como las que existen en las horchaterías de la corte, ocultan al indiscreto transeunte las escenas que acaecen en el interior.

Descrita esta, se ven las demás; por lo que abandonemos el caserío, bajemos una pequeña pendiente, torzamos á la izquierda y nos hallaremos en plena pradera á orillas del ya citado arroyo Abroñigal.

En este sitio es donde las gentes acampan y tienen sus francachelas y sus bailes, al son de vihuelas y bandurrias que tañen primorosamente hombres, al parecer ciegos, dispuestos siempre á solazar con sus armonías y sus picarescos cantares á los alegres comensales y bailarines, previos algunos ochavos. Por fin, á lo lejos, unos cien pasos, se alzan los chopos corpulentos de que ya hemos hablado, brindando su fresca y gratuita sombra á los acalorados romeros. Olvidábasenos, para que el bosquejo sea exacto, hablar de un kiosco-comedor

que se alza una vara del suelo en la pradera, y que por su forma recuerda la jaula de monos que existe en el centro del jardín de la casa de fieras en el hoy parque de Madrid, antes Buen Retiro.

Hecha esta pequeña descripción, volvamos á nuestro punto de partida, ó sea á la tarde del 13 de Mayo de 1870.

Las seis acababan de dar en el reloj colocado en el portal-comedor-taberna de la *Fonda y café de la Amistad*, cuando paró un *simon* á la puerta que dá frente á la carretera, y de él se apearon dos hombres, uno jóven y otro de edad; el jóven, vestido con cierta elegancia, el viejo con el traje peculiar de los hombres de los barrios bajos de Madrid. Ambos entraron y se colocaron en una de las mesas más escondidas del portal, pero desde donde todo podían verlo. Pidieron vino, y mientras apuraban los vasos y fumaban el jóven un puro y el viejo su pipa, sostenían el siguiente diálogo:

—¿Está V. seguro, señorito?—decía el viejo lanzando una bocanada de humo y contemplando las espirales que hacía al remontarse al techo.

—Segurísimo, Pascual; á no ser así no te hubiera buscado.

—Y V. desea que yo...

—Nadie mejor; eres hombre de corazón, no es la primera vez que te encargas de comisiones por el estilo, y por lo tanto...

—Peliagudo es el negocio, pero veremos de zanjarlo á su gusto; y el Sr. D...

Cuando iba Pascual á pronunciar el nombre, una multitud de gente entró en el portal dando ri-

sotadas y voces. Unas veinticinco ó treinta personas de todas edades y sexos compondrían esta avalancha que, al son de una guitarra y atropellándose unos á otros, asaltaron la escalera que conduce al piso principal.

—¿Son ellos?—preguntó Pascual.

—Los mismos—le contestó muy quedito el jóven, á quien llamaremos Pedro.

—¿Y los novios?

—Aquellos, dijo, señalando á una jóven vivaracha y airosa y á un viejo panzudo y coloradote.

—No se me despintará él: esté V. tranquilo.

—Confío en tí.

Pascual salió del portal, anduvo unos pasos, dió un silbido especial, se le reunió otro más jóven, le habló algunas palabras al oído y se separaron. Pedro observó todo esto, pagó el vino, se metió en el *simon* que le esperaba á tres pasos de la puerta, y arrellenándose en el fondo del carruaje gritó:

—A la calle del Fúcar.

Mientras esto sucedía, los del piso principal se habian colocado alrededor de una gran mesa; el criado llenó las copas, colocó una enorme cazuela de arroz con pollos, tomates y pimientos en el centro de la mesa, distribuyó á los concurrentes la tradicional cuchara de boj y se retiró.

Todos quisieron dar á un tiempo el asalto á la cazuela y enarbolaron las cucharas, gritando:

—¡Vivan los novios!

Ya habrá comprendido el lector que iba á celebrarse una comida de boda. Los recién casados

eran la preciosa y sin rival modista, Micaela, y el Sr. D. Canuto Silbo de Locomotora.

Aprovechemos esta ocasion, puesto que toda comida al empezar es silenciosa, para poner fin á este capítulo, y para, mientras se llenan los estómagos de novios y convidados, y se mata, como vulgarmente se dice, el hambre, poner á los lectores al corriente de quiénes eran los novios, su historia, etc. etc.

II.

Tendria Micaela diez y ocho años, y era morena, esbelta, de regular estatura, ojos negros y rasgados, seno turgente, y estaba dotada de esa gracia y donaire que solo las madrileñas poseen, y que las hace distinguir entre las demás. Hija de unos honrados menestrales, tuvo desde los quince años que ganar para vivir, y entró de aprendiz en el taller de una modista, donde comenzó su educacion en todos sentidos. Fué tal su aplicacion y tal su constancia en el trabajo, que en menos de un año se hizo oficiala, y hallando ya mezquino aquel obrador para los primores de sus manos, y en vista de lo poco que semanalmente ganaba, pensó sériamente en abandonar á su maestra por otra que, apreciando su trabajo la pagara más, y al lado de la que le fuera fácil aprender nuevos primores.

Así lo hizo; pero la suerte, que hasta entonces

le había sonreído, le volvió la espalda, y por algunos meses se vió sin trabajo, teniendo que reducirse á cuidar del puchero de sus padres, arreglar á sus hermanos y hacer todas las faenas domésticas, á las que, por no estar habituada, tildaba de serviles, bajas y denigrantes.

Maldiciendo interiormente su orgullo y avaricia, solía exclamar:

—¡Pobre de mí! ¡á qué extremo me veo reducida! Antes, aunque trabajaba, eran mis quehaceres distraídos, variados y amenos: mis compañeras me alegraban si estaba triste con sus cantares, palabras y anécdotas, mientras que hoy... hoy...

Esta situación no podía durar mucho; así es que una mañana salió resuelta del hogar paterno, y aunque anduvo varias tiendas y talleres sin éxito, por fin fué admitida en casa de una florista.

Al volver á casa, su dicha no tenía límites. Nuevos horizontes le brindaba Madrid; las ilusiones bullían en su mente como inmenso hormiguero, y de sus penas pasadas quedábale sólo el recuerdo; pero al propio tiempo, una y mil veces prometía no volverse á ver en situación análoga.

Excusado nos parece decir que fué Micaela la primera que entró al siguiente día en la tienda de la florista, así como que, durante el trabajo, fué la más cantarina y charlatana. Cuántas veces se dijo:

—¡Qué diferencia de ayer á hoy! Esto es vivir: estoy en mi elemento.

Acaeció á poco la tan anatematizada por unos, tan ensalzada por otros, pero tan deseada entonces

por todos, revolucion de Setiembre, y aunque Micaela tuvo horas extraordinarias de trabajo, pues fué inmenso el consumo que de flores y ramos se hizo, en cambio vió recuperado su trabajo y repleto su bolsillo.

Madrid en aquellos días ofrecia un aspecto deslumbrante: músicas, colgaduras, iluminaciones, fiestas, bullicio y alegría por todas partes: las diversiones se hallaban en todos lados, así es que nuestra heroína apenas salia del taller, no perdonaba medio de esplayarse.

Hubo, además, una circunstancia que la favoreció. Una noche, más temprano que de ordinario, al salir Micaela del obrador, se encontró en la calle de la Montera con una de sus antiguas compañeras.

—¿Dónde vas, Micaela? le preguntó su amiga dándole un apretado abrazo.

—No tengo rumbo fijo, respondió la interpelada. ¿Y tú?

—Voy á buscar á Paco: ya sabes que somos novios desde antes de separarte tú de nosotras.

—Entonces, vete con Dios.

—No tal: vente conmigo... á ménos que no tengas tambien quien te espere.

—Ya sabes que hasta el presente no he hecho caso á ninguno de los mil zánganos que me han acosado.

—Haces mal; cuando tú los busques, ellos tampoco se fijarán en tí.

—Soy jóven.

—Y eso qué importa. Al que madruga Dios le ayuda.

—Si; pero á veces vale más estar sola que no mal acompañada.

Engolfadas en este diálogo, atravesaron la Puerta del Sol y calle de Carretas: ya en la de Atocha, Micaela dijo á su amiga:

—Vaya, Pepa, adios: tú, como siempre, irás al café de Zaragoza á buscar á Paco; y para mí es mejorirme por aquí á mi casa.

—Pero... ¿no vienes?

—¿A dónde?

—Al teatro; ¿no te lo he dicho?

—No.

—Pues al teatro de Novedades. Van los generales libertadores á la funcion, y como Pedro, que es íntimo de Paco, va á leer unos versos, le ha regalado un palco. Ya ves que sin escrúpulo puedes venir. Estaremos los tres solos.

—Pero...

—¿No tienes confianza conmigo?

—Sí.

—¿Pues entonces?

—Corriente, iré; acompáñame á mi casa y lo diré.

—Vamos; así como así ya estamos en la calle de la Concepcion Gerónima, tú vives en la de los Estudios, Paco me espera en la plaza de la Cebada, de modo que todo es camino.

En pocos minutos llegaron á casa de Micaela; ésta, en ménos que se santigua un cura loco, se puso unas flores en el peinado, se mudó de traje y cogió un abrigo.

Acostumbrada debía estar su familia á estas es-

cenar, puesto que su madre la vió sin sorpresa hacer su *toilette*, limitándose á preguntarla:

—¿Pero no cenar, hija mia?

—No, señora; es tarde y voy al teatro.

—¿Te guardo algo para la vuelta?

—No hay necesidad; ya tomaré chocolate ó café con media de abajo. Lo que ha de hacer V. es acostarse, que el sereno me abrirá la puerta y yo ya me llevo el llavin.

—Está bien.

—Adios, dijeron Pepa y Micaela saliendo del cuarto cuarto en que ésta vivía; y alegres, risueñas y tarareando uno de los himnos, entonces de moda, bajaron la escalera, precipitáronse á la calle, salvando de este modo en poco tiempo la distancia que las separaba de la plaza de la Cebada.

En la esquina de la calle de las Maldonadas, dos jóvenes bien portados se reunieron á nuestras modistas; eran Paco y Pedro, el autor de la composición que se iba á leer. Al encontrarse, Pepa saludó afablemente á ambos, y dijo:

—Me he tomado la libertad de traer esta amigueta.

—Ha hecho V. perfectamente—replicó Pedro—y yo tengo un gran placer en que nos acompañe.

—Gracias,—repuso Micaela fijando sus ojos en el jóven que tan galante se mostraba, sintiendo una dulce emoción, para ella desconocida, que la hizo palidecer y enrojecer á un tiempo.

—¿Vamos?—exclamarón Pepa y Paco cogiéndose del brazo.

—Cuando ustedes gusten—respondieron los otros.

Pedro, á fuer de *gentleman*, tambien ofreció su apoyo á Micaela, que ella aceptó, despues de los cumplidos de ordenanza.

Pocos minutos despues estaban los cuatro apointedados en un palco segundo del teatro de Nove-dades.

III.

—¿Está V. triste?—decia Pedro á Micaela al fi-nalizar el primer acto.

—No señor, es aprension que V. tiene.

—¿Acaso echa V. algo de ménos?

—Tampoco.

—¿Se puede creer eso?

—Sí, señor.

—Parece imposible, siendo V. tan bonita.

—Muchas gracias.

La aparicion del general Prim en un palco, los vítores, aplausos, etc., etc., que esto promovió, in-terrompió la conversacion que hemos trascrito, é hizo que Pepa y Paco suspendieran tambien la su-ya y se hiciese general, versando sobre la revolu-cion, los generales, el pueblo, las tropas, etc., así como sobre el iamenso gentío que llenaba el teatro, las damas que en él lucian sus galas y su hermo-ra, y en fin, de todas esas puerilidades con que en-tretiene un rato la gente, cuando no puede, no quiere, ó no sabe de qué hablar.

Alzado nuevamente el telon, todas las miradas se fijaron en la escena, todos los lábios se sellaron, y aquel inmenso gentío poco há tan bullicioso, tornóse en mudo espectador. Sólo alguna salva de aplausos y bravos interrumpia el silencio por breves segundos, volviendo al punto todo á silenciosa calma.

Nuestros jóvenes, imitando á los demás, se tornaron mudos y séríos; empero si algun escrupuloso espectador se hubiera fijado en aquel palco hubiera podido notar la frecuencia con que los ojos de Micaela y Pedro se encontraban, el estremecimiento que este choque de miradas producía en ambos, pero principalmente en él, y los suspiros mal comprimidos que á veces salían de su pecho.

Durante el segundo entreacto, Pedro y Paco salieron del palco, y entre las dos modistas entablóse el siguiente diálogo:

—Veo que seguís tan amartelados como antes, decía Micaela á su amiga.

—Cada dia más. Paco es un tesoro: el año que viene concluye su carrera de médico, y si Dios quiere, en teniendo un partido nos casaremos.

—Debes suponer cuánto me alegre. ¿Pero estás segura de que no te dé entonces *perro*?

—Vaya si lo estoy. Siempre has de ser recelosa y mal pensada.

—Qué quieres, ¡vé una tales cosas! Además, me parece imposible que se pueda querer tanto tiempo á uno mismo. Yo á nadie he amado, y temo enamorarme, porque presumo que al mes estoy harta de noviajo.

—¡Que has de ser así! Por supuesto, que eso consiste en que aún no te has enamorado de veras.

—Ni creo que lo haré nunca: me casaré algún día si hallo un novio que me convenga; pero volverme tonta, como tú, vivir pensando en un hombre, siendo esclava de sus caprichos, jamás!

—No se puede decir de este agua no beberé. Y tanto es así, que me había parecido ver en tus ojos esta noche cierta expresión...

—Ja... ja... ja... ja...

La sonora carcajada que lanzó Micaela, atrajo varias miradas al palco. Uno de los que con más insistencia dirigió sus gemelos á nuestras jóvenes, fué un señor rechoncho, colorado, de gran abdomen y calva cabeza, que ocupaba, con otros, un palco principal frente por frente.

A poco de lo que acabamos de referir sonó la con-sabida campana que anuncia va á proseguir el espectáculo, y Pedro y Paco entraron en el palco. Antes de cerrar la puerta, dijo el segundo al primero:

—¿Con que te gusta?

—Mucho;—replicó Pedro—pero hazme el favor de callar, y no decir una palabra á tu novia.

Como ya había comenzado la representación, ambos en silencio ocuparon sus respectivas sillas.

El viejo del palco principal no separaba los lentes de nuestras modistas, si bien los fijaba con más insistencia en Micaela. Ella, ó no debió advertirlo, ó estaba preocupada con alguna otra cosa; pero á Pedro no le pasó desapercibido; como tampoco á Paco el que dijese éste entre dientes y con muy mal gusto:

—¡Vaya con qué insistencia mira á Micaela el Sr. D. Canuto Silbo de Locomotora!

Terminado el drama, Pedro se apresuró á salir del palco para bájarse á la escena á leer su poesía; pero por la escalera iba diciendo:

—¡Vaya, vaya con D. Canuto!...

Los versos de Pedro arrebataron: el autor fué llamado á escena repetidas veces entre atronadores aplausos, más él estaba pensativo. Se había enamorado ciegamente de la bella modista; la veía con él, si no indiferente, fría, y la tenacidad de don Canuto le tenía fuera de sí.

—¡Maldito viejo!—exclamaba dando vueltas por los pasillos, y á poco decía:—Pero yo, ¿qué derechos tengo sobre Micaela?

A pesar de estas reflexiones, su mal humor seguía en aumento; tanto, que al entrar de nuevo en el palco, no pudieron ménos de decirle todos:

—¿Qué le ha pasado á V., Pedro?

—Nada;—pero como viese que D. Canuto sonreía, fijándose más y más en Micaela, dejó escapar una imprecación, y dando un golpazo á la puerta salió del palco, dejando atónitos á sus amigos.

—¿Qué es eso? preguntó Pepa.

—Un arrebató de celos, respondió Paco.

—¿De celos? exclamó Micaela.

—Sí, de celos: ya sabrán ustedes el motivo, cuando él me autorice para ello.

Media hora despues, entraba Micaela en su casa, y Paco y Pepa iban por la calle del Sacramento á la de Calderon de la Barca, donde ella vivía.

—¿Con que no me lo dices?

—No, respondió Paco.

—¿De veras?

—De veras.

—Pues buenas noches, dijo Pepa cerrando la puerta de su casa.

—Se ha enfadado; pero mañana estará como si tal cosa, iba diciendo Paco por la calle Mayor. Yo no debía decírselo, puesto que Pedro me encargó el secreto. ¡Pobre muchacho! ¡Celoso antes de tener amores!... Decididamente cada día va habiendo más locos en el mundo.

IV.

¿Qué había sido de Pedro?

Vamos á decirlo en cuatro palabras.

Al salir del palco, lleno de ira, de celos el corazón y la cabeza de ideas terribles de venganza, su primer pensamiento fué esperar á la puerta del palco ó del teatro á su rival y provocar con él un lance.

—Uno de los dos sobra en el mundo,—decía con acento exaltado, indeciso por dónde esperar á don Canuto.

Hallábase á la sazón en el vestíbulo del teatro: ya se dirigia al piso principal, impaciente por armar la camorra, cuando se le acercó uno de los dependientes del teatro, exclamando:

—Pero señorito, ¿dónde se mete usted? Todos estamos corriendo por hallarle.

—¿Qué me quereis?—respondió con mal humor Pedro.

—Que los generales desean verle. Vaya usted al instante á su palco.

En otros momentos, esta noticia le hubiese halagado, engreido y vuelto loco de alegría; pero en estos le contrariaba sobremanera. Sin embargo, era preciso cumplir el deseo de los generales, y Pedro, haciendo de tripas corazón, subió al piso principal y llamó suavemente á la puerta del palco que aquellos ocupaban.

—Pase usted;—le dijo un ayudante entreabriendo la puerta y descorriendo el *portiers*.

La entrevista fué afectuosa: los generales le estrecharon con efusion la mano: las más halagüeñas palabras y promesas oyó de sus labios, y el general Topete le regaló su reloj como recuerdo; pero él, excitado, nervioso, distraído, fijas las miradas en Micaela y D. Canuto, apenas podía articular una palabra. Por fortuna para Pedro, todos tomaron su distraccion por cortedad, y sus entrecortadas frases por temor. De pronto nuestro héroe se pone en pié, saluda con la cabeza, abre la puerta y sale como una centella. Era que habia visto levantarse á Micaela y sus amigos, salir del palco y que don Canuto habia hecho lo propio.

Dando codazos y empujones logró llegar hasta el portal: allí, anhelante, esperaba fija la vista en la escalera, cuando de pronto siente un tremendo pisoton, y al mismo tiempo una fuerte sacudida: repuesto de esta terrible agresion, echa de ménos el reloj que acaban de regalarle, se da á todos los

diablos, maldice su fortuna y la hora en que fué al teatro; pero todas estas cosas desaparecen como por encanto. Acaba de ver á Micaela, Pepa y Paco del brazo, seguidos de D. Canuto, que se dirigian á la salida que el teatro tiene á la calle de las Velas. Quiere seguirlos; la inmensa concurrencia se lo impide; empieza á forcejear; ya se abre paso, pero una recia oleada se lo impide: viendo vanos sus esfuerzos, quiere volverse para salir por la puerta principal y dar la vuelta á la calle; calcula que esto le será más fácil, y que así llegará casi antes que sus amigos y D. Canuto hayan salido; pero al dar la vuelta le empujan, por no caer se apoya en la espalda desnuda de una robusta dama, ella lo toma por lo sério, y le apostrofa; el marido se entera, lo toma tambien por donde quema, y enarbola el baston; él da un paso atrás, y pisa en un pié á un caballero, que lanza un grito, y asestando en el sombrero de Pedro un tremendo puñetazo, se lo mete hasta los hombros. La confusion crece; los codazos y empujones se suceden, y mi hombre, antes de poderse sacar el sombrero, se halla sin saber cómo en medio de la calle rodeado de una porción de granujas que se mofaban y se reian de él, lanzándole los epigramas más punzantes.

Repuesto algun tanto y maldiciendo su fortuna, sale como una flecha, dá la vuelta al teatro, pero nada; ni su rival ni sus amigos estaban allí.

—¡Maldicion! He perdido su pista—exclama—y anheleso, frenético, loco, y sin darse cuenta de lo que hacia, se mete en un coche de plaza y grita:

—Calle del Fúcar, 10.

Puede figurarse el lector la noche que el pobre pasaría. Como por un cristal de cosmorama veía todos los acontecimientos, desde su encuentro con las modistas hasta la llegada á su casa. En todo y por todo recordaba á la bella Micaela, y cuando más engolfado estaba en sus ensueños de amor; cuando abría su alma á las más risueñas ilusiones y esperanzas, entonces la imagen del rostro colorado y el abdomen de D. Canuto venía á clávarsele como acerado dardo en mitad del corazón.

Mientras Pedro pasaba tantas fatigas en su lecho, Micaela roncaba á pierna suelta en el suyo. Nada había sentido, nada había sospechado, pues si bien en un principio creyó sentir y comprender algo al fijar sus ojos en los de Pedro, tan pronto como se acostumbró á mirarle, lo hacía como á cualquiera otro.

Micaela tenía de hielo el corazón y la mente llena de ambición; así es que ni volvió á pensar en su acompañante ni dió cabida á las emociones que su vista le habían hecho sentir.

Paco también dormía, y Pepa, después de despedir tan bruscamente á su amante á la puerta de su casa, pudo dar con el secreto, recordando hechos y detalles; y tranquila, risueña y feliz, se acostó, y pronto rindióse en los brazos de Morfeo pensando en su adorado tormento.

El único que velaba era D. Canuto.

Veamos lo que hacía.

V.

Hay en la calle de Sevilla, esquina al callejón de Peligros, un antiguo *colmado*, al que concurre lo mejor de la sociedad madrileña por el esmerado servicio, el buen condimento de los manjares, la frescura y excelente calidad de los pescados y vinos, y por su módico precio.

La especialidad de este establecimiento son las ostras, que diaria y directamente recibe para el consumo de sus parroquianos. Modestas y limpias habitaciones tiene este *colmado*, conocido por el de Santiago, y rara vez se halla sitio vacante en él, sobre todo á la salida de los teatros y tertulias. Periodistas, banqueros, políticos de todos matices se cobijan allí para saciar su apetito, seguros de que el *menú* será variado y las viandas inmejorables.

A este sitio se dirigió D. Canuto Silbo de Locomotora, una vez que averiguó la casa de la simpática modista.

—Es graciosa y pizpireta—se decia por el camino. Sus ojos, negros como el azabache, despiden rayos de abrasador fuego; sus delicadas formas dejan soñar mil encantos y perfecciones, y es de presumir que no será arisca si un hombre como yo se la acerca con... buen fin.

Acabó de subir nuestro héroe la escalera que

tiene el *colmado* desde la tienda hasta el entresuelo al terminar este monólogo, y un mozo que halló al paso le dijo:

—Buenas noches, Sr. D. Canuto; sus amigos le esperan donde siempre.

Esto probaba que D. Canuto y sus amigos del palco asistian todas las noches á aquel sitio.

Atravesó D. Canuto un corredor, torció á la derecha, anduvo unos pasos más, empujó una puerta y penetró en un aposento donde habia tres más.

Un ¡hurra! general y un atronador aplauso coincidieron con la entrada de D. Canuto en la estancia.

—¡Viva el nuevo *Tenorio*! vociferó uno.

—¡Bien por el moderno trovador de callejuela! exclamó otro.

—¡Bravo por el terror de padres, maridos y amantes! gritó el tercero.

Todas estas exclamaciones fueron saludadas con estrepitosas risas y palmadas.

Don Canuto, ínterin sus amigos se desahogaban, se quitó el sombrero, limpió el sudor de su frente, colgó el abrigo que traía al brazo, y se dejó caer sonriente y ufano en una silla.

Cualquier cosa apostamos á que al presentarse César en el Senado romano y pronunciar la célebre frase *vini, vidi, vinci*, no tuvo la postura arrogante y conquistadora, ni la altiva mirada y agradable sonrisa que D. Canuto dejaba ver en aquel momento.

—Cuenta, cuenta tu conquista, le dijo uno de ellos, que á juzgar por su apariencia parecia el de más edad.

—Déjale descansar, Jacinto, le respondió otro á quien conoceremos por Ruiz.

—Yo soy de opinion, objetó el tercero, llamado Homobono, que no se hable de ello hasta los postres. Ciertas cuestiones quitan el apetito, y ya sabeis que yo, aunque las hijas de Eva me gustan mucho, siempre prefiero una buena chuleta á una guapa moza. Digo de la mujer lo que el poeta de *El que nace para ocharo*:

«Despues de almorzar, no digo
que no me sentara bien;»

pero ¡antes!... ¡horror!...

D. Canuto opinó como su amigo, y todos se aproximaron á la mesa que habia en el centro de la habitacion, al ver que un mozo entraba con una bandeja de ostras en una mano y en la otra un plato con rajas de limon y un frasco de pimienta.

Como las descripciones son siempre pesadas, y la generalidad de los lectores las pasan por alto, nos abstenemos de hacer la de la habitacion en que á la sazón cenan D. Canuto, D. Jacinto, Ruiz y D. Homobono, así como tampoco detallamos estos tres nuevos personajes.

El lector puede retratárselos ó fingírselos á su gusto. Ya tiene para ello un dato, la personalidad de don Canuto; aplique, pues, á sus amigos el refran de *cada oveja con su pareja*, y el otro que dice, *dime con quien andas, te diré quien eres*, y tendrá la viva fotografía de los comensales del *colmadore* de Santiago.

La cena fué espléndida, los manjares suculentos, el servicio esmerado, y los vinos de los mejores que produce la tierra de *extranjis*.

Cuando los ricos habanos empezaron á perfumar el ambiente, D. Canuto dió una chupada al suyo, vió cómo se elevaba hácia el techo el blanquísimo humo, aproximó el veguero á la nariz para aspirar su delicioso aroma, sorbió de una vez su taza de café, y arrellanándose en su silla usó de la palabra en la forma siguiente:

—Poco puedo decir hoy de mi bella desconocida: sólo, sí, os afirmo, que ella ha notado mi insistencia en mirarla en el teatro; que sabe la he seguido hasta su casa, y prueba de ello es, que varias veces, y como al descuido, ha vuelto la cabeza y fijado en mí sus hermosos ojos, lanzándome una expresiva mirada, y sonriendo de un modo bien significativo para el que, cual yo, está avezado á las lides del galanteo. Mañana procuraré verla; supongo no me será difícil hacer que oiga mis palabras, y confío que antes de ocho días celebraremos mi triunfo. Los hombres como yo suelen volver locas á esas chiquillas, y pienso que en esta ocasión no ha de quedar desmentida mi proverbial fama de conquistador *pur sang* y de calavera *en ragé*.

—Cuidado con un mal paso, dijo Ruiz.

—No tengas miedo.

—Este sabe ¡mucho! objetó D. Homobono.

—No, que seré como tú. Qué bien hicieron en darte el nombre que llevas. Eres lo más bonachon...

Todos soltaron la carcajada al oír las últimas frases de D. Canuto.

El aludido se contentó con apurar su taza de

café, encender de nuevo su cigarro y lanzar un prolongado suspiro, que equivalía á decir:

«Tiene razon. Qué bien me conoce.»

D. Jacinto, silencioso hasta este momento, se puso en pié, diciendo:

—Yo, si algo temo, es que como Canuto tiene un génio tan pronto como su segundo apellido, no quiera llevar las cosas tan de prisa que se encuentre á lo mejor cazado por esa sirena.

—¡Qué disparate!—exclamó D. Canuto.—¡Aunque fuera yo uno de esos pollos atolondrados! Yo sé lo que me hago...

—Bien, bien,—le replicó D. Jacinto.—Te digo esto, porque sentiria verte casado.

—¡Casado!... Ja!... ja!... ja!... Bien sabes que ese estado, aunque alguien dice que es el perfecto del hombre, á mí me parece el más imperfecto, y me causa un horror terrible. Por eso ingresé en vuestra comandita, aceptando las bases de vuestra asociacion, que aunque prohiben el himeneo, no prohiben la conquista. Bien habeis visto que observo fielmente los estatutos: enamoro á cuantas mujeres hallo; pero jamás doy un traspies, ni un paso hácia la calle de la Pasa. Por otra parte, ¿qué mejor vida que esta? ¿Qué hacendista saca un producto mayor que yo?

—No te entiendo,—dijo D. Homobono.

—¡Que no! Pues es muy sencillo. Yo asedio á cuantas mujeres se cruzan por mi camino, sean viudas, casadas ó solteras, con tal que sean bonitas; ¿estás?

—Bien, ¿y qué?

—Que suponiendo que de cada ciento de las que galanteo solo cinco se me rinden, saco un producto líquido y efectivo de un 5 por 100 á un capital que no arriesgo. Si nuestros primistas, y sobre todo nuestros ministros de Hacienda supieran hacer lo que yo, con seguridad se harían millonarios los primeros, y los segundos lograrían, no solo pagar la deuda pública, sino que tendrían que apuntalar las arcas del Tesoro público, como en tiempo de nuestros abuelos tuvieron que apuntalar las arcas reales.

—¡Qué cosas tienes!...—exclamaron todos riendo.

Interin este monólogo de D. Canuto, Ruiz había pagado la cena, y cada cual se había puesto su sombrero y abrigo. Bajaron, pues, la escalera, y al hallarse en la calle de Sevilla notaron que ya el sol empezaba á dorar los tejados de las casas.

Cada cual tiró por su lado, despidiéndose hasta la noche.

Cuando se separaron, daban las siete en el reloj del ministerio de la Gobernacion.

VI.

Mientras D. Canuto se metía en su cama pensando en la simpática modista, ésta terminaba su *toilette*, tomaba el desayuno y salía de su casa en direccion al taller.

Los acontecimientos de la noche anterior no

habian pasado del todo desapercibidos para ella. Recordaba su hallazgo con el poeta; la viva inquietud que sintió á su vista, las ardientes miradas de éste, su triunfo escénico, su huida, etc., etc., y á veces estos recuerdos la hacian exclamar:

—Es un buen chico; no dudo que le he flechado; otra se mostraria orgullosa por la conquista de un jóven de gran porvenir, mucho talento y recomendables prendas físicas y morales; pero yo...yo...

La imágen de D. Canuto interrumpia estas reflexiones, y aunque mentalmente comparaba á ambos y su corazon se inclinaba hácia Pedro, siempre terminaba este paralelo en la siguiente forma:

—Es más viejo, más feo, más vulgar, pero debe ser muy rico.

Embebida en estos pensamientos, llegó á la tienda de la florista y se puso á trabajar.

Su silencio chocó á todas sus compañeras, pero ninguna pudo averiguar la causa de la mudanza que Micaela habia experimentado en el corto trascurso de una noche.

Sus compañeras hicieron vivos esfuerzos, sin resultado, por averiguar el motivo de tal mudanza. A la sorpresa siguieron los comentarios y las más absurdas hipótesis; ninguna resolvía satisfactoriamente el *quid* de la dificultad, y como la interesada á nada respondia categóricamente, de aquí resultó que cada cual se devanase los sesos sin resultado.

La abstraccion de Micaela iba siendo mayor. Las figuras de Pedro y D. Canuto, indelebles en su mente, la tenian en un estado tal, que nadie diria

sino que hacia las flores como puede hacerlas una máquina. Sin embargo, ningun dia habia sido más primoroso ni mayor su trabajo. Al medio dia habia hecho más que otras veces al anochecer.

Al salir del taller para irse á su casa á comer, halló casi pegado al escaparate á Pedro. Un fuerte latido del corazon le hizo advertir la presencia de su enamorado poeta, y una llamarada de fuego subió á su rostro; pero en honor de la verdad, debemos decir que todo esto fué obra de un segundo, pues cuando Pedro la vió y se acercó á saludarla, ella estaba serena y risueña como la noche pasada.

—Yo creí, dijo Pedro, alargándole la mano, que hoy no salia V. Es la última que ha abandonado la labor. Media hora hace que la estoy mirando trabajar á través del escaparate.

—No lo habia notado, replicó ella—y era verdad;—pero siento en el alma que se haya molestado por mí.

—¡Molestar!... Por Dios, Micaela, no diga V. eso. ¿Ha reparado alguna vez la impaciencia con que el labrador aguarda la benéfica lluvia que ha de sazonar sus frutos? ¿Ha visto V. la impaciencia con que aguarda en el nido el pajarillo la vuelta de su amada? ¿No se ha fijado nunca en el afan con que la madre aguarda la vuelta de su tierno hijo, ó las flores los rayos del sol para abrir sus perfumadas y vistosas corolas? Pues con igual impaciencia esperaba yo verla.

—Bien se conoce que es V. poeta, exclamó Micaela riendo á carcajadas.

—¡Sólo risa inspiran á V. mis frases, hijas de los sentimientos que V. ha hecho nacer en mi corazón!

—No tal: yo quiero suponer y creer que sus palabras son ciertas; pero dicen ustedes los poetas las cosas de un modo...

—Porque hablamos el idioma del alma.

—El cual no siempre es sincero.

—¡Que no!

—No: muchas veces la impresion de un momento hace soñar con cosas irrealizables.

—No la comprendo, exclamó Pedro poniéndose pálido y mirando á Micaela; á no ser que de esa manera tan fina trate V. de rehusar mi compañía y hacerme comprender.....

—No hay tal cosa. ¿Ve V. como sin querer está usted soñando en cosas que están bien lejos de suceder?

—¿Será verdad? prorrumpió con la mayor exaltacion el poeta.

—Ciertísimo.

—¿Luego V. me permitirá verla, hablarla, decirle que la adoro, que.....?

—¡Pero, Pedro, ese es un aluvion de palabras! Repare V. que vamos por la calle y que las gentes se nos quedan mirando.

Efectivamente, la gesticulacion de nuestro jóven era tan expresiva, que las gentes se quedaban mirando á los dos, pues formaban una linda pareja.

Tiene V. razon. ¡Soy lo más atolondrado!..... Dispénseme V. y crea que todo es obra del amor que por V. siento.

—¿De pronto se ha prendado V. de mí?

—A veces un segundo es suficiente para hacer nacer, crecer y desarrollar una pasión.

—¿No sea V. exagerado!

—¿Qué hay de exageración en esto? ¿No basta ver á una persona, para que nos cause antipatía? ¿Pues por qué no ha de suceder lo mismo con el amor?

—Porque del dicho al hecho.....

—Es V. muy incrédula.

—No hay tal.

Por desgracia para Pedro habian llegado á casa de Micaela. Esta le tendió la mano diciéndole:

—Adios, y mil gracias por la compañía.

—¿No nos veremos á la noche? objetó Pedro.

—No sé, replicó la jóven, haciendo un gracioso mohín.

—Si V. me lo permite, y en ello tiene gusto, iré á esperarla á la puerta del taller, y despues iremos á pasar la noche con Pepa y Paco.

—No sé, no sé—dijo Micaela desasiéndose del jóven que la retenia de la mano, y corriendo á ganar la escalera.

Pedro, estático, loco, la contempló hasta verla desaparecer. El *no sé* de Micaela, si no era una afirmación, tampoco era una negativa, por lo que nuestro poeta no sabia lo que le pasaba.

¡Habia sufrido tanto la noche anterior!

—Los celos son mal consejero—decia subiendo por la calle de Toledo.—El que la mirara D. Canuto nada tiene de particular. Ella me ama, lo conozco. ¡Qué feliz voy á ser!

Engolfado en tan halagüeñas ideas, llegó á su casa y se puso á escribir unos versos para Micaela.

Abandonémosle, toda vez que queda bien acompañado con las Musas. De este modo no interrumpiremos su trabajo, y podrá tranquilamente inspirarse y expresar sus amorosos pensamientos en renglones cortos, como suele el vulgo llamar á los versos.

VII.

Las cuatro acababan de dar en un elegante reloj que habia sobre una chimenea de mármol en el gabinete de un piso segundo de la casa número 10 de la calle del Arenal, cuando un hombre que leía el *Ars-amandi* de Ovidio, suspendió la lectura, se puso en pié, encendió un cigarrillo, dió dos vueltas por la habitacion, y aproximándose á la chimenea tocó un sonoro timbre.

Este hombre no era otro que nuestro antiguo conocido D. Canuto Silbo de Locomotora.

Pocos momentos esperó: un rostro femenino, adornado con una cofia negra, que á su vez lo estaba de lazos azules, se asomó á la puerta.

—¿Ha vuelto Juan?—preguntó D. Canuto.

—Todavía no—dijo la vieja entrando en la habitacion, porque era una vieja, aunque regularmente conservada, la que sostenia este diálogo con el Sr. Silbo de Locomotora—pero no debe tardar.

D. Canuto se dejó caer en una butaca. La mayor contrariedad é impaciencia se dejaba traslucir en su semblante y accionado.

—Pero, ¿qué tienes Canuto?—preguntó la vieja acercando una silla á la butaca y sentándose.

—Nada—respondió con aspereza el interpelado.

—¡Válgame Dios!... desde que viniste esta mañana estás desconocido. Esa vida no puede ser provechosa. Yo bien te lo repito todos los días; pero tú no me haces caso. ¡Ay, quién me habia de decir que con el tiempo me habias de abandonar como lo haces!

—Vamos, vamos, Restituta, déjame ahora de simplezas. ¿No te basta el que te conserve á mi lado, y seas, como quien dice, el ama de mi casa?

—No, y mil veces no. Cuando tú y yo teníamos veinte años menos, no opinabas ni hacias lo que hoy. Entonces todo eran mimos y locuras.

—Bien, bien; basta de recuerdos.

—Te incomodas, ¿eh? Pues hijo mio, nadie te llamó, nadie te obligó á que me hicieses promesas que despues te habian de pesar. Los hombres sois así.

—Quieres dejarme en paz?

—Bueno, te dejaré, pero por eso no creas que cejo de mi empeño,—dijo doña Restituta levantándose.—Tu sombra he de ser; y ya que tanto te pesa, aburre y fastidia mi presencia, me has de hallar en todas partes.

—¡Te guardarás bien de seguir mis pasos ni averiguar mi vida! gritó fuera de sí D. Canuto levantándose furioso de la silla. El dia que tal hicieras me obligarias á deshacerme de tí.

—¿Qué significan esas palabras?— exclamó irguiéndose la vieja.—¿Te atreverías á matarme?

—No, pero te plantaría en mitad del arroyo.

—Y yo diría lo que eres.

—Te haría encerrar en un manicomio.

—¿A mí? ¿á mí?—vociferó doña Restituta pateando de ira.—¿por qué?

—Por loca.

—¡Ah, infame! Eres peor que las fieras, pero Dios castiga sin palo ni piedra; á tí te ha de hacer purgar lo mucho que me haces sufrir. ¡Yo loca!...

—Por tal te tendrían. ¿Quién había de creer tus palabras? Nadie. Por lo tanto, guárdate bien de mezclarte en mis asuntos.

—¡Traidor!... ¡vil!... ¡libertino!... gritó la vieja hecha un basilisco.

—Ea, ya no aguanto más, dijo D. Canuto cogiéndola de un brazo, sacándola á empellones del gabinete y cerrando la puerta con cerrojo.

Doña Restituta lloró, gritó, pateó y se mesó los cabellos, hasta que vió era todo inútil. Entonces se fué á su cuarto y se puso á leer la vida del santo.

D. Canuto, al verse solo, volvió á sentarse en la butaca, encendió otro cigarro y esperó resignado al criado por quien preguntó á doña Restituta.

Escenas como las que acabamos de referir solían acaecer la generalidad de los días en aquella casa.

A doña Restituta, si hemos de ser francos, no le faltaba razón para quejarse. Había entrado de doncella en casa de D. Canuto en vida de su difunta madre, que era, en opinión de todos los que la conocían, una santa. Joven, bien parecida y no mal

instruida y educada, fué el blanco de las galante-
rías del señorito de la casa, á la sazón jóven tam-
bien, elegante, fino y rico.

La mujer es de suyo ambiciosa y calculadora; y aunque en un principio oyó, como quien oye llover, las frases de amor del jóven Canuto, y rehusó en más de una ocasion sus finos obsequios, sucedió, al fin, lo que no podia ménos de suceder sin desmentir los famosos refranes de *gutta cabat lapidem: muchos amenes al cielo llegan; pobre importuno saca mendrugo*.

Lo que aconteció no es del caso: al lector debe bastarle con saber que D. Canuto, enamorado y loco como pocos hombres, dejó por ella sus amigos, no salía de casa, solo con ella era feliz, y, por último, que la dió formal palabra de casamiento.

Este, sin embargo, no debia verificarse hasta despues de la muerte de la madre de Canuto, puesto que esta señora en sus ideas rancias, no hubiera consentido en tal enlace, y D. Canuto jamás quiso dar un disgusto ni contrariarla en lo más mínimo.

Esta cualidad y modo de proceder le honraba en extremo; si bien en esta cuestion no era tan justificada la una y tan recto el otro como la moral previene y doña Restituta deseaba. Sin embargo, esta se decidió á esperar.

Año tras año, pasaron veinte, desde su entrada en la casa hasta la muerte de su señora. Tanto tiempo, necesariamente tenía que influir en don Canuto. A fuerza de ocultar su pasion llegó á perderla; la doncella no lo era ya, puestó que era una jamona madura; su tez y sus formas se resentian

de los ultrajes del tiempo; así es que, terminado el luto, y cuando ella puso sobre el tapete la cuestión matrimonial y el cumplimiento de una promesa hecha en un momento de delirio, D. Canuto empezó á dar largas al negocio, y esto era lo que de un año acá motivaba las continuas y acaloradas reyertas entre ambos.

Sin que pretendamos disculpar á D. Canuto, diremos en su abono, que si siempre es pesada la cruz del matrimonio, el tenerla que llevar á medias con una cincuentona, por bonita que haya sido, debe ser insufrible. De este modo debió pensar nuestro héroe al perder á su madre. Además, poco tiempo antes de esta desgracia habia ingresado en la sociedad de solterones, fundada por Ruiz, D. Jacinto y D. Homobono, y los estatutos de ella le prohibian casarse. Por último, rico, elegante y frescachon, como era, nunca le faltaba alguna jovencilla á quien entretener, y de quien recibir obsequios, y por lo tanto, en todo pensaba más que en dar su mano á su antigua doncella, al presente su ama de llaves.

Enterado el lector de estos pormenores, siga leyendo, que en el otro capítulo sabrá por qué don Canuto, desde que dieron las cuatro en el reloj de su gabinete estaba tan impaciente.

VIII.

—¿Se puede entrar? dijo una voz de hombre mientras daba un golpecito en la puerta.

—Voy, voy, exclamó D. Canuto, levantándose y yendo á descerrar el cerrojo.—Entra, Juan, entra, y cierra bien: no quiero que nadie nos interrumpa.

D. Canuto volvió á sentarse. Juan cerró la puerta de nuevo, y aproximándose á su amo le dijo:

—Todo ha sido inútil. Nadie me da razon de ella.

—¿Habrás equivocado la casa?

—No señor: calle de los Estudios, núm. 11.

—Eso es.

—Pues bien; allí nadie la conoce.

—No puede ser.

—La portera primero, despues un maestro de obra prima, vecino, y algun otro más á quien he preguntado, todos me han respondido igual: «No conocemos á la jóven por quien V. pregunta.»

—¡Eres un necio!

—¡Señor.....!

—Tráeme la levita, el sombrero y el baston, que yo iré.

—Pero.....

—Corre, gritó D. Canuto.

Juan, que conocia el génio pronto de su amo, salió del gabinete, volviendo en ménos de un minuto con los objetos indicados.

Vistióse aprisa D. Canuto y salió.

Al ver la confianza que éste tenía con su criado, se nos figura estar oyendo preguntar á nuestros lectores: ¿Cómo confiaba á Juan sus secretos, sin temor de que éste se los refiriese á doña Restituta?

Había dos razones para ello; una general y otra particular. La primera era la fidelidad de todos los servidores de D. Canuto; pues el que ménos llevaba diez años en la casa; la segunda, que sabía que Juan había pretendido varias veces á doña Restituta, y como siempre esta le había echado con cajas destempladas, en la seguridad de que llegaría á ser la señora de Silbo de Locomotora, Juan no la podía ver, y ella por su parte se desdénaba hasta de dirigirle la palabra. Véase, pues, como D. Canuto no podía haber escogido mejor guardián de sus trapicheos amorosos, por lo que respecta á su ama de llaves. Además, Juan tenía buenas propinas por sus servicios, y estaba regalado á cuerpo de rey y exento de los quehaceres domésticos de baja estofa.

Sigamos ahora á D. Canuto.

Aunque estamos á últimos de Octubre, el calor se deja sentir aún, y como nuestro hombre iba desempedrando las calles, efecto de la incertidumbre é impaciencia que le devoraban, sudaba la gota gorda. Por fin llegó á la calle y casa de Micaela. Miró y remiró la fachada antes de acercarse á la portería, y por fin le hizo seguro de que allí era donde su ninfa había entrado la noche anterior.

—Buenas tardes, portera.

Una mujer vieja, súcia y fea sacó la cabeza por un ventanillo, y dijo con voz gangosa:

—¿Qué se ofrece?

—¿Podría V. darme razon de si vive en esta casa una jóven guapa, morena...

—Vaya, vaya, no estoy yo para perder tiempo— replicó la portera cerrando el ventanillo.

—Pero... escuche V., que no perderá nada con oirme.

Al decir esto, sacó D. Canuto un duro del bolsillo y se lo enseñó.

El ventanillo volvió á abrirse, y el duro cambió de dueño y de bolsillo.

—Mil gracias, señor; pero no le extrañe á V. mi proceder; vienen tantos necios á hacer preguntas que no les importa maldita de Dios la cosa, que si una se hiciera de miel, se la comerian las moscas. Por eso es preciso mirar con prevencion á los preguntones y ponerles cara de perro, sino... ¡válgame Dios del cielo y la Virgen de la Paloma! esto seria un no poder vivir. Además, y sin que esto sea agraviar á *naiide*, hay tanto tuno en este *Madrid* que, aparentando ser *duqueses*, marqueses ú gente *asina*, son unos grandísimos ladrones; así es que vive una con el alma en un hilo, y á veces vienen preguntando, y se enteran, y aluego...

Como se ve, el duro habia desatado de tal modo la sin hueso á la portera, que parecia un desperdador ó un reloj descompuesto, y sabe Dios cuándo hubiera terminado su relacion, si D. Canuto no la hubiera dicho enojado:

—Y á mí, ¿qué me importa todo eso?

—No se enfade V., señor; yo se lo decia...

—Bien, bien; lo que yo quiero, lo que yo necesito saber es si vive en esta casa una jóven morena, de pelo negro, ojos grandes y bonita como un sol.

—Viven varias. Mire V., en el principal de la izquierda hay una, á quien si no en todo, en parte convienen esas señas; otra hay en el tercero, pero esa es rubia; otra vive en el cuarto cuarto de la derecha, otra en el del centro y otras dos en los interiores, y todas se parecen á la que V. dice.

—Estoy aviado—dijo para su capote D. Canuto.

—¿Usted dirá cuál es?—objetó la portera.

—Si lo supiera no hubiera venido aquí á perder, oyéndola, la paciencia.

—Es decir, que no sabe V. su gracia, vamos á decir, su nombre.

—No, señora.

—Pues yo le diré á V., el de todas.

—¿Para qué?

—Para que me diga cuál es.

—Pero no ha oido V. mujer de Dios, que no sé cómo se llama.

—Pus entonces es tan difícil hallarla como á un estudiante vestío de negro en Salamanca.

—Le daré á V. más señas—replicó D. Canuto.

—A ver, á ver.

—Yo la conocí anoche en el teatro de Novedades en un palco.

—¿En un palco?... pues entonces no vive en esta casa: los inquilinos de ella no son gentes que tienen para ir al teatro, y si alguna vez lo hacen por Na-

vidad ó por Páscoa van á paraiso: ninguno tiene para más.

—Pero si yo la ví allí en un palco y despues entró en esta casa.

—¡Imposible! ¡imposible!... ¿en palco?... ¡ja!... ¡ja!... ¡ja!... ¡bonito pelaje tienen tos los vecinos pa dir á palco! ¿Y qué traje llevaba?

—Un vestido de seda...

—¿De seda?...—le interrumpió riendo á carcajadas la vieja.—Vaya, vaya, señor, V. está malo. ¡Vestido de seda una inquilina de estos cuartos!... ¡Já!... ¡já!... ¡já!...

D. Canuto estaba desorientado y sin saber que pensar. Quiso hacer la última prueba, y dijo:

—Iba con otra jóven, tambien bonita, y dos caballeros muy elegantes. Por cierto que el uno leyó unos versos preciosos.

—Nada, lo dicho; V. viene equivocado sin duda.

Nuestro hombre no quiso insistir más; se despidió de la portera y salió á la calle sin saber qué hacer ni qué pensar.

No podia dudar de las palabras de la portera; además, el aspecto de la casa, que miraba y remiraba, le parecia pobre en efecto; en ninguno de los cuartos descubria nada que le hiciera ver, no ya opulencia, sino ni aun mediano pasar. Todo esto le tenia en extremo contrariado y sin gusto. Sin embargo, no dándose por vencido, empezó á pasear por la acera de enfrente sin separar la vista de los balcones de la casa; pero nada, tiempo perdido. Preguntó tambien al zapatero vecino, sin mejor éxito que su criado; vió asomarse mujeres, algu-

nas de ellas jóvenes y guapas, á los balcones; pero su bella no parecía.

Ya habian encendido los faroles, cuando D. Canuto abandonó desesperado la calle de los Estudios. Llegó á su casa, se hizo servir la comida, que apenas probó, y salió de nuevo, dirigiéndose otra vez al mismo sitio.

Inútilmente estuvo allí haciendo el papel de guarda-canton, pues nada oyó ni vió que le sacase de su duda é incertidumbre, ni vislumbró un pequeño rayo de luz por el cual pudiera hallar á su graciosa desconocida.

Dado á dos mil demonios se encaminó al Suizo; allí encontró á sus amigotes, que al saber su fracaso le bromearon en grande; tanto, que á las doce de la noche ya estaba, no solo en su casa, sino en el lecho, dando mil vueltas á su imaginacion y formando planes y más planes de cómo se valdria para hallar la jóven del palco.

Trasladémonos nosotros al café de Zaragoza, y veamos lo que allí sucede.

IX.

En una de las mesas contiguas á la salida que dicho café tiene a la calle del Leon, estaban Micaela, Pepa, Pedro y Paco. El mejor buen humor reinaba en aquella pequeña tertulia; verdad es que

contribuía á ello el inmenso gentío que allí se había aglomerado.

Las conversaciones que á la vez se sostenían con calor, las risas, palmadas, el entrar y salir de gentes, las idas y venidas de los camareros, el ruido de los coches que pasaban por la calle, y los gritos estridentes de los vendedores de periódicos producían un ruido infernal, comparable solo á un inmenso hormiguero, al confuso zumbido de una colmena, ó como vulgarmente se dice, y acaso con más exactitud, á una olla de grillos.

Difícil era entenderse allí; pero no te apures, lector ó lectora, el novelista tiene el privilegio de oír como los tísicos, ver como los linceos y saberlo todo como *La Correspondencia de España*, y por lo tanto, tú, sin molestia, sabrás lo que deseas, es decir, lo que hablaban los cuatro jóvenes que conociste hace veinticuatro horas al dirigirse al teatro de Novedades.

—¿Sabe V., Pedro—decía á la sazón Pepa—que solo á un poeta se le ocurre sentir celos antes de saber si es correspondido!

—Qué quiere V., el amor es loco y ciego, y por lo tanto...

—Lo mismo decía yo anoche al dirigirme á mi casa—añadió Paco.

—¿Y por qué fuiste tan reservado conmigo?—le preguntó su novia.

—La amistad impone á veces deberes...

—Buen amigote tiene V. No haya miedo que le descubra sus gatuperios.

—Como no los tengo—objetó Pedro poniéndose

encendido y mirando á Micaela — no puede hacerlo.

—Para el diablo que se fie—exclamó la bella florista.

—¿A qué esas dudas?... Yo sólo quiero á V.—dijo Pedro al oído de Micaela.

—Eso no se permite—exclamó la otra pareja.

—No seais tontos: *cada oveja con su pareja*, con que...

—¡Qué de firme le ha entrado al señorito!—replicó Pepa riéndose.

—¿Me quiere V. enfadar?

—No, señor, muy al contrario: no puede V. figurarse cuánto celebro...

—Quieres callar...—le dijo Micaela dándole un pellizco.

—¿Y por qué he de callar?... Es algun pecado el amarse dos jóvenes tan lindos y tan...

—¡Guasona!—exclamó la joven.

—¡Señora!... V. me confunde—dijo el poeta;—pero francamente, como ya es tarde yo desearia me dejasen un rato en paz.

—¡Tarde y no son las diez y media!

—Vaya, tiene razon mi amigo—dijo Paco—déjalos hablar, que al principio siempre parece corto el tiempo.

—¿Es decir que á tí se te hace largo ya?

—No, no es eso.

—Será lo otro entonces.

—Yo te lo explicaré.

Cada oveja quedó con su pareja.

Las conversaciones de los enamorados tienen

mucho de tonto para el que los oye y no siente lo que sienten ellos. Palabras entrecortadas, frases sin sentido para el espectador impasible, suelen ser poemas para los amantes, y todo, ¿por qué? porque esas frases van siempre acompañadas de miradas y suspiros que no sólo completan el pensamiento sino que le engrandecen, le adornan, le convierten en una epopeya ó en un idilio.

¡Felices los amantes!...

Ellos viven en el mejor de los mundos; en el mundo ideal y seductor de las ilusiones y las esperanzas.

No os caseis nunca. El matrimonio es la losa fúnebre de todos los ensueños; la puerta de la vida real y monótona del hombre.

—¿Creeis que miento? Pues contestad a estas preguntas: «Entre la poesía del *yo te adoro, vida mía, alma de mi alma*, etc., etc., á la vulgaridad de *mira, chico, dáme dinero para aceite, garbanzos* y demás, ¿no hay un verdadero abismo? ¿No es lo primero vivir y lo segundo vegetar? ¿No es aquello poesía y esto prosa?»

Pero este es el mundo, esta la existencia, esta la humanidad; mejor dicho, esto es todo. El hombre, como el animal, como la planta y como la Naturaleza tiene sus edades, sus estaciones. Al pasar de una á otra se metamorfosean, pierde unas cosas y adquiere otras. ¡Ay de aquel que á cada edad no le da lo que es propio de ella! En vano querrá despues enmendar su error; el tiempo pasa y no vuelve jamás.

Por eso el matrimonio aporta nuevos sentimien-

tos, abre nuevos horizontes, infiltra nuevas ideas y creencias al despojarse de los sueños del amor y de sus locuras; pero... detengámonos; tanto filosofar es enojoso y pesado.

Dispensa, apreciable lector ó simpática lectora, y torna conmigo á la mesa del café de Zaragoza, donde quedaron las amantes parejas engolfadas en sus respectivos amorosos diálogos.

—No dude V. de mi amor, decia Pedro.

—En fin, veremos; el tiempo, que todo lo aclara, dirá si me engaño.

—Le juro á V...

—Vaya, señoritos, basta de charla y vamos á recogernos, que hay que madrugar, dijo Pepa levantándose.

Todos la imitaron y salieron del café.

Las dos parejas fueron juntas hasta la calle de Cuchilleros. Allí tomó la una por la derecha y la otra prosiguió bajando la calle de Toledo para entrar en la de los Estudios.

—Cuánto me alegro—iba diciendo Pepa á su novio—de que tu amigo se haya arreglado con mi amiga.

—Pues lo siento, replicó Paco.

—¿Por qué?

—Porque Micaela no se parece á tí.

—¿En qué te fundas?

—No lo sé, pero preveo...

—Tú siempre estás viendo visiones.

—Dios quiera que así sea.

Despidiéronse ambos amantes con un fuerte apretón de manos; Pepa entró en su casa, y

Paco tomó por la calle Mayor hacia la Puerta del Sol.

Al llegar á la de Esparteros, tropezó con uno que, como loco bajaba por ella, y ya se disponia á armar camorra con él cuando reconoció al enamorado poeta.

—¿Dónde vas, loco?

—¡Ah!... ¿eres tú? ¡No sabes qué dichoso soy! Te convidó á cenar.

—Gracias, me voy á casa.

—Anda, vente al Europeo.

—Que no.

—No seas terco.

—Vamos, pues.

Ambos se dirigieron al citado café, donde mientras se permitian el lujo de un *bistek* con patatas, hablaban de sus respectivas novias.

X.

Nueve meses han trascurrido desde la escena que presenciarnos en el café de Zaragoza.

Micaela y Pedro se aman más cada día. El, sin temor de equivocarnos, podemos asegurar que está tonto, loco y hecho un pollino por ella: Micaela también le ama, pero no con el entusiasmo que él la adora. Desconfiada y fría en el principio, va persuadiéndose del inmenso cariño que Pedro le profesa, y le corresponde de la única manera que una

mujer como ella puede hacerlo. Quizás el no haber vuelto á ver ni oír hablar de D. Canuto, sea una causa, y no pequeña, para que oiga los galanteos de Pedro y le haya correspondido.

Pero, ¿qué es de D. Canuto? ¿Cómo no ha dado aún con la bella florista?

¿Ha desistido de su empeño?—preguntará el lector.—Nada de eso: D. Canuto no es hombre que retrocede tan fácilmente; los obstáculos le hacen más testarudo y obcecado: además, las burlas de que diariamente es objeto en el café y en el *colmado*, tienen excitado y comprometido su amor propio, y por lo tanto, no cesa de buscar, aunque en balde, á su bella desconocida.

Quizás, sin lo que acabamos de decir, hubiera desistido de su empeño; pero éste era mayor cada día que pasaba sin resultado.

A todos preguntaba y daba las señas de ella; pero como no sabia su nombre ni apellido, nadie le daba razon de semejante persona.

¿En qué consistía el que D. Canuto no hallase rastro de Micaela, por más que se pasaba los días enteros en la calle de los Estudios haciendo pesquisas?

La explicacion es muy sencilla.

Unos días despues de los sucesos que llevamos narrados, el padre de Micaela, que era albañil, tuvo la desgracia de caerse de un andamio, muriendo á los pocos días de resultas del golpe. Privadas del jornal del difunto, tuvieron que pensar en buscar otra habitacion más barata, y se trasladaron á otro cuarto con honores de quinto, y á más

interior, en la calle del Escorial, que les costaba 40 rs. al mes.

El luto hizo que Micaela no fuese á ninguna parte. Desde su casa iba al taller y de éste á aquella, por supuesto acompañada siempre de Pedro, y despues no salia. Los domingos solian los cuatro amigos irse al depósito de aguas del canal de Lozoya ú otro sitio por el estilo, y por lo tanto nada tiene de extraño que el pobre D. Canuto, á pesar de sus pesquisas, no hubiese podido hallar la pista de la jóven.

En el trascurso de estos nueve meses nada particular habia ocurrido. Pedro habia obtenido permiso de la madre de su novia para pasar las veladas del invierno á su lado, y hablando unos ratos, leyendo otros, recitando versos algunos, y muchos improvisándolos, habian visto pasar felices el invierno y la primavera, sin que la más pequeña nube empañara el cielo de su amor.

Pepa y Paco, si no todos los dias, la mayor parte de ellos, les habian acompañado, de modo que podemos asegurar á nuestros lectores que, fuera del luto y del natural sentimiento por la muerte del jefe de la familia, todo marchaba viento en popa.

Micaela ganaba más cada dia; Pedro habia logrado poner al hermano mayor de ésta de aprendiz en una imprenta, de modo que nada al presente acibaraba la existencia de nuestros amigos. Por otra parte, habiendo Paco terminado el mes anterior su brillante carrera, y habiendo obtenido, prévia oposicion, una plaza de médico higienista, se

había señalado su boda con Pepa para el día de la Virgen del Cármen.

Como no hay plazo que no se cumpla, el día 16 de Julio llegó, y con él el casamiento de la enamorada pareja.

—¿Ves cómo no ha dado *perro*?—decía Pepa á su amiga mientras ésta la ayudaba á vestirse para ir á la iglesia donde debía verificarse la ceremonia.

—Tenias razon, pero hay pocos como tu próximo marido.

—Pues tú no puedes quejarte. Pedro te ama con locura, y de día en día va ganando más nombre entre los escritores.

—Sí, pero...

—¿Qué significa ese pero?

—Que... voy á serte franca; me voy cansando...

—No sigas, Micaela. ¡Pobre Pedro! ¡Cuánto sufriría si oyese tus palabras!

—A tí no debo engañarte, y ya que en el terreno de la confianza hemos entrado, y puesto que nadie ha de interrumpirnos, voy á decirte la causa de por qué no puedo corresponder, como se merece, al amor de mi apasionado poeta. ¿Te acuerdas de la noche que estuvimos en Novedades?

—Seguramente. Allí conociste á Pedro.

—Pero tambien conocí á otro.

—¡A otro! exclamó Pepa. ¿De modo que estás jugando con dos? ¡Nunca lo hubiera creído!

—Escúchame, y no me ofendas. Yo no juego con dos: soy incapaz de hacerlo.

—¿Entonces?...

—Aquella noche, frente á nuestro palco, en uno

principal, habia varios caballeros. Uno de ellos no cesó de mirarme toda la noche, y noté que me siguió hasta casa.

—Ahora acabo de explicarme el misterio de los celos que obligaron al poeta á abandonarnos tan repentinamente.

—Pues bien, aquel señor, á pesar de su calva cabeza, de su obesidad y de sus años, es mi constante pesadilla. Su imágen no se aparta de mí un instante. Ya sabes por qué no puedo entregar completamente mi corazón á Pedro.

—¿Entonces, por qué no le desengañas?

—Por dos razones: primera, porque me da lástima desilusionarle, persuadida, como estoy, de lo mucho que me quiere; y segunda, porque no he vuelto á ver al caballero del palco.

—Veo que eres precavida. *Más vale pajarillo en mano que buitre volando*, dice el refrán, y tú te agarras á él, y á su dicho ajustas tu conducta. Dispénsame que te diga que eso es proceder de lijero, sinó de mala manera. Sabiendo, como sabes, que el viejo es tu ídolo, ¿por qué aceptas el amor del joven?

—Por...

Micaela no sabia qué contestar. Conocia su mal proceder, porque su conciencia la acusaba; así es que estaba roja de vergüenza al oír á su amiga.

Por fortuna para ella, el tocado de Pepa habia concluido, y como ya hacia rato que esperaban los convidados, salieron á reunirse con ellos.

Pepa tambien estaba preocupada. Al verla su futuro no pudo ménos de preguntarla:

—¿Qué tienes?

—Despues te lo diré.

—Pero...

—Ni una palabra ahora.

Como sucede siempre, la novia fué examinada, besada, manoseada, etc., etc., por todas las amigas, teniendo que sufrir las pullitas de los hombres y las picarescas sonrisas de las mujeres.

De la casa de Pepa á la iglesia del Sacramento, donde debia verificarse el desposorio, no hay más que un paso; así es que en ménos de una hora todo habia terminado. Pepa y Paco eran esposos.

¿Quién no ha asistido á una boda? ¿Quién no sabe lo que en tales casos acontece y las bromas de que son objeto los novios?

Por esta razon hacemos punto final.

XI.

No fué menor la sorpresa de Paco al saber por Pepa las revelaciones de su amiga.

Dudó si debia ó no insinuar algo á Pedro, pero, ¡es tan triste matar las ilusiones de una persona á quien se ama!

Esto obligó á Paco á guardar silencio para con su amigo y á esperar el resultado que, dados los antecedentes y sentadas las premisas que hemos expuesto, era de presumir no fuese el mejor ni el más feliz y satisfactorio para el poeta.

Los meses, sin embargo, iban trascurriendo, sin que ningun accidente viniera á turbar la paz de Micaela y su novio, ni á confirmar los temores del feliz matrimonio.

Los recién casados se habían ido á vivir á una casita de un solo piso en Chamberí. Aunque distante del centro, tenía la ventaja de tener un pequeño jardín, que Pepa cuidaba, y en el cual se pasaba las horas, sin pensar más que en su dicha y en su marido.

Los pajarillos, despidiéndose del astro vivificador de la tierra, alegraban el jardinillo de la casa, y ella, llena de júbilo, los escuchaba extasiada mientras cosía bajo la sombra de una frondosa parra.

¡Cuántas flores y cuánta belleza se vé por todos lados! Todo sonríe en torno de la venturosa Pepa, mientras para distraerse canta coplas llenas de sentimiento y ternura.

Como há rato que el sol había hundido su rubia cabellera tras las altas casas, Pepa abandona la costura, y alegre como una niña que sale de la escuela, y bella y feliz como un ángel, corre hácia un hermoso rosal, y cogiendo la rosa más doble y fragante, se la coloca con gracia en el peinado, exclamando:

—Quiero parecerle hoy cuando vuelva más bella que nunca. Es una picardía lo que estoy haciendo

con él. ¿Por qué ocultárselo? ¡El, que tanto me quiere, que tan loco de amor y de ilusiones está por mí! ¿sería tan feliz al saberlo!... Vaya, vaya, hoy se lo digo; pero... ¿tendré resolución?... ¿No lo he intentado ya varias veces y nunca me he decidido?...

Poco después entró Paco en el jardinito, se acercó á su esposa y la dió un beso.

La fisonomía de Paco dejaba ver un no sé qué, que obligó á Pepa á preguntarle:

—¿Estás malo?

—No.

—¿Pues qué tienes? ¡No estás como otros días! A tí por fuerza te ha sucedido algo. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Acaso ya no soy digna de compartir contigo tu cariño, tristezas y alegrías?

—Sí, Pepa, sí; tú eres digna de eso y mucho más; eres un ángel que Dios me ha dado por compañera para que con su amor embellezca mi existencia; pero... déjame, déjame.

—¡Me rechazas!... ¡Deseas que me aparte de tu lado!...

Pronunció Pepa con tal sentimiento estas palabras, que Paco, tomándola una mano y rodeando con su brazo el esbelto talle de su esposa, imprimió en sus labios rojos un casto y amante beso, y la dijo:

—No, vida mia, no te entristezcas. Perdóname si he podido faltarte ú ofenderte. Bien sabes que hoy es el primer día que desde que nos casamos me he mostrado indiferente contigo.

—Eso es; hoy, que precisamente quería yo pa-

recerte más bella que nunca, y que deseaba verte más loco de amor y de ilusiones por mí.

—¿Por qué?

—Por... porque sí.

Como vemos, Pepa quería y no quería decir á Paco su secreto; por esto, y para disimular su emocion, le dió un beso diciéndole:

—«¿Y por qué estás así?

—Realmente por nada. Ea, voy á ser franco contigo. Ya has visto que hoy he regresado más tarde; pues bien, ha sido porque me hallé á Juan, que me dijo que Rosa estaba ya convaleciente.

—Pues qué, ¿ha estado mala?—le pregunté.

—¡Qué! ¿no lo sabes?

—No: como vivimos fuera de Madrid... Pero, ¿qué ha tenido?

—Te lo diré,—respondió Juan.—Mira, soy el más feliz del mundo.

—¡Hombre! ¿cómo es eso teniendo á Rosa mala y queriéndola tanto?—le repliqué.

—Pues precisamente porque ha estado enferma y porque la quiero soy feliz.

—¡No lo comprendo!

—¿De veras?

—Como soy Paco.

—¡Hombre, y qué tonto eres! Rosa ha estado enferma de...»

Cuando iba á saber la enfermedad de Rosa llegamos á su casa, y como en la puerta habia gente no pudo concluir. Se empeñó en que subiera, y pareciéndome mal no hacerlo, no fuera á interpretarlo en mal sentido, subí la escalera detrás de él,

mientras Juan, rebotando alegría, llamaba y cantaba lo siguiente:

«Duérmete, niño, duerme,
que viene el coco
y se lleva los niños
que duermen poco.»

—Te confieso ingénuamente, que hasta entonces no supe explicarme las palabras de Juan.

—Yo sí lo había adivinado. Y ahora que ya sé la causa de tu mal humor, de tu silencio, de... Eso es envidia y Dios debía castigarte.

—Tienes razón; pero...

—No hay pero que valga, y en castigo de lo que has hecho conmigo esta tarde, y de la envidia que has abrigado en tu corazón, no te doy una sorpresa que te tenía preparada.

—Vamos, no seas reconrosa; perdóname y dime...

No concluyó la frase; porque Pepa selló su boca con un beso.

—¡Ah, tunantuelo! siempre te has de salir con la tuya.

—¿Me lo vas á decir?

—¿No recuerdas que te he dicho que hoy deseaba parecerte más hermosa?

—Sí, ¿pero qué tiene que ver?

—Ten paciencia. ¿Ves esta rosa? pues quiero la conserves toda la vida.

—¿Esa es la sorpresa?—dijo con disgusto Paco.

—No. Quiero que la conserves como recuerdo de hoy.

—¿Pues hoy qué es?

—Un día como otro cualquiera; pero...

Pepa echó los brazos al cuello de su marido, le estrechó contra su enamorado corazón, y le dijo al oído... no sé qué, no pude oírlo, y eso que soy como los tísicos; pero cosa muy halagüeña debió ser cuando él la cogió en sus brazos, la sentó en sus rodillas, dióla mil besos loco de amor y de ilusiones, y entre suspiros, lágrimas y sonrisas de felicidad y alegría, exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! ya soy feliz. Ya veo cumplidos todos mis deseos y realizadas mis más bellas ilusiones.

Desde aquel momento no volvió Paco á estar triste ni pensativo, ni su corazón envidió nada, oyéndosele cantar á menudo con amoroso acento:

«Dicen no existe en la tierra
hace tiempo el paraíso,
y yo digo que los padres
suelen hallarle en sus hijos.»

XII.

Una de las curiosidades, sinó históricas, al menos tradicionales, que tiene Madrid, es su renombrada feria. Y no se crea que su nombradía obedece á las transacciones que en ella se llevan á cabo, ni al ganado de todos géneros que á ella concurre, ni por los géneros nacionales y extranjeros puestos á la venta, nada de eso. La feria de la coronada villa del oso y el madroño, debe su reputación á la infi-

nidad de antiguallas que se exhiben al público en garitas de esteras ó de madera, que empezando en la fuente de la Alcachofa, se extienden hasta la tradicional iglesia de Nuestra Señora de Atocha,

Libros raros, muebles antiguos, prendas usadas, históricas láminas, sin que falten las del *hijo pródigo*, pinturas al óleo de artistas tan ilustrados como el celeberrimo *Orbaneja*, hierro viejo, nueces, melocotones, acerolas, uvas y juguetería de la más vasta, es simplemente lo que constituye, digámoslo así, el delicioso cuanto abigarrado fondo de aquellas garitas. Es decir, el Rastro en masa, con sus *Américas*, se traslada desde San Mateo hasta la Virgen del Pilar al paseo de Atocha.

Dadas las mercancías constitutivas de la feria madrileña, escusado nos parece decir á nuestros lectores, que los que con más predilección recorren aquellas tiendas, son los chiquillos, los ropavejeros, los aficionados á antigüedades, y algun que otro sábio, que á manera de raton de biblioteca, se pasa el tiempo revolviendo aquellos libros, parecidos á Dios en no tener principio ni fin, con el único objeto de arrancar algun secreto á las ciencias ó á las generaciones pasadas.

Más de uno conocemos, que ha debido la reputación literaria de que goza á un registro efectuado entre las ambulantes librerías de la feria, puesto que ha hecho pasar por suyas obras que de puro viejas pocos ó ninguno conocían.

Durante este período del año, los padres viven en perpétua agonía y sus bolsillos en continuo bloqueo. Ya la escopeta, sable ó ros; ya la muñeca

vestida de ama de cria, ó el fregadero, ó la artesa; ya el baulito donde almacenar los retazos de tela; ya los enseres de una cocina ó los muebles de una sala; en fin, es un no cesar.

Los niños, más ingénuos que los hombres, dan á conocer sin escrúpulo sus sentimientos y deseos, y la verdad del proverbio *nadie está contento con su suerte*. Por esto el que tiene tambor, desea mochila; la que tiene enseres de cocina los quiere de sala, etc., etc., y cuanto más tienen más desean.

Estos niños serán luego hombres: seguirán que, riendo y ambicionando sin satisfacerse nunca: lo único que los distinguirá es que el niño es ingénuo y el hombre hipócrita.

¡Maldita hipocresía! ¡Cuánto daño hace á la sociedad!

Por ella, ó con ella, se disfrazan los sentimientos; el malo aparece bueno; el falso, leal; el vicioso pasa por austero; la perdida por hourada; en una palabra, por la hipocresía vive la humanidad en un carnaval perpétuo.

¡Qué bien dijo aquel que dijo, que precisamente en los tres días de esa saturnal, llamada *carnesto lendas*, es cuando únicamente aparece el género humano tal cual es! Y todo, ¿por qué? por la careta que cubre su hipócrita fisonomía.

Pero no divaguemos.

Estamos, pues, en plena feria, ó sea á primeros de Octubre de 1869.

La concurrencia en el paseo de Atocha es numerosísima. La clase media y baja va á pié por ambos lados del paseo recibiendo codazos, empujo-

nes y pisadas, recreándose en examinar las tiendas; la aristocracia, siempre privilegiada, va en carruaje por el centro.

In medius consistit virtus, dice un adagio latino; pero esta gran verdad no es aplicable á nuestra nobleza por desgracia.

El sol va ocultándose paulatinamente, el ambiente refrescando, la gritería de los vendedores aumentando, las oleadas de gente sucediéndose como las olas del Océano. Todo es alegría, animacion y bullicio.

Los madrileños se parecen á los árabes: éstos deben hacer por lo ménos una vez en la vida el viaje ó peregrinacion á la Meca, para visitar el sepulcro de Mahoma y orar en la Alkazaba; aquellos deben visitar siquiera una vez cada año su tradicional fèria y comprar, aunque solo sea un cuarteron de torraos, una medida de nueces ó avellanas, ó cualquier fruslería por el estilo.

Por esta razon no debe extrañar al lector que, confundidos entre la muchedumbre, hallemos á Micaela y Pedro, seguidos del venturoso matrimonio formado de Pepa y Paco.

¿Cómo habian de faltar ellos en aquel sitio sin romper con la anual costumbre? Y no se crea que por concurrir á la fèria habian olvidado sus ocupaciones diarias, nada de eso; el dia en que los hallamos en el paseo de Atocha era domingo.

Hecha esta aclaracion, oigamos sus conversaciones.

Hablan Micaela y Pedro.

—Te amo más cada dia—decia él.

—De ello me congratulo en extremo.

—¡Nunca soñé con una felicidad mayor! Si Dios quiere, el año que viene visitaremos ya estos lugares siendo esposos.

Micaela suspiró.

—¿Qué te sucede? ¿No te agradan mis palabras? ¿No me amas como yo á tí?

—Sí,—respondió ella bajando los ojos.

—Pues entonces, no adivino cómo no ansías ser para siempre mía, vivir á mi lado, participar de mis dichas, compartir conmigo tus dolores, si los tienes; en una palabra, vivir el uno para el otro, sin pensar más que en ser felices con nuestro amor y nuestras ilusiones. Mira, mira, —prosiguió diciendo el enamorado poeta, haciendo á Micaela volver la cabeza y fijarse en sus amigos,—mira qué felices son. ¡Oh, cuándo podremos nosotros disfrutar una dicha tan grande, pura y verdadera como la suya.

La conversacion de estos, como la de todos los amantes, era una continúa variacion sobre el mismo tema: «Yo te adoro.»

Dejémosles charlar, y oigamos á los otros.

Paco es el que hace uso de la palabra.

—¡Qué juguetes tan bonitos! Ningun año había reparado en ellos.

—Ea, no seas tonto—respondió Pepa oprimiéndole el brazo en que se apoyaba.

El la miró con cariño y prosiguió.

—El año que viene, si Dios quiere, ya tendremos motivo de comprar algo.

—¡Qué disparate!

—¿Por qué?

—Porque... será muy chiquitin.

—Qué importa.

Esta conversacion tambien era variaciones sobre un mismo tema: «Los hijos.»

Ambas parejas soñaban.

¡Felices ellos, que aún vivían en el mundo de las ilusiones, sin reparar en la prosa de la vida.

—Niños—exclamó Pepa—yo ya no puedo más. Vamos á descansar un poquito en ese banco desocupado.

—No—dijeron á la vez Pedro y Paco—mejor será sentarnos en sillas.

—Y ¿para qué gastar?—objetó Pepa.

—Bien se conoce—replicó Pedro—que espera V. pronto un heredero.

—¿Por qué?

—Porque ya trata de economizar para hacerle su hucha.

—Já... já... já... ¡Qué ocurrencia!

—¿Me he equivocado?

—No—dijo Paco—no solo es verdad lo que has dicho, sino que como prueba de ello te diré...

—¿Quieres callarte?—prorrumpió Pepa poniéndose encendida.

—¿Y qué importa que lo sepa?

—Dilo, dilo.

—Pues sábete que desde hace dos meses, todos los domingos lleva á la Caja de Ahorros del Monte cierta cantidad.

—No le crea V... ¡Eres lo más parlanchin!...

—Vamos, no te incomodes.

—Si eso es muy natural. Yo, en igualdad de circunstancias, haria lo propio—replicó Pedro.

Al fin se sentaron en sillas.

Micaela, durante el diálogo anterior, habia permanecido callada como hemos visto, y tan abstraída que de nada se habia apercebido.

Solamente salió de ese estado cuando su novio la indicó la silla que debia ocupar, dándola un golpecito en el hombro.

¿Qué causa podía motivar el estado de la bella florista? Nuestros lectores deben adivinarla: la causa era la imágen de D. Canuto, que no se separaba de su mente ni un sólo instante.

Cuando no frecuentaba los sitios más públicos y concurridos de Madrid, las palabras amorosas de Pedro la hacian casi olvidarse del viejo del palco; pero cuando asistia á alguna fiesta; cuando, como ahora, se hallaba entre un inmenso gentío, y por lo tanto esperaba volver á hallar á su desconocido, las frases del poeta la abstraian de tal manera, que hubo ocasiones en que ni responder á ellas pudo.

Pedro, como es natural, sufría con ello horriblemente, pero lo achacaba á la pena que su novia sentia por la falta de su padre.

¡Cuán lejos estaba el pobre del verdadero motivo que así abstraía á su amada!

La conversacion se hizo general. Paco y Pedro compraron algunas golosinas y frutas con que obsequiar á las jóvenes, y así Micaela volvió á su acostumbrada jovialidad.

Casi cerraba la noche cuando los cuatro amigos abandonaron sus asientos. Al levantarse, Micaela

miró al sitio por donde circulaban los carruajes, y en uno que venia al trote de la parte de la ermita vió á D. Canuto y sus tres amigos.

Tan grande fué la emocion y alegría que experimentó, que no pudo reprimir un ¡ay!

Sus amigos se volvieron á ver qué la habia sucedido, y por eso no vieron ni escucharon otra exclamacion de sorpresa y alegría que lanzó don Canuto.

—¿Qué te ha pasado? preguntaron todos á la vez?

—Nada, nada, respondió Micaela, pálida como la cera; que me he torcido un pié.

—Apóyate en mí, dijo Pedro.

—No, gracias, no es nada... ya se pasó. Podemos irnos cuando queráis.

Ninguno sospechó el motivo del ¡ay! de Micaela: todos creyeron sus palabras, y emprendieron el regreso.

D. Canuto, como hemos visto, habia hallado á su desconocida. Sin embargo, en la duda de si era ó no, se apeó con Ruiz del carruaje, y confundíendose entre la multitud, empezó á andar hácia Atocha, persuadido de que así veria de cerca á la jóven y se podria convencer de si realmente era la del palco de Novedades.

Micaela, con ese instinto que tanto distingue á la mujer, presintió lo que su desconocido iba á hacer, y por lo tanto, se reunió á su amiga, hizo la conversacion general y la llevó al terreno que deseaba. Por esta razon, cuando D. Canuto pasó rozando con ella, dijo en voz más alta:

—Véte mañana á la tienda de Elías, y te enseñaré unas flores preciosas.

Al mismo tiempo miró de soslayo á D. Canuto.

Pedro y Paco, efecto del gentío, se tuvieron que quedar un poco detrás, se engolfaron en hablar de política, y por esto para ellos, y sobre todo para el poeta, pasó desapercibida la presencia de D. Canuto, á pesar de conocerle.

La casualidad favorecía los planes de la florista. Si D. Canuto no era tonto, en las palabras y mirada de Micaela debió comprender que se le daba una cita y se le prohibía seguirla.

Esto es lo que precisamente pensó y sospechó el viejo, así es que siguió su paseo apoyado en su consocio y amigo, hasta que el carruaje volvió á encontrarlos. Subieron á él y se fueron á comer al *colmado* de la calle de Sevilla.

—No lo dudeis,—decía D. Canuto á sus compañeros—me ha citado; mañana sabré á qué atenerme.

—Eso es soñar,—objetó D. Homobono.

—¿Qué podían si no significar sus palabras?

—Nada.

—No soy de esa opinión,—dijo Ruiz.—Creo lo que Canuto, porque *al buen entendedor*...

—En fin, allá veremos,—observó D. Jacinto.—Vamos ahora á comer, y mañana Dios dirá.

—Tienes razon,—dijeron todos, y se sentaron á la mesa, no volviéndose á hablar del asunto.

Mientras esto sucedía en el *colmado*, ios cuatro amigos habian llegado á la calle de Fuencarral,

esquina á la de Colon. Allí se separaron; Pepa y Paco siguieron hácia Chamberí, y los otros fueron á la casa de Micaela, que como hemos dicho, estaba en la calle del Escorial.

Micaela procuraba ocultar su turbacion, y lo conseguia, por más que tuviera que hacerse gran violencia.

Ya á la puerta de su casa, dijo á su amante:

—¿Subes?

—No, que es tarde y me esperan para comer.

—¿Vendrás esta noche?

—Quizás no.

—Entonces... tengo que pedirte un favor.

—Y yo á tí otro.

—Dí tú primero.

—No, tú.

—Los hombres siempre deben ser los primeros.

—Corriente; pero no te enfades, ni creas que es por falta de cariño...

—Bien, bien, habla.

—Pues tengo compromiso de ir mañana á Aranjuez con unos amigos.

—¿No es más que eso?... Anda bendito de Dios y diviértete mucho.

—¿Y cuál es el favor que tú me ibas á pedir?

—Ya nada.

—Vamos, dímelo.

—Pues que me traigas un ramo muy bonito de aquellos deliciosos jardines.

—No; eso no es.

—Ya te lo diré á la vuelta.

—No, ahora.

—Pues bien, no quiero que dudes de mí. Mi petición solo estriba en que para el miércoles me proporcionen billetes para la inauguracion del teatro del Circo.

—Los tendrás.

—Pero no vayas á gastarte el dinero.

—No.

—Entonces adios.

—Adios.

Pedro tomó la calle de la Madera, murmurando:

¡Cuánto me ama!... ¡Qué buena es!... ¡Qué feliz soy!...

Micaela en tanto subia loca de alegría las escaleras, diciendo:

—Decididamente estoy de suerte. No puede pedirse más. Todo me ha salido á medida de mis deseos, sin excitar la menor sospecha.

XIII.

Pensando en si D. Canuto habria comprendido la significacion de sus palabras, Micaela apenas durmió. El que su viejo desconocido no hubiera seguido sus pasos, le daba á entender que habia sido adivinada; pero la atormentaba la duda de si la conducta de D. Canuto seria porque, ó no le hubiese parecido bien vista de cerca, ó porque su traje humilde le hubiera dado á conocer su posicion y

se desdeñara de alternar con ella, ó, y esto era lo que más daño la hacia, porque hubiera sido casua, la exclamacion del viejo, y despues tambien casual el paseo á pié por el paseo de Atocha.

La pobre hacia mil conjeturas, y su intranquilidad era extrema. Por otra parte, la conciencia le acusaba de su mal proceder para con Pedro; de modo que todo junto la tenia en un estado de agitacion excesiva. Esta fué la razon de que, apenas amaneció se tiró del lecho y comenzó su tocado con más primor que de ordinario. Infinitas fueron las veces que se peinó y despeinó; nada le parecia bien, hasta que al fin se encontró á su gusto; se puso una preciosa camelia en el pelo, que el día anterior le habia regalado su novio, se vistió sencilla, pero con coquetería, y salió de casa cantando la copla siguiente:

«La que es bonita y se empeña
en llegar á gran señora,
si no es tonta rematada
al fin su deseo logra.»

La locuacidad y buen humor de Micaela sorprendió hoy á sus compañeras de taller tanto como las habia sorprendido tiempo atrás su distraccion.

Hoy, como entonces, fué inútil cuanto hicieron para averiguar la causa. Ella respondia con monosílabos, ó se sonreia, ó cantaba en vez de responder.

Tambien hoy fué la última que dejó la labor, pero habia hecho pocas flores y con tal descuido, que su maestra no pudo ménos de decirle:

—Pero, Micaela, ¿qué le pasa á V. que tan poco ha trabajado y con tan poco esmero?

—¿A mí? nada—dijo la interrogada, bajando los ojos.

—Vaya, váyase V. á comer; y espero que á la tarde ganará el tiempo perdido y se esmerará más.

Como era la primera vez que la maestra la hablaba así, aunque comprendió Micaela la razon y justicia de la reprension, salió de la tienda dada á todos los diablos; pero su mal humor se disipó pronto, puesto que en la esquina de la calle de la Aduana divisó á su pesadilla, como ella llamaba á don Canuto.

La alegría fué inmensa; supo, sin embargo, dominar su emocion, y siguió andando como si nada hubiera advertido.

Nuestro D. Canuto cambió de acera, y casi frente al pasaje de Murga se puso al lado de la jóven, diciéndola:

—Ya ve V. que al buen entendedor con media palabra basta.

Micaela prosiguió su camino sin responder no mirar siquiera al que así la hablaba.

—¡Oh, es V. preciosa!..... Cerca de un año he pasado dia tras dia buscándola.....

—Caballero, déjeme V. en paz,— exclamó Micaela.

—¡Es posible!

—Yo qué motivo le he dado para atreverse.....

A todo esto, D. Canuto se habia colocado al lado de ella, y juntos iban por la calle de Fuencarral.

—Yo creí....

—Suelen Vds. equivocarse alguna vez. ¿A todas nos juzgan igual, y....

—Yo, señorita, no puedo juzgarla sino favorablemente. Un rostro tan bello como el de V. necesariamente tiene que ser espejo de un alma candorosa, amante y bella. Desde la noche que por vez primera la ví en el teatro de Novedades, hace ya casi un año, su imagen no se ha separado de mí un sólo instante. Con la mayor solicitud he buscado á usted por todas partes, y esto debe probarla que la amo.

—Muchas gracias,—replicó Micaela,—pero le ruego se aparte de mí. Pudiera vernos mi novio y tener un disgusto con él, no habiendo sido mia la culpa de que V. se haya acercado á mí y se empeñe en acompañarme contra mi voluntad.

—¡Con que tiene V. novio!

—Sí, señor.

—¿Y eso qué importa? Bien puedo yo llegar á ser con el tiempo su..... mejor amigo.

—Pudiera suceder, pero para eso era preciso que nos tratásemos, y eso es imposible. Mi novio es celoso como un turco y camorrista y valiente como pocos.

—¡Cuerno!—exclamó para su capote D. Canuto, y añadió en alta voz:—Tampoco eso me importa. Una jóven, á pesar de tener novio, puede tener amigos íntimos que la aconsejen, la consuelen en sus penas...

—Tiene V. razon, pero mi novio...

—¡Dáale con el novio!

—En fin, veremos.

—Es decir...

—Nada por hoy; mañana ó en pasando algun tiempo puede que Pedro acceda á que V. sea mi amigo.

—¿Y entretanto? ..

—No hay más remedio que esperar y tener paciencia. Ahora ruego á V. nuevamente que me deje seguir mi camino.

—¿Sin saber si la volveré á ver?... ¡Esto es horrible!

—Pero forzoso. Mi reputacion así lo exige. Con que... beso á V. la mano, caballero.

D. Canuto se quedó perplejo, indeciso, sin saber qué pensar.

—¡Buena es esta!—exclamaba desesperado.—Hallarla despues de un año para... ¡Quiá, quiá! esto no puede ser. Yo desbancaré á ese rival. Será algun muñeco, de seguro. Mi amor propio está interesado y no perdonaré medio para triunfar. Ninguna mujer me ha puesto en la situacion que ésta. Venceré, venceré, aunque para ello tenga que hacerla el amor por lo fino y en toda regla, y aunque me obligue á hacer mil disparates y locuras impropias de mi edad, de mi posicion y de mi génio.

Micaela entretanto decia mientras llegaba á su casa:

—Estos viejos saben mucho, y es preciso trastearlos con habilidad para evitar una colada imprevista. Yo ya supongo sus propósitos, pero chasco se lleva; es más, estoy persuadida de hacerle mi esclavo. Por de pronto tragó el anzuelo. La pala-

bra novlo le ha hecho el efecto apetecido. Su amor propio está herido; yo triunfaré.

Al entrar D. Canuto en su casa le salió al encuentro doña Restituta, le siguió á su cuarto, y una vez allí le dijo:

—Vaya, Canuto, mi paciencia se acaba. Ocho dias te concedo de plazo para que me cumplas tus promesas, juramentos y palabra de caballero.

—Vaya V. con Dios, bruja de los diablos—exclamó fuera de sí D. Canuto.

Como debe figurarse el lector, las palabras del amo ensoberbecieron á la ama de llaves, y se armó una marimorena de órdago.

Los criados tuvieron que intervenir; doña Restituta tuvo que meterse en cama, atacada de una convulsion nerviosa, y D. Canuto se encerró en su gabinete jurando y perjurando que aquella situacion era insostenible, y que era de todo punto forzoso terminarla.

Se dejó caer en una butaca pensando qué haria de la vieja y cómo lograria triunfar de la jóven.

Su cabeza era en aquellos momentos una olla de grillos. Imposible le fué resolver, ni plantear siquiera, el medio de que se valdria para lograr ambas cosas, por lo que, desesperado, se tendió en la cama.

A los diez minutos, roncaba.

—; Roncaba!..— dirá el curioso lector.

—Sí, roncaba, porque la noche anterior no habia dormido.

XIV

D. Canuto, á pesar de las palabras de Micaela, la esperaba junto á la puerta de la florista, á la hora de que generalmente salen las oficialas de los talleres.

Debió ella figurárselo, porque so pretexto de enseñar á su maestra un precioso ramo que estaba confeccionando, se aproximó varias veces al mostrador, desde donde veía perfectamente la gente que había en la calle. Una de las veces sorprendió al través del escaparate el robusto abdómen del viejo y una sonrisa de júbilo asomó á sus lábios.

—Venceré, no hay duda—se dijo para sí.—A este viejo, á pesar de que me figuro que es muy marrullero, le va á pasar que yendo por lana va á salir trasquilado.

Esta noche, y contra su costumbre, antes que sus compañeras, salió á la calle. D. Canuto se acercó al momento á saludarla.

—¿Otra vez V. aquí? Ya sabe V. lo que esta mañana le he dicho.

—Sí, pero.....

—Va V. á comprometerme.

—De noche no es tan fácil que nos halle, y si usted quiere podemos entrar en un café.....

—Muchas gracias.

—En mi concepto sería lo mejor. Así podríamos hablar con entera libertad y sin temor de ninguna especie.

—Veo con disgusto que V. me juzga de mal modo. La pobreza no está reñida con la honradez; de modo, que si V. se ha figurado que de mí va á lograr lo que de otras muchas, se lleva un soberbio chasco.

—Yo...—balbuceó D. Canuto enteramente desconcertado.

—Bueno es que hablemos claros. Aunque madrileña, parezco hija de Aragon por la ruda franqueza que siempre es mi distintivo.

—Bien, bien; pero no quita lo cortés á lo valiente. Yo no sé por qué no ha de aceptar un obsequio de un hombre que la ama y que vé en V. su mayor ilusion y embeleso.

—¡Ni que fuera V. poeta se explicaria más patéticamente!—contestó la jóven riéndose.

—En mí se ha verificado aquello de

«La ausencia es aire,
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.»

Por eso, el año que inútilmente he pasado buscándola, ha hecho crecer el amor que nació en mi pecho la noche que la conocí.

—Casi, casi, me va V. á hacer creer que cuanto dice es verdad.

—Ponga V. mi amor á prueba.

—Dios me libre. Cada vez me persuado más y más de que me juzga V. muy de ligero. Si tal hiciera, daría pruebas de ser una coqueta, y yo

soy incapaz de oír galanterías de ningún hombre mientras tenga compromiso con otro.

—Rómpalo V.

—Graciosa es la ocurrencia. ¿Y por qué? Además, ¿sabe V. si yo amo con delirio á mi novio?

—Ciertamente que lo ignoro; pero no se por qué, apostaría á que su corazón no pertenece íntegro á ese caballero. Por el contrario, creo que oye V. sus galanterías por pasatiempo.

—Eso es mucho asegurar.

—Pero, ¿me equivoco?

—No es V. mi confesor.

—Pues crea V. que lo siento.

—Es V. muy gracioso y bromista.

—Y V. la más bella de las mujeres.

Entretenidos en este diálogo, llegaron al café de San Joaquín, que, como saben nuestros lectores, está situado en la calle del mismo nombre, esquina á la de Fuencarral. En ese café hay teatro. Don Canuto aprovechó la ocasión para instar nuevamente á la florista á que entrase, y aunque ella rehusó, fueron tantas las instancias del viejo, que al fin accedió y entraron, colocándose en un sitio en que podían ver el espectáculo sin ser apenas vistos de la concurrencia, y menos de los transeuntes que circulaban por la calle.

De pocos años acá, ha habido una verdadera irrupción en Madrid de cafés. Puede decirse que apenas hay calle en la corte que no tenga uno ó dos establecimientos de este género. Esta multitud hace que cada uno de ellos procure presentar alguna novedad para atraer al público.

Los cafés-teatros abundan de un modo inusitado. Si en ellos se hicieran obras menos subidas de color, no encontraríamos frases con que elogiarlos. Persuadidos como estamos de que el teatro es la escuela de las costumbres y el verdadero moralizador de la sociedad, sería el mejor de los medios para difundir los conocimientos entre las clases ínfimas, y apartarlas de esta manera de otros lugares ó establecimientos donde se rinde culto solamente al vicio y á la crápula.

Desgraciadamente en España se hacen siempre las cosas á medias: por eso los cafés-teatros y los teatros como Martín, Variedades, Eslava, el Recreo y otros no responden completamente al fin moralizador que les dió vida. Y todo, ¿por qué? Porque tanto en los unos como en los otros, se dan obras semibufas, salpicadas de chistes groseros, sin que respondan, generalmente, al principio de instruir deleitando, moralizar con verdadera *vis* cómica, y corregir los vicios por la caricatura y la sátira. Por otra parte, el afán de lucro que domina á las empresas, los escasos productos que los autores sacan á sus obras, y el haberse convertido los empresarios en editores, son causas bien grandes de que el teatro, en general, y los pequeños coliseos y cafés-teatros, en particular, arrastren la vida lánguida que llevan, y tengan que dar al público obras de ninguno ó escaso mérito.

Pero volvamos á la pareja que tomó asiento en el café-teatro de San Joaquin.

—Sigo creyendo,—decía Micaela,—lo que ya le tengo manifestado. V. me juzga como á otras

muchas; desgraciadamente las jóvenes que, como yo tienen que vivir de su trabajo, y con él sostener á sus familias, no llevan comunmente una vida muy arreglada, y los hombres como V. suelen lograr fácilmente trastornarlas y arrojarlas al fango. Por esta razon, debo manifestar á V., D. Canuto, ngénuamente, que si se ha figurado soy una de esas, no vuelva á pensar en mí, por que va V. á llevarse un solemne chasco.

—Es V. implacable conmigo, Micaela. No sé por qué razon piensa V. tan mal de mí.

—Aunque soy jóven, conozco algo el mundo, y sé y he visto que por regla general los hombres de sus circunstancias cuando se dirigen á una jóven de las mias, es casi siempre con un fin poco santo.

—Siento mucho esa creencia.

—Cónstele, pues, lo dicho. Y vámonos, que ya es tarde.

D. Canuto pagó, y ambos salieron del café.

Micaela exigió formalmente repetidas veces á D. Canuto que no la acompañara hasta su casa, y él tuvo que resignarse á ello en vista de la insistencia de la jóven.

—No lo vaya á perder todo por querer ir de prisa,—se dijo para su capote, y se despidió de Micaela.

Poco despues entraba en el Suizo.

—¿Qué hay, qué hay?—le preguntaron sus amigos.

—Que es deliciosa la tal chiquilla. Jamás mujer en el mundo ha hecho nacer en mí un afan de triunfar como ella.

—Mira, no seas tú el vencido,—le replicó D. Homobono.

—¡Quiá, hombre, quiá! Me costará más que otras; pero venceré. Lo que sí os aseguro, es que no hay dos, ni más discretas ni más seductoras por todos estilos que Micaela.

—¿Se llama Micaela?—preguntó Ruiz.

—Sí,—replicó D. Canuto.

—Pues guárdate del santo bendito, porque teniendo el diab'o á los piés, puedes por culpa suya dar un tropezon.

Todos, incluso el aludido, se echaron á reir.

XIV.

Pedro tardó tres días en volver de Aranjuez. La amistad y las conveniencias sociales imponen á veces al hombre deberes que cumplir, y le obligan á hacer cosas contrarias á sus deseos.

La sociedad es así, y el hombre que ha de vivir en ella tiene que ser esclavo de sus preceptos. Por eso siempre hemos creído un delirio la completa libertad del hombre civilizado, tal y como la quieren, definen y predicán algunas escuelas filosófico-políticas.

La única libertad que al hombre que vive en sociedad le queda, es el residuo que le dejan las libertades de sus conciudadanos, la educación, la moral, las leyes, los usos, costumbres, modas, et-

cétera, etc. De modo, que de si su total libertad vamos restando todas estas cosas, tendremos que confesar que el hombre civilizado es esclavo, y solo el salvaje libre.

Por esto Pedro, esclavo de las conveniencias sociales, tuvo que resignarse, bien á su pesar, á permanecer con sus amigos cuarenta y ocho horas más de lo que había dicho á Micaela.

A sus solas desahogaba su mal humor, y se daba á todos los diablos, por haber accedido á aquel viaje, haciendo formal promesa de no volver á sacrificar en aras de la amistad ni un solo segundo, si había de tener que robárselo al amor.

Al dirigirse la mañana que llegó á la tienda de la florista, daba mil vueltas á su imaginación para hallar una excusa con que aminorar su retraso. No pareciéndole nada bien, se decidió á decir la verdad, y sufrir la reprimenda de su novia.

¡Cuán lejos estaba él de pensar, ni sospechar siquiera, que ella, durante su ausencia, había tenido una tan grata y deseada compañía!

Desde que vió á la jóven al través del escaparate hasta que salió y se saludaron, la más viva inquietud devoró á Pedro, y los latidos de su corazón eran tan fuertes y precipitados, que parecia que acababa de terminar un ejercicio de gran fatiga, ó concluir una dilatada y violenta carrera.

—Vaya, vaya, le dijo Micaela, bien puede usted haberse divertido.

—Escucha, Micaela, por Dios, y perdóname; yo...

—Para qué mentir. Bien sabes que aborrezco la farsa; por eso no quiero que trates de disculparte.

—Pero...

—Nada, nada, estás perdonado.

—Yo te aseguro que no volverá á suceder otra vez.

—Y aunque sucediera, ¿qué?

Pedro estaba admirado. Siempre habia creido buena á Micaela, pero jamás tan resignada. Por esta razon exclamó:

—¿Te estás burlando de mí, ó efectivamente sientes lo que dices?

—Pues claro que lo siento. ¿Te parece á tí que habia yo de ser una de esas tontas, celosas y pendencieras, que por cosas tan fútiles armara una camorra cada veinticuatro horas á mi novio? No tal: cuando tú no has vuelto antes, razones habrás tenido para ello.

—Yo te las diré.

—¿Para qué? Lo hecho, hecho está, y por lo tanto, á qué hablar de ello.

Cada vez sorprendian más á Pedro las frases de Micaela. Subió con ella á su casa; saludó á la familia; los vió comer, y acompañó de nuevo á su amada hasta el taller, sin poder comprender por qué no habia encontrado á su novia hecha un basilisco á causa de su tardanza.

Ni en las frases de la madre, ni en las de la hija halló la más leve recriminacion, y por lo tanto, se fué tranquilizando y llegó á perder todo temor, sin sospechar que pudiera existir una causa grave, que obligase á proceder de aquel modo á la que era su ídolo, su sola ilusion y pensamiento, y de la que se creia amado ciegamente.

Por todo lo que acabamos de decir, la sorpresa que tuvo por la noche al ir á buscar á Micaela y ver que no estaba en la tienda, fué atroz.

—¿Se habrá puesto mala? se decía dirigiéndose á su casa.—¿Qué otra causa sinó la ha podido obligar á salir del taller?

Figúrense nuestros lectores cuál sería su estupefaccion al no hallarla tampoco en su casa, y al oír de boca de su madre que no había vuelto desde la hora de comer. Salió precipitadamente á la calle y se dirigió á Chamberí, haciendo mil comentarios. El no hallar á Pepa y Paco en su casa le tranquilizó, pues se dijo:

—Quizás hayan ellos ido á buscarla á la tienda y estén en el café de Zaragoza esperándome como otras veces.

En consecuencia de esta reflexion, tomó toda la calle de Fuencarral hácia la Puerta del Sol. Al pasar por el café de San Joaquin creyó divisar á través de los cristales á Micaela en una mesa acompañada de un señor gordo, que no pudo ver por estar de espaldas; pero juzgó habria sido una ilusion óptica, puesto que habiéndose asomado á la puerta nada vió, y por lo tanto siguió su camino ansioso de estar junto á ella y sus amigos lo antes posible.

Tampoco halló en el café á ninguno de los que buscaba.

—Son las nueve,—dijo mirando el relój que habia encima del mostrador;—aún es temprano. Si han ido á dar una vuelta antes ó á hacer alguna visita, no deben tardar ya mucho; esperaré.

Se sentó y se hizo servir café. Segun el tiempo corria, su impaciencia subia de punto. Ya á las diez no tuvo paciencia para esperar más, y salió.

Una vez en la calle, sin saber por dónde tomar, vínosele á la mente el recuerdo del café de San Joaquin, el caballero gordo y la que se le figuró, por un momento, su novia.

—¡Qué nécio soy!—exclamó,—debí haber entrado para persuadirme; pero más vale tarde que nunca. Si era ella, allí estará, pues cuando va al café no se retira hasta despues de las once.

A paso de carga atravesó la distancia que hay de uno á otro café; pero nada. Poco más ó ménos en el mismo sitio en que creyó ver á Micaela, habia un señor gordo y una jóven; ni á la una ni al otro conocia.

Abandonó el café y se dirigió, como estaba cerca, á la calle del Escorial. La puerta donde vivia la jóven estaba ya cerrada.

—¡Bonita noche!—decia para sí mientras bajaba la Corredera de San Pablo, y por las calles de la Puebla y San Onofre salia á la de Fuencarral.— Me he divertido, como hay Dios! De tanto andar, estoy molido. Vóime á mi casa. ¿Qué otro remedio me queda? Pero esa chiquilla, ¿dónde andará?

Sin saber cómo ni por qué se halló á la puerta del Suizo, y entró por ver si hallaba á algun amigo, y hablando con él se distraia un rató.

Decididamente le perseguia esta noche la desgracia, puesto que ni un solo compañero vió á quien acercarse.

Dado á dos mil demonios iba á salir á la calle,

cuando en una mesa contigua á la puerta vió á don Canuto y sus amigos.

Al reconocer al viejo verde le dió un vuelco el corazón y una llamarada subió á su rostro. Se paró junto á él, so pretexto de comprar *La Correspondencia*, y le oyó decir:

—¡Es divina! Me tiene loco, y mi triunfo es seguro.

—¡Libertino!—exclamó Pedro entre dientes, marchándose.—Estos viejos verdes me dan asco. Son capaces de perder á cuantas muchachas les hacen caso, abandonarlas despues, y lo que es más vil aún, deshonestarlas en los cafés refiriendo sus conquistas á voces. ¡Malditos viejos! Pobre de la que se fia de ellos.

¡Qué lejos estaba de pensar el enamorado poeta que las palabras de D. Canuto, que de tal modo le habian exaltado, se referian á la mujer á quien él habia entregado su corazón y su alma.

XVI.

Al siguiente día fué en busca de Micaela antes de que entrara en el taller: hallóla en la Red de San Luis; apenas le vió ella, le dijo sonriendo:

—Ya me figuraba que vendrias esta mañana. Si anoche no me hallaste en la tienda, fué porque á una compañera le dió al anochecer un accidente

y tuve que llevarla á su casa y estarme cuidándola hasta que la dejé relativamente mejor.

—¡Pues no sabes la noche que he pasado! Además, creí verte en el café de San Joaquin.

—¡A mí!—exclamó Micaela pálida como la cera y echándose á reir para ocultar su emocion.

—Sí; pero luego me convencí que era otra.

—Es decir...

—Que en la duda fuí al café de Zaragoza por si allí estabas con nuestros amigos, y despues volví al de San Joaquin.

—¡Celoso!

—¡Te amo tanto!

—Ea, adios, hasta luego; pero por si se me olvidara despues, te advierto ahora que esta noche, y hasta que mi amiga vuelva al taller, no vengas á buscarme, porque me voy á su casa á hacerla compañía.

—Pero...

—Es un deber de amistad. Ya sabes que los amigos nos obligan muchas veces á hacer cosas que...

—Tiene razon,—dijo suspirando Pedro, acordándose de lo que á él le habia acontecido en su excursion.

Pedro se dirigió á su casa, y Micaela entró en la tienda diciendo para sí:

—Bueno es saber lo de San Joaquin. Mudaremos de café.

El dia pasó sin ningun incidente particular. Por la noche, media hora antes que las demás, abandonó Micaela el taller, y se dirigió presurosa y re-

catándose á la calle de la Aduana. D. Canuto la salió al encuentro.

—Es preciso—le dijo ella—mudar de café. Pedro sospecha, y anoche por poco nos coge.

—Bien; iremos á otro. V. dirá.

—Yo no sé: al que V. quiera con tal que esté extraviado.

—Pues entonces al de la Universidad.

—¿Dónde está?

—En la calle Ancha.

—No: allí van muchos estudiantes amigos de él y que le han visto conmigo.

—Entonces al Español, frente al teatro de Oriente. Allí toca el piano un jóven vascongado que vale mucho, y sobre ser café poco concurrido, no extraña á ninguno de sus parroquianos ver una pareja en una mesa escondida. ¡Son tantas las parejas amorosas que allí van!

—Corriente, vamos, pues; pero por calles extraviadas.

—Entonces nos meteremos por la plazuela del Cármen, calle de la Abada, Jacometrezo, Costanilla de los Angeles, plaza de Prim, y en seguida estamos en el café.

—Convenido.

Sin alterar un ápice el itinerario llegaron al café Español, y se colocaron en una de las mesitas en el hueco de una ventana. Allí, no entrando y dando vuelta al café, fijándose mucho, no podían ser vistos.

Los lectores que conocen á Micaela y la han visto en diferentes ocasiones al lado de Pedro, que

la adoraba con delirio, seguramente no la hubieran reconocido á verla ahora.

¡Lo que trasforma el amor verdadero ó fingido á una persona!

D. Canuto estaba loco, ébrio, no sabia lo que le pasaba. Cada palabra, cada sonrisa, cada mirada de la jóven, le hacia soñar un nuevo deleite, una nueva ilusion. Micaela queria á todo trance hacer suya aquella presa, y así es que no perdonaba medio, ni coqueteria, para marear á aquel viejo invencible, segun él mismo decia.

Poco más ó ménos, lo que hemos presenciado esta noche se repitió en el mismo sitio durante un mes consecutivo. En él D. Canuto, aunque consiguió ser correspondido de la bella florista y formal palabra de romper sus compromisos con el poeta en hallando una ocasion propicia, no alcanzó el más pequeño favor, y esto le tenia fuera de sí.

La táctica de Micaela era soberbia, y daba pruebas de una sagacidad y un ingenio poco comunes en las jóvenes. El tira y afloja que usaba con el viejo le hacia crecer en deseos; de modo que al verse contrariado siempre, ofrecia, juraba y perjuraba cuanto un hombre puede jurar y ofrecer para satisfacer su pasion. Nada, sin embargo, venia á la jóven.

Cuando se persuadió de que D. Canuto estaba rendido á discrecion, creyó llegado el caso de deshacerse del poeta. Una circunstancia vino á ayudar sus planes.

Pedro, receloso de que la enfermedad de la amiga de su novia por lo larga fuese una filfa, se pre-

sentó en la tienda de flores un día mientras las oficialas estaban en sus casas á comer, y preguntó si efectivamente alguna de ellas habia sufrido un accidente haria un mes, y si ya estaba bien y habia vuelto al taller.

La maestra le respondió que nada sabia de lo que le preguntaba; que allí ninguna estaba ni habia estado mala.

Pedro se despidió, dejando á la dueña de la tienda presa de la más viva curiosidad; así es ue en cuanto las muchachas volvieron refirió lo sucedido.

Micaela se inmutó al oirlo, pues se encontró cogida *in fraganti*, pero supo disimular su turbacion y nadie sospechó que ella fuera la autora del embuste.

En toda la tarde se habló de otra cosa en el taller; cada cual emitia su parecer ó hacia su comentario, hasta que al fin todas se rieron á mandíbula batiente de la fábula y del señorito.

Micaela fué la que menos parte tomó, si bien debemos consignar que se rió y bromeó como las otras para no excitar sospechas.

A eso de las siete escribió con lápiz en un papel lo que sigue: «Esta noche no nos veremos, mañana sí;» y aprovechando el que la criada de la maestra iba á salir, se acercó á ella y la dijo con disimulo:

—Hágame V. el favor de entregar este papel á un caballero grueso y ya de alguna edad que verá V. en la esquina de la calle de la Aduana.

—Pero...

Micaela puso en manos de la fámula medio duro con el billete, y los escrúpulos de la fregona se disiparon.

Creemos excusado decir que la jóven hacia lo que acabamos de ver, porque supuso que Pedro iría á esperarla á la puerta de la florista mucho antes de la hora de dejar la labor.

Así fué efectivamente. Cuando Micaela dió la cartita á la criada, ya estaba mirando por el escaparate el poeta.

Otra hubiera temido la entrevista con su novio: ella la deseaba. Otra, en igualdad de circunstancias, hubiera estado intranquila: ella estaba serena. Otra, en fin, no hubiera sabido qué decir, ni cómo rebatir los cargos que su amante la haría: ella todo lo había previsto, y para todo había meditado respuestas y evasivas.

Por esto la primera que salió del obrador fué ella, dirigiéndose derecha hácia Pedro.

—Buenas noches, Perico; te esperaba esta noche; y como además te he visto á través de los cristales, no te he querido tener más tiempo de planton.

—Gracias, pero supondrás que tenemos que hablar mucho y con calma.

—Si tal, puesto que he sabido la indiscreta pregunta que hoy has hecho en la tienda.

—¡Indiscreta!

—Ciertamente; pero mira, no te sofoques ni voces. No me gusta enterar á nadie de mis asuntos. Dáme el brazo y vámonos á un café solitario; allí hablaremos.

—Vamos,—dijo Pedro echando á andar.

—¡No te conozco!—exclamó Micaela.—Tú tan fino, tan galante, tan...

—Basta de guasa.

—Si todo lo tomas á broma no lograremos entendernos.

De esta suerte llegaron al café de Bilbao, y en él tomaron asiento.

La cuestion se agrió allí, como era de presumir, hasta el extremo de que Micaela dijo levantándose:

—Hemos concluido para siempre. Adios.

Pedro quiso detenerla, pero tuvo que dejarla salir por no dar un escándalo. Tras ella fué hasta su casa sin lograr ni una respuesta ni una mirada. Cuanto el poeta la decia era como si se lo hubiera dicho á la pared.

Cuando la vió entrar en su casa, loco, desatinado, mesándose los cabellos y comprimiendo las lágrimas que pugnaban por brotar á sus ojos, emprendió la ruta de Chamberí.

—¿Qué te ha pasado?—le dijo Paco al verle entrar.

—¿Qué es eso?—exclamó Pepa.

—Voy á pegarme un tiro. Micaela no me ama, me engaña, sin duda quiere á otro. ¡Qué desgraciado soy!

Pepa y Paco se miraron.

¡Cuántas cosas significaba aquella mirada!

—Vamos, hombre, cálmate; no será tanto como dices.

—¡Qué no!..... Escucha.

El pobre refirió todo cuanto habia sucedido desde su ida á Aranjuez. La sorpresa de sus amigos,

á pesar de lo que sabian, era mayor cada momento. Al terminar Pedro su narracion, le acometió una terrible convulsion nerviosa.

Entre el marido y la mujer le condujeron á una cama, le acostaron, y Paco mandó por un antiespasmódico á la botica, que no le causó efecto alguno, puesto que á la hora se le desarrolló una fuerte calentura y un gran delirio.

Pepa se asustó al principio mucho; pero su marido la tranquilizó, asegurándola que aquello no era nada, y que probablemente al siguiente dia, ó todo lo más al otro, podria abandonar el lecho.

—¡Qué infame es esa mujer,—decia Paco á su esposa.

—Nunca hubiera creido que sacrificase así á este pobre chico en aras de la ambicion.

—¡Maldito dinero!

—No todos son como nosotros, que vivimos contentos con nuestra modesta posicion, cariño, esperanzas é ilusiones.

—¿Por qué no habré yo advertido á mi infeliz amigo lo que era su novia? No sufriria lo que hoy sufre.

—Mañana iré yo á verla, y tal vez...

—No abrigues esperanza alguna. Cuando ella ha dado este paso, es porque está resuelta á no volverle á ver.

—Soy de tu opinion; pero...

—Ea, acuéstate, vida mia. Yo tampoco tardaré en recogerme, puesto que este no está peor, y mientras dure ese estado de delirio, nada debe hacerse.

Una hora despues, todos estaban recogidos en la casa de Chamberí.

Solo un criadillo que Paco tenia, velaba al lado del enfermo.

XVII.

Al siguiente dia á las doce entraba Pepa en casa de su amiga: ella no habia vuelto del obrador; pero no tardó mucho en llegar.

—Tenemos que hablar—le dijo Pepa.

—Si es de lo que me figuro, es escusado. Mi resolucion es irrevocable.

—Pero...

—No te empeñes.

—Mira que Pedro está muy malo.

—No será tanto.

—¡Eres atroz! Lo que acabo de decirte es verdad. Está en mi casa en un estado poco lisonjero.

—¿Y quieres que yo?...

—Justamente: exijo que tú vengas conmigo á verle. De este modo tal vez se logrará su alivio.

—¡No sé cómo te atreves á proponerme tal cosa!

—¿Por qué?

—¿Dónde has visto que una jóven vaya á visitar á un hombre?

—¡Válgame Dios y qué melindrosa te has vuelto!

—Cumpló con mi deber al obrar así.

—Bien, mujer, no te incomodes; pero segura es—

toy que si el enfermo fuera el vejestorio que te ha vuelto loca, te faltaria tiempo para ir á verle.

—Entonces haria lo que me pareciera.

—Corriente, chica. Cada loco con su tema; pero no te olvides que sin piedra ni palo suele castigar Dios, y tú...

—Vaya, déjate de refranes y simplezas. La culpa de nuestro trueno la tiene él.

—No digas eso, Micaela. No añadas la mentira al engaño.

—Bueno, pues he sido yo la causante, lo que quieras.

—Lo que es verdad.

—Si él no se hubiera metido á averiguar vidas ajenas, no habria sucedido nada.

—Si no le hubieras tú engañado, no hubiera él tratado de averiguar la verdad. Por otra parte, si no hubieras tenido ese pretexto para romper con él, segura estoy que no te hubiera faltado otro. Desgraciadamente, ha sucedido lo que yo temia desde el dia de mi boda.

—Pues si lo esperabas, ¿por qué te asombras?

—Porque nunca te creí capaz de cometer infamias.

—Y yo á tí de meterte en camisa de once varas.

—Dispensa, hija, dispensa. Tu alma con tu palma—exclamó Pepa poniéndose en pié.—Por última vez, ¿quieres, siquiera sea por caridad, venir á mi casa á ver á Pedro?

—Ya te he dicho que no.

—Tienes el corazon de piedra y las entrañas de tigre. Adios.

—Adios, y que se alivie. Cúdale mucho.

—No añadas el sarcasmo á la infamia y al engaño.

—Já... já... já... estas hoy insufrible é insultante; pero no me importa.

Pepa salió haciéndose cruces, como vulgarmente se dice, y prometiendo no volver más á saludar á Micaela.

Cuando Paco supo lo ocurrido no pudo contener una interjeccion de ira y de desprecio.

Verdaderamente, la conducta de Micaela era inculcificable.

Ocho dias estuvo Pedro en cama.

Al abandonar el lecho parecia que habian pasado diez años por él.

¡Tanto era lo que habia sufrido!

Quiso ver á su antigua novia y sus amigos le disuadieron de esa idea.

Por consejo de Paco, se decidió á dejar la córte por una temporada, é irse á su pueblo con sus padres á restablecerse y procurar el olvido de la que tan mal le habia correspondido.

Dos dias despues de lo que antecede, salió el poeta de Madrid.

—¡Pobre de mí!—exclamó al perder de vista la corte.—Ahí se quedan mi alma y mis ilusiones: conmigo sólo va el hastío, el dolor y los recuerdos.

XVIII.

Los amores de la florista y el viejo iban siguiendo su curso ascendente. Desde que ella rompió tan bruscamente con su novio, ya no se recataba de nadie, y por lo tanto con él iba á paseos, bailes, teatros, etc., etc.

Debemos, sin embargo, confesar que seguía fielmente la senda de tira y afloja que se había propuesto para enloquecer á D. Canuto, y el éxito superaba á sus esperanzas.

D. Canuto cada día estaba más aferrado en vencer aquella virtud salvaje—de tal la calificaba el viejo calavera—así es que los desdenes que unas veces recibía de Micaela, y los halagos de que otras era objeto, le tenían esclavo de aquella beldad.

Sus amigos se quejaban de que los iba abandonando; le bromeaban de lo lindo, porque no lograba rendir á la chicuela, y él con uno y otro ponía mil medios en juego para lograr sus fines, sin que ninguno le diera el resultado apetecido.

Celos, ofertas, promesas, juramentos, en fin, de todo cuanto una persona puede echar mano en casos semejantes, se había ya valido D. Canuto; Micaela era á todo insensible. Cuanto más el viejo hacía por enloquecerla, aparecía ella más fría; cuanto más procuraba D. Canuto ablandarla, ella se mostraba más dura; cuanto más el infeliz trata-

ba de humillarla, ella se alzaba más altiva; cuanto más la enaltecia, más se rebajaba ella. Era una lucha heróica la que se había entablado entre ambos. El se había propuesto seducirla: ella se había empeñado en casarse.

¿Cuál vencería?

Difícil era aventurar una solución.

Las circunstancias estaban más en pró de D. Canuto, por lo refractario que era al matrimonio, por la edad que tenía, y por la sociedad de que formaba parte; pero también es cierto que la mujer tiene una constancia, una decisión, un valor, un dominio sobre sí misma, y una inventiva tan grande, con tal de lograr el fin que se propone, que nada la arredra ni hace retroceder.

De esto nacía la dificultad para resolver el problema.

Entretanto, el tiempo pasaba.

Micaela había hablado á su madre del negocio, y de acuerdo caminaban ambas para lograr su objetivo.

Micaela comprendía que solo faltaba la chispa que hiciera reventar la mina, segura de que don Canuto se rendiría al fin á discreción entonces.

Buscaba con afán ese pretexto, esa ocasión, esa chispa, en fin, pero no daba con ella.

Así las cosas, llegó el carnaval de 1870.

Micaela sabía que Pedro había regresado, aunque no le había visto, y tampoco ignoraba que en lugar de olvido, solo había logrado con la ausencia y la soledad, que su pasión se hiciera mayor, y sus celos más vehementes.

—Cuándo mejor que estos días,—se dijo, y dijo á su madre,—para hallar la ocasion que tanto he buscado en vano.

En su consecuencia, no vaciló en buscar un amigo de Pedro y hacerle que se comprometiera á llevarle al baile de máscaras del teatro de la plaza de Oriente. Segura de que allí veria á su antiguo amante, dijo á D. Canuto que queria ir acompañada de su madre y de él á dicho baile.

A D. Canuto le faltó tiempo para satisfacer el capricho de la jóven. Compró dos ricos dominós de raso; negro el uno, color rosa el otro, y á las diez de la noche se personó en la casa de la calle del Escorial con ellos.

Una hora despues walsaba la linda Micaela con su obeso doncel, haciendo á éste sudar la gota gorda.

Dejémosles bailar, y veamos lo que la madre de tan gentil muchacha hacia.

—¿Han venido todos?—decia á un hombre de unos cuarenta años, junto á la puerta del pasillo.

—Todos.

—Pues entonces ya sabes.

—Corriente; todo se hará á medida de sus deseos; pero el chicuelo, ¿habrá venido?

—Sí: por ahí anda.

—¿Y cree usted que dará chispas?

—Ya lo creo.

—Pues cosa hecha, porque supongo que el viejo no será tan cobarde...

—Tal me figuro.

—¿Y si lo fuera?

—Entonces vosotros, como parientes, tomáis la iniciativa y le obligáis...

—Entendido.

—Pues adios.

Los interlocutores de este diálogo se separaron.

¿Qué comedia se iba allí á representar?

Tengamos un poco de paciencia.

El vals habia terminado.

Micaela fué á sentarse junto á su madre.

D. Canuto, rendido, jadeante y como si saliera de un baño, hizo lo propio junto á su amada.

Pocos momentos despues pasó Pedro del brazo del amigo con quien habia hablado la florista.

Al verle Micaela, se levantó y dijo:

—Vuelvo; voy á dar una broma.

Antes que D. Canuto pudiera decir una palabra ó impedírselo, ya se habia cogido del brazo del poeta.

—¡Hola, hola!... ¿Tú tambien asistes á las máscaras?

—Este amigo se empeñó—dijo distraido Pedro.

—Y tú por no disgustarle...

—Justo.

—¿Nada más te ha traído al baile?

—Nada más.

—Vamos, que yo sé que no es eso verdad. Tú has venido esta noche buscando una mujer.

—Te aseguro...

—¿A qué negarlo? Sé hasta su nombre; sé que la amas; sé que estás celoso de ella; sé, en fin, que serias capaz de armar aquí un escándalo si la vieses del brazo de tu rival.

—¡Oh! calla, calla, máscara ó demonio. No despiertes en mí recuerdos mal dormidos, celos mal ahogados y pensamientos llenos de ódio y de venganza.

—Ni Otelo se expresaria con más furor. Verdad es que ella te jugó una mala partida.

—Pero, ¿quién eres tú, que tan enterada estás de mis secretos?

—Es inútil que te empeñes en averiguarlo; no me conoces, no me has visto en la vida; pero yo, desde que leíste unos preciosos versos en el teatro de Novedades no he perdido tu pista. Conozco mucho á la que fué tu novia y sabia lo que te iba á suceder. Mil veces estuve por decirte: «Mira que te engaña Micaela.»

—No pronuncies ese nombre, por favor,—exclamó Pedro, blanco como el mármol y en extremo agitado.

—Debias odiarla.

—Ese es el mal: la adoro más cada día.

—Pues ella no se acuerda de tí.

—Calla, calla, por compasion. Tus frases son punzantes dardos que me hieren el corazón.

—Entonces, adios. Si no hemos de hablar de Micaela te dejo.

—No, no te irás sin saber quién eres.

—Suéltame ó grito y te hago llevar á la prevención entre una pareja de órden público.

—¡Maldita sea mi suerte! dijo Pedro, soltando el brazo por donde retenia á la máscara. Esta aporvechó una oleada de gente, se escabulló entre ella, y antes de que Pedro se hubiera dado cuenta de

lo que pasaba, ya estaba ella junto á su madre y su novio.

—Ahora, Canuto, voy á complacerte en lo que deseabas en casa. Ven, mamá, al tocador, y te quitarás el dominó rosa y me le pondré yo. De este modo Canuto estará más satisfecho, y yo no seré reconocida por los que acabo de embromar.

—Siempre tan discreta, exclamó el viejo, mirándola con cariño. Vayan Vds., que dando vueltas al salon las espero.

—Pronto estamos aquí. Hasta luego, le dijo Micaela, lanzándole una mirada capaz de enloquecer á una estatua, cuanto ni más á D. Canuto, á quien tenia sorbido el sexo.

—¿Qué tal? preguntaba la madre á la hija mientras se dirigian al tocador.

—La mina está cargada: ella reventará.

Al volver Pedro de su asombro, dióse á correr en todas direcciones en busca de la máscara que todos sus secretos poseía. No la conocia, no podia imaginarse quién era, y esto avivaba más y más su curiosidad. Al dar una vuelta con rapidez para mirar una máscara de dominó negro, que se le antojó era la que buscaba, pisó el pié á un caballero, que lanzó un ¡ay! lastimero exclamando:

—¡Bárbaro!

—¡Grosero!—replicó Pedro; y á no ser por su amigo se hubiera lanzado contra el que así le apostrofaba; pero este le cogió del brazo y lo arrastró en pos de sí. Volvióse, sin embargo, y reconoció á D. Canuto, que aún tenia el rostro compunjado por el dolor, y el pié en su diestra.

—¡Maldicion!...—exclamó frenético;—¡acaban de hablarme de Micaela y ahora me topo con ese viejo verde!.... Déjame aplastar un sapo venenoso.

—Hombre, no seas así,—dijo su amigo forcejeando por retraerle.

Como sucede siempre en sitios de gran concurrencia, infinidad de gente se interpuso entre el poeta y D. Canuto.

Micaela y su madre se reunieron á poco de este suceso con el pisoteado amante que, aún cojeaba.

—¿Qué es eso?—le preguntó Micaela.

—Un bestia que me ha deseado este pié—contestó D. Canuto, volviéndose á tocar el pié con la mano.

—¡Pobrecillo!... no estando á mi lado todo se te vuelven percances.

La danza empezó de nuevo.

Micaela y D. Canuto no bailaron esta vez.

Se sentaron con la madre de ella en un lugar retirado, y así mientras veían danzar á los demás continuaron conjugando el verbo amar.

Pedro y su amigo se fueron al café.

—Es muy extraño todo lo que me sucede esta noche.

—No hagas caso de tonterías, ni te preocupes de bromas de carnaval.

—Pues yo no salgo esta noche de aquí sin aclarar este misterio.

—Bien, lo que quieras; pero ahora soslégate, y despues Dios dirá.

Pedro guardó silencio; su amigo le incitó, y así apuraron sus tazas de café.

En el salon todo era algazara.

Sin embargo, ¡cuántas miserias encubria aquella gritería infernal!

Doblemos la hoja.

XIX.

¿Quién no ha visto un baile de máscaras? Seguramente casi todos los que tienen la paciencia de leer esta narracion histórica, habrán asistido alguna vez á una fiesta semejante; pero como pudiera haber alguno ó algunos que no lo hayan hecho á los que se verifican en el coliseo de la plaza de Oriente, vamos á permitirnos hacer una sucinta reseña del en que se hallaban Micaela, su madre, D. Canuto y el poeta laureado.

De todos conocido es el vasto recinto del teatro de la Opera; todos saben la magnificencia de su decorado, la profusion de luces que en él brillan, y sobre todo, la incomparable orquesta que allí lanza torrentes de armonía. Pues bien; si á todo esto unimos el que el salon se agranda con el escenario, puesto que un tablado inmenso los nivela; si además cubrimos esta inmensa sala de una rica alfombra de moqueta, y si sobre ella colocamos miles de personas, disfrazadas ellas con vistosos trajes, y vestidos ellos del histórico frac y la corbata blanca; y si, por último, saturamos el ambiente de mil perfumes, sin faltar el elegante *storaque*, que-

mado de antemano por la empresa, y ensordecemos el espacio por la chillona gritería de las máscaras, las exclamaciones de los embromados y las risas de los que escuchan, tendremos una idea aproximada de lo que es un baile en el aristocrático coliseo de la plaza de Oriente.

Fáltannos dos pinceladas para completar el cuadro.

Es la primera advertir á nuestras bellas lectoras, por si alguna vez concurren á aquel sitio en ocasiones como la presente, que el disfraz usado por las elegantes y aristocráticas damas, es el negro capuchon sobre faldas de rico gró de igual color, ó el sencillo manto usado por las dueñas de los tiempos de Felipe III y Felipe IV, con el cual es de rigor, además del negro vestido, el cabello empolvado y el antifaz, en lugar de la careta. Sin duda por esto D. Canuto, conocedor de las costumbres y de las modas á la *derniere*, habia comprado los dos capuchones de raso que lucian Micaela y su madre. Es la segunda, el describir ligeramente el polpe de vista que ofrece el salon desde el momento en que la orquesta preludia, ya una tanda de walses jugueteros, ya una polka íntima, ya una voluptuosa habanera, ya un aristocrático rigodon, ó ya un veloz y arrebatador galop. En cualquiera de estos casos el bullicio y la confusion suben de punto; las bromas cesan; las parejas se estrechan íntimamente; ocupan los caballeros, no danzantes, el centro de la sala; las mamás, las solteronas de cierta edad y alguna que otra niña sin novio, ó á quien no se deja ejercitar el arte de *Terpsicore*, ocu-

pan los asientos de alrededor, los de los palcos y los de las galerías. Pero no se crea por esto que permanecen ociosas; las mamás, ó ensalzan la belleza y virtud de sus hijas, ó hablan bien de sus futuros yernos (cosa que en cuanto lo sean no volverán á hacer), ó lo que es mas general, se rinden en los brazos de Morfeo; las solteronas pasan el rato criticando á las jóvenes, hablando mal de los hombres y condenando la moderna manera de bailar. Ya comprenderán nuestros lectores que este modo de proceder es más por envidia que por caridad. De las niñas que no bailan por el mandato de sus padres ó el capricho de sus novios, solo diremos que la boca se les hace agua, los piés se les van tras de la música y pasan rabiando la noche y maldiciendo la hora en que fueron al baile.

Completa la reseña, volvamos á reanudar el hilo de nuestra interrumpida narracion.

Las dos serian, poco mas ó ménos, cuando don Canuto, su novia y su suegra en ciernes, entraban en el salon despues de haber cenado opíparamente.

D. Canuto, á quien ya no dolia el tremendo pisotón que Pedro le propinó, y á quien el Jerez habia puesto hablador y gracioso, decla á la sazón á su novia, mientras con ella paseaba del brazo:

—¿Sabes, Micaela, qué jamás he pasado una noche tan agradable? Verdad es que el baile está animadísimo y tú la más hermosa que en él se pasea. Ufano estoy, y puedo estarlo, seguramente, con poseer tu cariño.

—Sin embargo—replicó ella.—al principio te noté un no sé qué...

—¡Aprension! ¡pura aprension! Nunca creí poder amar tanto como te amo. Por tí sería yo capaz de todo. Lástima que tú seas tan esquivá para quien tanto te adora.

—¿Qué más puedo yo hacer que quererte? Por tí he tronado con mi antiguo novio; por tí he roto con mi mejor amiga; por tí...

—Sí, sí; pero...

La madre de Micaela vino á interrumpir este diálogo, cogiéndose del otro brazo de D. Canuto.

—Aunque no sea á ustedes muy grata mi compañía—dijo—yo no puedo ni debo separarme de mi hija. He visto un pajarraco de mal agüero revolotear por ahí, y mi deber es estar á su lado.

—¿Acaso Pedro?—preguntó Micaela.

—Sí, hija mía, sí. Pedro te anda buscando; y como sabes lo loco que es...

—¿Y qué nos importa ese muñeco?—objetó don Canuto.—Si Micaela no le quiere, ¿con qué derecho se mete en lo que no le va ni le viene?

—Bien sabe V. que los hombres son así—exclamó la vieja.—Se les pone una cosa entre ceja y ceja, y...

Fuera casual ó intencionadamente, Pedro, que pasaba al mismo tiempo, tropezó con la madre de Micaela. D. Canuto lo tomó por lo sério, y echándose de desfacedor de entuertos, exclamó:

—¡Grosero! Ya podía ver V. por dónde va, y tener cuidado de no molestar á las señoras.

Pedro se volvió al oír aquellas palabras, y al reconocer á D. Canuto, toda la sangre se le arrebató á la cabeza.

D. Canuto, al verse frente á frente del jóven que le habia dado tan tremendo pisoton, se encolerizó más y más.

—Si no fuera porque me da V. asco—prorrumpió Pedro—le aseguro que yo le enseñaria á tratar á las personas; pero los viejos verdes libertinos como usted, no son dignos más que de desprecio.

—¡Insolente!—gritó D. Canuto deshaciéndose de su doble pareja y dando un paso hácia Pedro.

—Detente, Canuto—exclamó Micaela.

—Deténgase V.—dijo la madre casi al mismo tiempo, agarrándole de los faldones del frac.

La voz de las dos mujeres hizo palidecer al poeta. Ansioso de salir de dudas, se abalanzó á la jóven y la arrancó la careta.

—¡Miserable!—gritó D. Canuto, dando un puñetazo á Pedro.

—¡Infame!—dijo Pedro á Micaela.—Ya era hora de que te encontrara. Y V., bruja de los diablos—prosigió diciendo volviéndose á la madre—así vende V. á su hija al más libertino y asqueroso de los hombres.

—¡Repórtese V. caballero!—vociferó el aludido.

—¡Reportarme!... ¿Cómo es posible cuando hace tanto tiempo que ambiciono este momento? Toma, viejo seductor—gritó lleno de ira dando un bofetón á D. Canuto—y á tí...—dijo dirigiéndose á Micaela.

—Eso no—exclamaron algunos espectadores deteniéndole.

—¡Rayos y truenos!... Dejadme, que voy á matarlos.

El escándalo subía de punto; las gentes habían formado un corro en derredor de los contendientes. Entre los que estaban en primera fila, reconocimos al que habló con la madre de Micaela al empezar el baile, que decía á otros:

—Esto no puede quedar así: si ese señor no es un cobarde, debe llevar esta cuestión á otro terreno. Su honor y el de estas señoras, así lo exige.

—Y lo hará así—replicó uno.

—Vaya si lo haré—exclamó D. Canuto.—Jóven, ahí tiene V. mi tarjeta.

—Para nada la necesito—replicó rompiéndola en dos pedazo: y arrojándosela al rostro.

—¡Esto más!

—Le conozco demasiado hace tiempo. ¿Quiere usted un desafío? Pues bien, mañana le espero á usted á las seis en las tapias del Retiro con mis padrinos: lleve V. los suyos, y las armas que le plazca.

—Eso no—gritaron la madre y la hija.

—Eso es lo que debe ser—dijo D. Canuto.

—Por la ménos es lo lógico y usado—dijeron algunos del corro.

—¡Ay de mí!...—balbuceó Micaela cayendo desmayada.

D. Canuto, el que habia hablado con la madre de la jóven y otros, la sacaron del salon y la metieron en un coche acompañada de la vieja y el viejo.

Poco despues, la calma se habia restablecido en el coliseo de la Opera, y continuaba el baile sin que nadie se acordara ya de lo sucedido.

Quizás alguno de nuestros lectores digan al leer lo que antecede: ¿Cómo es que ningún agente de la autoridad trató de poner orden á aquel escándalo? La respuesta es muy sencilla. Los agentes de la autoridad en la corte de las Españas, se parecen á Dios en que están en todas partes y en ninguna se les vé. Además, en casos como el que de referir acabamos, brillan siempre por su ausencia.

—Conste, pues, y veamos lo que hacían los promovedores del escándalo.

—Todo ha salido á pedir de boca—decía la madre á la hija y al desconocido con quien la vimos hablar en el baile.

—Ya ve V., tia—replicó éste—que mis amigos y yo hemos cumplido bien nuestro cometido sin excitar sospechas.

—Ahora lo que te pido—objetó Micaela dirigiéndose á su primo—es que no faltes á la hora y sitio del lance.

—Ya estoy en ello.

—Y que vengas á darnos cuenta del resultado.

—Corriente. Pues ea, hasta mañana.

—Adios, Casimiro—dijeron ambas.

—Casimiro salió, cerró la madre la puerta, y mientras las dos se desnudaban hablaban de esta suerte:

—¿Y si es Canuto el herido ó el muerto?

—No te apures: no llegará la sangre al rio. Se arreglarán sobre el terreno; pero como el escándalo ha sido tan público, nuestro honor exige una reparación, y D. Canuto será al fin tu marido.

—Dios lo quiera.

—Ahora, hija mia, á dormir. Ea, apaga la luz y que descanses.

Pocos minutos despues todo yacia envuelto en silencio y oscuridad en el cuarto piso con honores de quinto de la calle del Escorial.

Mientras esto sucedia, Pedro llamaba en casa de Paco. Enterado éste de lo que sucedia aceptó el compromiso y responsabilidad de ser padrino del duelo. Así se lo comunicó á su esposa, la que no pudo ménos de exclamar:

—Bien temia yo que esa chica iba á ser causa de algun lance desagradable.

El poeta se quedó escribiendo varias cartas en el despacho de su amigo. Antes de ir á Chamberí habia ya comprometido á otro amigo para que le apadrinase en el duelo.

D. Canuto en cuanto dejó á su madre é hija en su casa se dirigió al *colmado*. Allí estaban sus amigos, que se sorprendieron al verle. El les refirió el suceso, y Ruiz y D. Jacinto se ofrecieron á ser sus padrinos, decidiento que el duelo fuera á pistola.

D. Homobono despues de esto, dijo:

—¡Malo!... ¡Malo!... ¡Malo!... Esa chiquilla te va á perder. Nada has logrado de ella; déjala, pues, y no espongas tan tontamente el pellejo.

—Siempre has de ser igual,—le replicó D. Canuto, y siguió diciendo á los otros:—¿Conque aquí me esperais con las pistolas, eh? Voy á casa y pronto vuelvo.

Una vez en su habitacion arregló algunos papeles; metió en un sobre una donacion de diez mil duros que tenia hecha á favor de su antigua ama-

da Restituta; escribió dos cartas para que todo se cumpliese si él moría, y llamó á Juan y le dijo:

—Si mañana á las nueve no he vuelto, lleva esas cartas donde los sobres dicen.

—Está bien.

—Ahora dame mi traje de mañana.

—Pero, ¿va V. á salir ahora?

—¿No te lo he dicho ya?

—Yo creí...

—Vaya, despacha, que no tengo tiempo que perder.

Casimiro y sus amigos se habían metido en una cantina y bebían alegremente comentando el suceso, y elogiando el talento de la madre de Micaela, para tender una red al libertino viejo.

XX.

El día amaneció sereno y la temperatura era agradable.

A las cinco y media corrían dos coches por la carretera de Aragon.

El primero había salido de Chamberí; el segundo de la esquina del café Suizo. En este iban cuatro personas; en aquel tres.

En uno y otro no se hablaba; en los dos parecía que las más tristes ideas y presentimientos embargaban á los que iban en ellos.

La aurora iba estendiendo sus nacaradas tintas de ópalo y rosa por el ancho firmamento, y algun

que otro vecino de los pueblos limítrofes llegaba á la coronada villa á expender sus mercancías.

Las seis ménos algunos minutos serian, cuando los del segundo coche se apeaban de él en el esquinazo que forman las tapias del Retiro pasados los Campos Elíseos.

A cien pasos de este sitio, distinguíase un grupo de personas.

Poco despues, siete personas se saludaban con una inclinacion de cabeza.

—Observo—dijo Pedro—que trae V. un padrino más.

—No es cierto—replicó D. Homobono—soy mero curioso; pero la íntima amistad que todos nos profesamos, me ha obligado á no abandonar á Canuto.

—Eso es indiferente. Hé aquí mis padrinos: don Francisco García y D. Nicolás Suarez—dijo Pedro, presentándolos.

—Pues estos dos señores, D. Jacinto Estéban y D. Joaquin Ruiz, son los míos.

Los cuatro se saludaron de nuevo, y apartándose unos pasos, formaron corro. D. Canuto quedó al lado de D. Homobono; Pedro empezó á pasearse.

Diez minutos despues, todos estaban reunidos de nuevo.

—Señores,—exclamó Ruiz,—puesto que toda avenencia es imposible, hemos decidido que el duelo se verifique á pistola, á cincuenta pasos, á tiro sorteado y á primera sangre.

—Con todas las condiciones estoy de acuerdo ménos con la última. Al venir aquí, lo he hecho re-

suelto á morir ó matar, Este caballero y yo no cabemos en el mundo, de modo que el duelo ha de ser á muerte.

—Me es completamente lo mismo,—dijo D. Canuto.

—Bien, pero...—objetó Ruiz.

—No hay pero que valga; mi resolución es irrevocable.

—Ya que te empeñas,—manifestó Paco,—será á muerte; pero á tres disparos. Si en ellos ninguno de los dos sale herido ó muerto, se dará por terminado honrosamente el lance.

—Convenido,—dijeron los padrinos.

—No, señores;—replicó Pedro,—quiero morir ó matar. Se harán, pues, cuantos disparos sean precisos hasta que uno de los dos sucumba.

—Eso jamás,—exclamaron todos.

—Por mí no hay inconveniente,—replicó D. Canuto. Yo, ningún odio tengo contra el señor, es más, ni le conocía hasta anoche; pero, seguro como estoy, de no sufrir daño alguno, cúmplase su voluntad. Los celos y el despecho le ciegan, y por eso desea morir ó matar. Sea, pues, en buen hora.

En vista de la tenacidad de Pedro y de la aquiescencia de D. Canuto, se acordó que el duelo fuese á muerte.

Colocados los adversarios á la distancia estipulada, los padrinos cargaron las armas, las pusieron en manos de los contendientes, echaron suerte, tocándole á D. Canuto disparar primero; se retiraron unos pasos, hicieron la señal, y esperaron.

D. Canuto apuntó á su rival, pero al ir á dis-

parar, se volvió de espaldas, dejó salir el tiro, y dijo:

—Nada me habeis hecho; sé que sois jóven de porvenir, y no os quiero matar.

Esta generosidad y estas frases hicieron subir de punto la ira del poeta, que ciego de cólera, disparó sobre su adversario. La bala pasó dos metros á la distancia del viejo, que exclamó con la mayor serenidad:

—¿Veis como tengo asegurada la vida? Daos, jóven, por satisfecho, y puesto que ambos hemos acreditado nuestro valor, demos por terminado el lance.

—Eso es miedo,—gritó Pedro furioso.

—Puesto que así tomáis mis palabras, venga otra pistola.

Tambien esta vez D. Canuto disparó el arma en direccion opuesta á Pedro. Este con la mayor exaltacion vociferó.

—Sois un canalla, un libertino, un bandido, y voy á mataros como un perro.

Al decir esto, soltó el tiro, que aún fué menos certero que el anterior.

—¿Lo veis?—prorrumpió D. Canuto.

—Lo que veo—gritó Pedro—es que sois un miserable.

—Ea, basta de insultos. Puesto que lo quereis, sea—dijo el viejo disparando su tercer pistoletazo.

Pedro dió una vuelta en redondo, y se desplomó en el suelo.

—Bien sabe Dios—exclamó D. Canuto—que me pesa; pero él lo ha querido.

Saludó á los padrinos de su contrario, se reunió á los suyos y á D. Homobono, y metiéndose en el coche, dieron la vuelta á Madrid.

Paco y su compañero quedaron al lado de Pedro. Aquel, despues de un minucioso y detenido exámen, dijo á su compañero:

—La herida es muy grave; pero si se logra extraerle bien el proyectil, quizás consigamos su curacion.

Entre los dos trasportaron el herido al coche, y encargando al cochero fuera despacio para no hacer mayor la hemorragia con el movimiento, diéronle la órden de llevarlos de nuevo á Chamberí.

Entre unas malezas, á unos veinte pasos del sitio del desafio, un hombre habia observado y oido todo. Cuando quedó solo salió de su escondite, y embozándose en su capa y encendiendo un cigarro tomó el camino de Madrid murmurando:

—Pues señor, mi prima tiene suerte. Creo que de esta se sale con su empeño de ser gran señora.

Nuestros lectores comprenderán cómo se quedaria Pepa al ver á Pedro en aquel estado y al saber la gravedad de la herida. Paco, despues que le acostaron, le hizo una cura más en regla que la que le habia hecho sobre el terreno, y salió en busca de otro médico, célebre ya á la sazón por haber hecho la arriesgada operacion del leal y pundonoroso cuanto valiente marqués de Novaliches. Este médico era D. Natalio Cano.

D. Canuto se separó de sus amigos y entró en su casa; se metió en su cuarto y se acostó, pero no pudo dormir. La imágen del jóven no se separaba

un momento de su imaginacion, y como le creia muerto, no cesaba de exclamar:

— ¡Pobre muchacho! Pero yo no he tenido la culpa.

Micaela, al saber lo ocurrido, aunque vió realizados sus sueños de ambicion, no pudo ocultar una furtiva lágrima que brotó de sus ojos.

La conciencia es el juez más recto que existe, y la de la jóven la acusaba de autora de aquella catástrofe.

Aquel dia no fué al taller, y en honor de la verdad, debemos decir que más de una vez, á solas, lloró la desgracia que su vanidad habia ocasionado.

Por la noche *La Correspondencia* referia el hecho en esta forma:

«Esta mañana, por cuestion de amores, ha tenido lugar un lance de honor entre un hombre muy conocido en los mejores círculos de la sociedad madrileña y un aventajado y jóven escritor, habiendo éste sido herido por su adversario, é inspirando su estado sérios temores. Razones fáciles de comprender nos impiden dar más detalles. El juzgado de guardia entiende en el asunto.»

XXI.

El juzgado de guardia, á pesar de sus activas pesquisas, sólo sabia que se habia verificado un duelo; que uno de los contendientes habia sido he-

rido, siendo grave su estado; pero no pudo encontrar el menor rastro. No era de extrañar, puesto que tan poco tiempo habia mediado entre la provocacion y el desafio, y todo se habia llevado á cabo con el mayor sigilo.

La policia era esta una de las pocas veces en que no aparecia culpable por falta de celo.

Sin embargo de que todo estaba rodeado del misterio, cuando D. Canuto supo que los tribunales entendian en el asunto, y se hacian activas averiguaciones sobre los autores, no se creyó seguro. Para ello tenia una poderosísima razon. Hacia poco que se habia verificado otro lance entre dos personas de elevada posicion, que habia dado mucho que decir, y desde entonces se perseguian vivamente los desafios.

Por esto D. Canuto pensó seriamente en ponerse á salvo, y por lo tanto, empezó á hacer sus preparativos. Sugiriósele á la vez la idea de que su marcha de la córte era un magnífico pretexto para deshacerse de su antigua amada Restituta. En su virtud, hizo comparecer á ésta, y la dijo con mucha dulzura:

—Mira, Restituta, me es indispensable salir hoy mismo ó lo más tarde mañana, de la córte: no sé el tiempo que permaneceré ausente, y como seria un contrasentido continuar con la casa tal como está, yo desearia que, olvidando antiguos rencores, te quedases sola en ella con Juan, por ser el criado más fiel de cuantos tengo.

—Pero...—objetó el ama de llaves.

—Escucha: así los mayores gastos que yo tenga

que hacer fuera se podrán soportar con las economías que tú hagas, y por lo tanto, nuestro presupuesto no tendrá alteracion.

—Pero, ¿á qué esa marcha?

—Hoy no puedo decírtelo.

—¿Por qué?

—Por razones muy graves.

—Vaya, vaya, déjame de historias. Afortunadamente no soy tonta. Esa marcha es un pretexto para no cumplirme tus palabras y promesas.

—No seas niña, Restituta, y ten juicio. A mi vuelta todo se arreglará, no lo dudes. Yo sé lo que eres, lo que vales, y no abrigues ningun género de desconfianza. Soy honrado y sé lo quehacer me toca.

—Lo que eres tú es un jitanillo que.. —replicó la vieja suspirando amorosamente y mirando á don Canuto con toda la dulzura y cariño que puede mirar una vieja al que amó en sus verdes años.

—Tú sí que eres de lo que no hay,—dijo el veje te haciéndola un mimo.

—¡Ay, Canutito, cuánto tiempo hacia que no sentía una dicha y un placer tan inmenso!...

—Bien, bien; ahora lo preciso es que recuerdes mis deseos.

—¿Y tardarás mucho en volver?

—No: procuraré regresar pronto, exclamó en alta voz, y diciendo para sus adentros:

—Sí; espera, espera, que para tí mi vuelta será la del humo.

Media hora despues Micaela, su madre y don Canuto sostenian en el cuarto 4.º de la calle de Escorial el siguiente diálogo:

—Nada, nada, es indispensable que yo salga de Madrid—decía á la sazón el viejo.

—Eso es—le replicó llorando Micaela—así me dejas abandonada... ¡Pobre de mí!

—Y lo que es peor—objetó con seriedad la madre—deshonrada. Sí, señor, deshonrada, porque cuando dos hombres se baten por una mujer, ésta, si no obtiene una reparacion, ya V. ve, que es el blanco de todos los que la conocen. Desgraciadamente para mi pobre hija, el escándalo del baile y el desafío efectuado á las pocas horas, son suficiente motivo para que su honor corra de boca en boca. ¡Válgame Dios! Como somos unas pobres, todos se burlan de nosotras. Si mi difunto, que santa gloria haya, viviera, no sucedería esto, seguramente. ¡Bonito génio tenía él, y poco que quería á su hija para consentir que nadie se portara de esta suerte con ella!

—Pero, señora, ¿quién se porta mal?

—Usted, que por su causa va á ser el ludibrio y el escarnio de todos.

—¡Ay de mí!.. ¡y decia que me amaba tanto, que por mí todo lo arrostraría!—exclamó Micaela hecha un mar de lágrimas.—¡Pobres mujeres! se enamoran ciegamente, dan su corazon á un hombre, y luego...

—Pero, señora... y tú, Micaelita, nada temas. Yo te quiero, te has hecho una necesidad imprescindible para mí; yo sé cumplir mis ofertas y palabras, y por lo tanto, dia llegará...

—Sí, sí; ya no me fio.

—Haces bien, hija mia. Si hubieras seguido mis

consejos nunca hubieras hecho caso á este señor. Por él dejaste al infeliz Pedro, que te idolatraba, que no pensaba más que en tí, que todo su mayor anhelo era llegar á ser tu marido, mientras que D. Canuto...

—Basta, señora, basta. Yo doy á V. formal palabra de casarme con Micaela en cuanto pasen estas circunstancias.

—Para el diablo que se fie de promesas de los hombres,—dijo la madre.—No consientas, hija mía. En cuanto se marche el señor de Madrid, si te he visto no me acuerdo. Buenos están todos los hombres, y más los que son como D. Canuto.

—¿Quiere V. callar y no decir desatinos? Yo...

—Usted será como todos: además, yo sé que no es mi pobre hija la primera á quien ha hecho ofertas semejantes.

D. Canuto palideció: sin embargo, dijo:

—Está V. en un error. Yo la prometo á V. que me casaré con su hija.

—Allá veremos.

—Y para que vean que sólo una necesidad me hace alejarme de la corte, he decidido irme á vivir á la casita de campo que tengo cerca de Alcobendas. De esta suerte, permaneceré oculto en ella de día y disfrazado veudré de noble á mirarme en esos hermosos ojos, más bellos ahora con esas lágrimas que como líquidas perlas empañan su radiante y deslumbrador brillo; y una vez que el juzgado se canse de hacer pesquisas y todo termine, se celebrará nuestro enlace.

—¡Dios lo quiera!—dijo la madre.

—Veremos si es verdad—objetó la hija.

Ambas dudaban; pero si hubiesen reparado la expresion del rostro de D. Canuto al decir *se celebrará nuestro enlace*, su desconfianza hubiera sido mayor.

—Confio—prorumpió Micaela limpiándose las lágrimas—en que sabrá V. portarse como un caballero.

—Lo mismo digo. Ya conoce V. lo fácilmente que una jóven pierde el tesoro de su honor por una calumnia ó un dicho cualquiera. y que éste jamás se recobra.

—Sí, sí—exclamó D. Canuto poniéndose en pié y alargándoles la mano—confie V. absoluta, absolutamente. Esta noche saldré para mi posesion. Adios, pues.

Cuando se vió en la calle se dijo para sí:

—A' esta niña le sucederá al fin conmigo que sacará lo que el negro del sermon... ¡Bueno soy yo!.. ¡No faltaba más!... Ella cederá á mis amorosas ansias al fin, y despues... despues... Tengo decidido empeño en vencer y... venceré. ¡Pues no faltaba más sino que esa chicuela se burlara de mí y echara por tierra mi reputacion! Nada, nada, estrecharé más el cerco; quizás no me me falte pretexto para hacerla ir á mi escondite, y entonces...

Al entrar en su casa halló á sus amigos, que le esperaban. Por ellos supo que Pedro no habia muerto; que el doctor Cano, con el auxilio de Paco, habian extraido felizmente el proyectil, y que aunque el herido estaba en un estado de muchísima gravedad, no desconfiaban los médicos de ha-

llar recursos en la ciencia, dados sus pocos años y robustez, para salvarle.

Estas noticias le tranquilizaron algo. En cambio las que le dieron respecto á la actividad que la policía estaba desplegando, le decidieron más y más á salir cuanto antes de la coronada villa. Así se lo dijo á sus amigos; ellos quedaron encargados de propagar que había ido á París á un grave asunto, por haber recibido un telégrama llamándole con suma urgencia, y por lo tanto esperaban de esta suerte evitar las sospechas que tan precipitada marcha pudiera producir entre sus conocimientos y amigos.

Efectivamente, á las siete de la noche D. Canuto se hacia conducir en un ómnibus de la central del Norte á la estación del ferro-carril, provisto de su correspondiente billete para París, que vieron varios de sus infinitos amigos.

Nuestro prófugo, una vez en la estación, se metió por entre el laberinto de coches y máquinas, logró ganar sin ser visto el paso de nivel, subió por la montaña del Príncipe Pío, y tomando un coche frente al cuartel de San Gil, se hizo trasladar á su quinta de recreo, distante media hora del pueblo llamado Alcobendas, entrando en ella sin ser de nadie visto, más que del criado que en ella vivía, y que por la tarde había recibido la orden de esperarle y de no decir á nadie que su amo iba.

Los criados de D. Canuto ya sabemos, y hemos dicho anteriormente, que le eran fieles como perros, y sordos, ciegos y mudos, cuando á su señor le convenia que así fueran.

La ganga de D. Canuto, respecto á criados, la tienen pocos, por bien que los paguen.

XXII.

La herida de Pedro era grave.

Sin embargo, hecha la extraccion del proyectil por manos tan hábiles como las del doctor Cano, y con el cariño con que Paco y su esposa cuidaron al enfermo, tenia éste que, pasados los ocho primeros dias en que verdaderamente estuvo entre la vida y la muerte, ir mejorando aunque muy poco á poco.

Quince dias despues del triste suceso, desapareció por completo la gravedad, y el infeliz poeta entró en el período de convalecencia. La herida estaba casi cicatrizada, y era de esperar que si el enfermo no hacia ninguna tontería, la curacion fuese rápida y sin contratiempos de ningun género.

Los padrinos de D. Canuto, con la aquiescencia de éste, y aún rogados por él, no faltaron ni un sólo dia á enterarse del estado del herido, y como era jóven, buena figura y sabian la causa de aquel duelo, poco á poco fueron cobrándole un verdadero cariño. Veian en él un juguete de una mujer sin razon, y esto redoblaba el interés que por él sentian. Pepa y Paco en diversas ocasiones les habian contado la aciaga estrella de los amores de Pedro; los elogios que de él hacian no son para dichos, de modo que esto y la simpatía que causa siempre el inocente que sufre por causa de otro, obligaron á

D. Jacinto, Ruiz y D. Homobono á querer á Pedro, desear su más pronto y feliz restablecimiento, y ambicionar su trato y amistad.

Al mes, Pedro no sólo habia abandonado el lecho, sino que pasaba algunas horas en el jardinito que tenia la casa de sus amigos.

—¡Cuánto os debo!—les decia una de esas tardes.—Sin vosotros, ¿qué hubiera sido de mí? ¡Feliz tú, amigo mio, que has hallado una compañera cariñosa, tierna, llena de gracias y virtudes, y que cifra todo su bien, su encanto y alegría en hacer venturoso á su marido! Yo ya nada espero, nada deseo, todo me es indiferente. La primera mujer que amé, se hizo dueña absoluta de mi ser; la adoré con idolatría; cifré mi bien en su cariño, mis ilusiones y dicha en llamarla mi esposa, y, al engañarme, no sólo ha destrozado mis ensueños y esperanzas, sino que ha marchitado mi vida, ha desgarrado mi corazón, ha matado mi fé y me ha hecho un ser ex-céptico y descreído.

—Vaya, cálmate,—le replicó Paco.—¿Quién sabe lo que Dios te tiene reservado?

—¡Ay, amigos míos! Mi suerte está decidida. Sin fé, sin ilusiones, sin cariño; con la duda en el corazón y los recuerdos en la mente, mi vida tiene que ser horrible. Por eso siento no haberla perdido; por eso deseo cuanto antes acabar esta mísera existencia, llena para mí de recuerdos y dolores.

—No disparate V. Pedro. V. es bueno, V. es cariñoso, V. tiene talento, y sobre todo, V. tiene una anciana madre que le ama, que le necesita, y á quien V. corresponde en igual forma, y por lo

tanto, V., Pedro, siendo buen hijo, hallará no solo la paz del alma en el regazo materno, sino el olvido de sus penas, y será feliz, no lo dude V.; será recompensado por Dios, que nunca olvida á los buenos, por más que algunas veces parezca dejarlos de su mano.

—¡Qué buena es V. Pepa! Solo un ángel, como V., sabe hacer de sus palabras un bálsamo para las heridas del alma. ¡Dichoso tú, que tal tesoro posees! ¡Amala mucho, que si no lo hicieras, serias el más infame de los hombres! Pronto su frente ostentará con júbilo la espléndida y santa corona de la maternidad. ¡Dichoso tú, una y mil veces, que con el puro cariño de tu esposa y el angelical amor de tus hijos, y sus inefables caricias, habrás logrado convertir este valle de lágrimas, este mundo lleno de espinas y desengaños, en un vergel florido, donde de todo te sonrie, todo te halaga, todo te convida á vivir, y todo coopera á tu dicha! Yo, como Pepa ha dicho muy bien, solo en el tierno regazo de mi anciana madre puedo hallar algun lenitivo á mi dolor. Por ella y para ella viviré de aquí en adelante, y Dios quiera apiadarse de mí y darme el consuelo y la paz que necesito.

—No lo dudes, Pedro, tú serás feliz.

—No lo espero.

—¡Quién no fia en el mañana? V. es jóven y tiene un brillante porvenir en perspectiva.

—¡Ay, amiga mia, jóven soy, es verdad; pero mi alma es vieja, mi espíritu está enfermo, y cuando la esperanza abandona al que empieza á recorrer el escabroso sendero de la vida; cuando en vez de pla-

ceres halla dolores, y en lugar de amor y de ilusiones, encuentra amargos desengaños, créame usted, el corazón se seca, y un corazón yerto no puede producir nada bueno, nada sentido, nada ideal, nada que no sea triste y defectuoso.

—No digas tal. Tú siempre serás el joven de talento que sabe abrirse paso á través de los escollos y las contrariedades, y si no, dime, ¿ayer mismo no escribiste un precioso cuento dedicado á tu madre, en que pintas de mano maestra tu situación?

—¿Quiere V. leérmelo?—dijo Pepa.

—Lo haré: escuche usted.

Pedro sacó un papel de su bolsillo, y leyó con la entonación propia del que siente lo que dice, el siguiente cuento:

LA TÓRTOLA Y SU HIJUELO.

De un bosquecillo de tilos
entre la verde enramada,
una tortolilla amante
sin pesares anidaba,
cuidando de un tierno hijuelo
que era el alma de su alma.

Cuando las aves al día
entonaban su plegaria,
también ella desde el nido
el nuevo sol saludaba,
y así vivía dichosa
y á ningún ave envidiaba.

.....

—¿Por qué hoy no canta la tórtola?...

—¿Por qué hoy la infeliz no canta?...
Porque su hijuelo querido,
el hijo de sus entrañas,
por ir en busca de amores
la dejaba abandonada.

Ella, por él, día y noche
vertía sin cesar lágrimas;
mas él, que de ella ausente,
halló amor y tuvo amada,
no suspiraba por ella,
ni en ella apenas pensaba.

Así fué pasando el tiempo:
él amando, ella sin calma;
pero al mirarse engañado
por la que tanto adoraba,
se acordó, al fin, de su madre
y hácia ella tendió sus alas.

Llegó; la madre mil besos
dióle y tornó a su morada,
no triste como otros días,
sino llena de algazara
por haber hallado al hijo
que tanto en vano buscaba.

Le dijo:—«¿Dónde has estado?»

El respondió:—«Con mi amada.»

—«¿Y por qué no la has traído?»

—«¡Ay madre! ¡madre del alma!

¡Me ha engañado! Su cariño
era solamente farsa!»

—«¡Pobre hijo mio! ¡Si vieras
cuánto siento tu desgracia!...»

—«¡Lo creo, madre, lo creo!

Sólo una madre no engaña
ni sabe fingir cariño,
ni con falaces palabras
hace soñar con un bien
que, si alguna vez nos falta,
nos hace padecer tanto
que marchita nuestra alma.

Yo tarde lo he conocido;
pero de hoy, madre adorada,
para tí sólo mi amor
será, que tú no me engañas,
y que tú sólo deseas
mi bien y mi dicha labras,
no con palabras estériles
ni con ilusiones vanas,
sino con cariño y obras.
¡Cuánto te amo, madre amada!»

.....

Despues vivieron felices;
todos los dias el alba
oia, al son de las aves,
la tórtola que arrullaba;
¡que no hay madre más feliz
que la que en sus hijos halla
amor, dicha y alegría
y consuelos para el alma!
¡Dichosa la madre que
de sus hijos es amada!

—¡Precioso!—exclamó Pepa.—Quiero una copia.
—La tendrá V., aunque no tiene otro mérito que
el ser un ¡ay! de mi dolor de corazon.

La llegada de Ruiz, D. Jacinto y D. Homobono cortó este diálogo.

La visita fué larga y afectuosa.

Al empezar á caer la tarde abandonaron el jardín. Los amigos de D. Canuto se despidieron del poeta, y éste y el feliz matrimonio, dando el brazo al enfermo, subieron al piso principal.

Quince dias despues de esta escena recibió Paco la siguiente carta:

«Mis queridos é inolvidables amigos: ¡El cariño de una madre es el más santo que existe! La mia procura por cuantos medios están en su mano devolverme la calma, hacerme feliz y olvidar el recuerdo de la ingrata que tan sin piedad destrozó mi corazon. Creo que tal vez se realicen los vaticinios de Pepa respecto á mí. Dios lo quiera.

Mi salud es completa y no me resiento lo más mínimo.

Pronto tendrá el gusto de abrazaros y permanecer unos dias con vosotros vuestro agradecido y leal amigo,—*Pedro.*»

XXIII.

D. Canuto seguia escondido en su casa de campo, pero todas las noches disfrazado venia á solazarse al lado de su amada, teniendo, por supuesto, la prudencia de no ir á sitios muy concurridos porque no le conociese alguien, y tampoco por idéntica razon iba á casa de su novia.

La justicia nada consiguió en sus averiguacio-

nes. Todos parecía que trataban de ocultar el sucedido; nadie conocia á los duelistas, y por lo tanto hubo que sobreseer *por ahora y sin perjuicio* el proceso.

Esta noticia calmó algo á D. Canuto, así como el saber que Pedro, completamente restablecido, habia abandonado la corte. Sin embargo, no quiso aún regresar á su casa de la calle del Arenal, puesto que sus amigos habian hecho correr la noticia de que su permanencia en París seria larga. Sólo éstos, Micaela y su madre, conocian su escondite, y solamente con estas cinco personas conversaba cuando venia de tapadillo á la corte.

Los amores de Micaela y el viejo habian tomado una nueva fase, desde que, como recordará el lector, la madre y la hija habian abordado franca y resueltamente la cuestion matrimonial.

D. Canuto, despues de empeñar su palabra, y á sus solas, comprendió que el deseo de la jóven era casarse, y de este modo se explicó el por qué la tenaz resistencia de Micaela á satisfacer sus amorosos deseos. A pesar de esto, no se desanimó: al contrario, la palabra de matrimonio que habia empeñado, le parecia el gran medio para lograr sus fines.

—Estas chiquillas,—se dijo,—son como la roca, ínterin no ven próxima la realizacion de sus ambiciosos planes: hoy se cuenta ya casi, casi mi mujer, y por lo tanto, se muestra menos esquiva: aprovechemos la ocasion, que luego, en un abrir y cerrar de ojos, yo me encargo de que no vuelva á oír ni el santo de mi nombre, ni menos sepa mi

paradero. Me voy á París, Lóndres ó Roma; viajo un año si es preciso, y de esta suerte...

Formado este nuevo plan de ataque, le empezó á poner en práctica con gran habilidad y paciencia. Al principio ningun resultado le dió; despues alcanzó algun pequeño favor de la jóven, y de esta manera se pasó el mes que Pedro habia necesitado para curarse y el tribunal para terminar la causa.

Como Micaela era lista, pronto conoció el juego del viejo, y aparentando una inocencia y candidez que estaba muy lejos de tener, le dejó hacer y decir; le concedió alguna pequeña libertad y logró de esta manera que el fuego que abrasaba á don Canuto se hiciera un volcan.

La madre aleccionaba á la hija para que no se rindiera y lograrse sus deseos.

Uno de los últimos dias de Abril, llegó D. Canuto decidido de su quinta á *errar ó quitar el banco*, como vulgarmente se dice. Esperó á que la florista saliese del obrador, la dió, como siempre, el brazo, y como la noche estaba hermosísima, la propuso dar un paseo por los jardines de Recoletos en vez de entrar en el café. Micaela aceptó, y engolfados en un amoroso, aunque algo picante diálogo, bajaron la calle de Alcalá, atravesaron dichos jardines y los que hay frente á la Casa de la Moneda, sentándose en uno de los bancos más escondidos de los que se hallan en aquel sitio.

Como apenas pasaba gente, D. Canuto se permitió coger una de las manos de la jóven y besársela, mientras rodeaba con su brazo el esbelto talle

de su compañera. Ninguna resistencia opuso la joven. El viejo animado la dijo:

—Vaya, Micaela, á la altura que nuestras relaciones han llegado, creo que soy digno y merecedor de que tú seas menos desdeñosa para mí.

—Te veo—dijo para sí la joven, exclamando en alta voz,—no comprendo...

—Vamos, no te hagas la tonta. Tienes mi palabra de casamiento; tienes pruebas inequívocas de lo que te amo; no eres tan niña ni tan tonta que no comprendas el estado febril en que tu cariño, tus amantes palabras y el tenerte como ahora, casi en mis brazos, me produce, y por lo tanto, yo desearía que acortases mi padecer.

—¿Cuándo nos casaremos?—preguntó Micaela.

—Si fuera posible hacerlo ahora mismo, esta noche serías para siempre mía; pero por desgracia esto es imposible: los expedientes matrimoniales son largos, y...

—Pues bien, plantéalo, y de esta manera tardarás ménos en ser dueño de la que tanto te ama.

—Sí, sí; mas yo hoy por hoy no puedo presentarme en público.

—En primer lugar, eso no es cierto. Ya nadie recuerda lo pasado, nadie sospecha ni remotamente de tí, y por lo tanto, bien puedes hacerlo; en segundo lugar, tienes buenos amigos...

—Eso nunca: tú ignoras... pero ¿qué te importa á tí todo esto? Bástete saber que antes confiaría á un desconocido la gestion en la vicaría de nuestro enlace que á mis amigos.

—¿Por qué?

EDUARDO GUBERN

—Yo tengo mis razones, que no son ni vienen ahora al caso.

—Pues entonces hazlo tú.

—¿Desconfías de mí?

—Sí y no.

—Esa contradicción es inesplicable.

—Pues es muy sencilla. Confío, porque tu palabra de caballero y el escándalo que tu desafío con Pedro produjo, y en el que jugó mi nombre, te ligan á mí, á quien debes una reparación, y te obligan á darme tu nombre: desconfío, porque tu conducta no es la del que ama tan ciegamente como dices.

—No seas niña—exclamó D. Canuto estrechándola con más fuerza.

—Ea, basta de tonterías. Ni esto son pruebas de cariño, ni si me quisieras bien me expondrías con tus imprudencias á ser el ludibrio de los transeuntes—dijo levantándose la jóven y rechazando á don Canuto, que queria retenerla.

—¡Qué ingrata eres!

—Ya te dije el primer día, y te he repetido despues varias veces, que me juzgabas mal.

—Pero...

—Esa es la causa de todo.

Nuestro hombre tambien se levantó medio loco del banco. Los desdenes de Micaela producian el efecto que ella se proponia. Volvió á cogerla del brazo, y así subieron por el paseo que sale frente al *Sañadero*, tomando la calle de San Mateo.

Cerca de la casa de Micaela, la dijo D Canuto:

—Vaya, dí á tu madre que prepare los papeles necesarios para llevarlos á la Vicaría.

—Bueno.

—Y tú, dime: ¿querrás mañana venir á casa de una señora amiga mia, donde con toda libertad, y sin miedo á testigos, podremos pasar la noche hablando de nuestro amor?

—Y ¿quién es esa señora?

—Una que conozco hace mucho.

—¿Dónde vive?

—En la calle de Preciados, núm. 19, principal.

—Lo pensaré,—dijo Micaela,—separándose del viejo, y llamando al sereno para que le abriese la puerta.

—Pero...

—Que lo pensaré. Adios.

D. Canuto tuvo que contentarse con apretar la mano de su novia.

—Algo durilla está; pero si logro que me acompañe...

—Mañana temprano necesito dos cosas,—decía á su madre Micaela:—primera, la partida de bautismo y demás documentos para la Vicaría, y segunda, saber qué clase de señora vive en la calle de Preciados, 19, principal.

Quando al siguiente dia vino la florista á comer, tenía la partida, el consentimiento, etc., etc., extendidos en toda regla. Su madre al entregárselos, le dijo:

—D. Canuto es un bribon: quiere perderte; pero déjalo de mi cuenta, que la red que te ha tendido servirá para cazarle á él.

—Explícame...

—Hoy nada. Quando le veas le das los papeles,

y si te habla de ir á esa casa, dile que no, entreténle, enloquécelo, y por último, ofrécele ir mañana por la noche.

—Pero...

—Haz lo que te digo.

Micaela cumplió fielmente las órdenes de su madre; mareó y enloqueció al viejo como nunca, y por último, le ofreció formalmente acompañarle la noche siguiente á casa de su amiga.

D. Canuto no sabia lo que le pasaba; cantaba, reía, accionaba, en fin, parecía un niño á quien se le hace la oferta mayor del mundo. Loco de alegría se fué al *colmado* en busca de sus amigos, cenó con ellos, les refirió su próximo triunfo, asegurándoles que despues de unos dias de satisfacer su amor y su orgullo se iria aunque fuera al Congo para que la jóven perdiera su pista.

Puede figurarse el lector el estado nervioso y de impaciencia en que D. Canuto pasaria el dia. Siglos se le hacian las horas. A la de todos los dias salió la jóven del taller; se habia compuesto y adornado más que de ordinario, y estaba resplandeciente de hermosura.

—¿Vamos? la dijo D. Canuto.

—Yo siempre cumplo lo que ofrezco, respondió cogiéndose con coquetería del brazo del viejo y mirándole de un modo indescriptible.

D. Canuto temblaba de emocion y apenas podia articular una frase.

Atravesaron la puerta del Sol y tomaron la calle de Preciados en silencio.

Al entrar en la casa núm. 19, Micaela vió en

la acera contraria tres bultos; D. Canuto no se percibió de nada. El corazón le latía tan violentamente y su emoción y júbilo eran tan grandes, que no veía otra cosa que á la jóven, más hermosa que nunca, á su lado, ni pensaba más que en que iba á realizar sus amorosos anhelos después de tanto tiempo de lucha y contrariedades.

D. Canuto introdujo á la jóven en un elegantísimo gabinete; cerró la puerta, la hizo sentar en un sofá y se sentó á su lado.

No hacía dos minutos que se habían sentado cuando se abrió la puerta y entró la dueña de la casa, pálida y desencajada.

—¡Ay, D. Canuto de mi alma!—exclamó—¡Qué desgracia tan grande! ¡Qué ha hecho V.?

—¡Yo!...

—Sí, señor, V. Acaban de llegar dos guardias de orden público con una señora que dice ser la madre de esta jóven.

—¡Mi madre!... ¡Ay de mí!

La madre y los guardias entraron en el gabinete. La primera se abalanzó á su hija en ademán hostil, gritando:

—¡Infame!... ¡Bribona!... ¡Así deshonoras mis canas y el nombre sin mancha de tu padre?

—Téngase V., señora,—dijo D. Canuto.

—¡Perdon, madre mia!—exclamó Micaela arrojándose.

—¡Que me detenga!... ¡Que te perdone!... Nunca, nunca. Cumplan ustedes con su deber, prosiguió dirigiéndose á los guardias.

—Vea V., señora, que el paso que quiere dar es

muy arriesgado. Para cumplir fielmente nuestro cometido—objetó el de más edad de los guardias—tenemos necesidad de llevar á los señores á la prevención; á su hija de V. la llevarán al gobierno de provincia, y previo registro y filiacion la darán un padron de ignominia; el señor irá al *Saladero* como autor de dos delitos: uno el de seducción de una jóven menor de edad y el otro el de duelista, y...

—¡Ustedes saben!...—exclamó D. Canuto.

—Sí, señor; V. se batió con un jóven...

—Basta, basta.

—Ahora vean ustedes si pueden arreglar este asunto, pues ya conocen que nuestra obligacion es bien penosa.

—¡Pobre de mí!—decia llorando Micaela.—¿Vé usted á lo que me he expuesto por su amor?

—¡Y aún te atreves, infame!—gritó su madre.

—Vaya, señores,—objetó la dueña de la casa,—no den ustedes voces; arréglense como quieran y salgan cuanto antes de mi casa.

—Está bien,—dijo D. Canuto;—y dirigiéndose á los guardias, añadió: ¿Ustedes callarán si esto se arregla decorosamente y á gusto de todos?

—Nosotros...

—Tomen Vds. esa gratificacion...

—De ningun modo...

Al fin tomaron un billete de 1.000 reales que D. Canuto les alargaba.

—Yo,—prosiguió el viejo,—me casaré con la señora, y así...

—Yo no la admito en mi casa,—gritó la madre.

—¡Yo, á esa infame!...

—Pues bien, los señores y yo la depositaremos en una casa, ínterin se arreglan los papeles y nos casamos.

—Yo, sólo á un convento iré,—dijo Micaela.

—Corriente,—replicó D. Canuto.

—Bien; pero V.,—añadió el guardia,—quedará bajo nuestra inmediata vigilancia hasta que se celebre el enlace. Podría V. escaparse...

—Esto es demasiado.

—Será lo que V. quiera. Sólo así callaremos; de otro modo, desde aquí le llevamos á la prevención; y damos parte de su doble delito.

—Bueno... acepto.

—Pues entonces salgan ustedes pronto. No quiero más escándalos en mi casa.

—Pero, ¿y que va á ser de mí?—exclamaba Micaela.—¿Dónde paso yo la noche?

—Vamos, señora—dijo D. Canuto á la madre de la jóven,—no hagamos mayor el escándalo. Llévase usted á su hija: mañana nos tomaremos los dichos, y despues pediremos dispensa de todo para que la boda se haga cuanto antes.

—¡Llevarme yo á esa infame, á esa perdida, á esa mala hija!... No, señor; todo ménos eso.

—Pero, señora...

Los guardias tambien interpusieron sus ruegos; lo propio hizo la dueña de la casa; Micaela se arcastraba á los piés de su madre implorando perdon. Despues de un rato de súplicas accedió al fin, y todos salieron.

D. Canuto y el más jóven de los guardias se metieron en un coche encaminándose á la casa de

campo de las cercanías de Alcobendas; ellas y el guardia de más edad tomaron el camino de la calle del Escorial.

El viejo para sus adentros decía:

—¡Me he lucido!... ¡Y no hay escapatoria posible!... ¡Casado!... ¡Casado yo!...

En la calle del Escorial se hablaba de esta suerte:

—Que sea enhorabuena, primita—decía Casimiro.—Al fin vas á ser gran señora.

—No que no—exclamó la vieja.—¿Creería ese vejstorio que iba á perder á mi hija como á otras tantas?

—Gracias á vosotros, hoy puedo decir que soy feliz. ¡Qué bien habeis hecho la comedia!

Por lo que antecede, comprenderá el lector que Casimiro era uno de los guardias de orden público.

Poco despues salia de la casa, se metia en un *simon* y se dirigia á la quinta del viejo para no perderle de vista.

Al siguiente dia Micaela y D. Canuto se tomaron los dichos y se fijó el dia 13 de Mayo para celebrar la boda.

Lo que sucedió en este intermedio de tiempo merece capítulo aparte.

XXIV.

Visto por D. Canuto que le era imposible safarse del compromiso, puesto que los supuestos guar-

días no le dejaban ni á sol ni á sombra, se resolvió á casarse de veras; y como á todas partes le acompañaban aquellos guardianes, les rogó se vistiesen de paisano y esperó con calma estóica el día señalado para el sacrificio. Debemos, sin embargo, hacer constar, que aunque sentia casarse, el deseo de poseer las gracias de Micaela, más vivo en la actualidad que nunca, le hacian ver con mejores ojos su enlace.

Se propuso, pues, en el tiempo que le quedaba libre arreglar sus asuntos. Escribió el 9 de Mayo una carta á Restituta enviándole la donacion de los 10.000 duros, de que ya tienen conocimiento nuestros lectores; mandó comprar y alhajar una casa en Atienza, villa y cabeza de partido judicial en la provincia de Guadalajara, de donde él era, puso en órden todas sus cosas, y esperó. A sus amigos nada dijo. Temía, por una parte, los castigos que los estatutos de la sociedad de solteros imponian á los contraventores, y más principalmente las bur-las de que iba á ser objeto cuando ellos lo supieran.

Micaela y su madre, íntimamente unidas á sus solas, aparecian divorciadas para D. Canuto, lo cual no obstó para que entre ambas y por órden del viejo, confeccionaran y compraran todo el equipo de novia.

La jóven se habia despedido del taller.

Los amigos de D. Canuto no sabian lo que era de él. En la quinta donde fueron á enterarse se les dijo que habia salido una noche como de costumbre, que no volvió en dos dias, y que al tercero habia escrito anunciando su partida para Italia.

—Vamos,—dijo D. Homobono, al saberlo,—esto es que venció y huyó.

Sus compañeros se rieron, y quedaron tranquilos.

Pedro, cumpliendo su oferta á Paco y su esposa, llegó á la córte contento, sinó feliz, el día 9 de Mayo para pasar las fiestas del patron de Madrid, con ánimo de volverse luego al pueblo.

Una casualidad hizo que descubriera al dia siguiente la proyectada boda de su rival.

Los futuros esposos acordaron, como ya hemos dicho, casarse eclesiásticamente el 13 de Mayo; pero como fuese en esta época necesario el matrimonio civil para que la union fuera legal, y como civilmente no se concedian dispensas ni abreviaciones de tiempo, como sucede con el matrimonio eclesiástico, tuvieron que incoar el expediente y esperar á que la tramitacion se completara. Uno de los requisitos de esta ley eran los tres anuncios ó edictos que se exponian en los juzgados municipales.

Pues bien; Pedro fué á la Audiencia, sita entonces en la plaza de Santa Cruz, y en cuyo piso bajo se hallaban los juzgados municipales, y con objeto de matar el tiempo y distraerse, mientras llegaba la persona que tenia que ver, se puso á leer los anuncios y edictos allí expuestos. Entre ellos encontró el de D. Canuto Silbo de Locomotora y Micaela Jimenez.

Ya comprenderá el lector lo que por el poeta pasaria. Abandonó maldiciendo y jurando vengarse aquel sitio, y nuevamente loco de celos, de ira

y desesperacion, se dirigió á casa de su rival para provocar un nuevo duelo y matarle ó morir.

Doña Restituta le recibió muy fina, y le dijo que hacia dos meses no sabia el paradero de don Canuto.

—¿Cómo puede ser eso—exclamó el jóven—si acabo de ver el edicto de su matrimonio?

—¿V. sabe?...

—¡Ay! sí, señora: por él soy el hombre más infeliz del universo.

—¡Y yo la más desgraciada de las mujeres!—dijo doña Restituta echándose á llorar.

El dolor es como el imán, que atrae. Por esta razon ambos se contaron sus respectivas historias, y juraron vengarse á todo trance del infame.

Al separarse eran los mejores amigos del mundo, y un lazo indisoluble y un comun deseo los unia.

Pedro se encargó de arreglar los medios de vengarse: doña Restituta puso á disposicion del jóven todo su capital. Con tal de impedir semejante boda, lo daba todo por bien empleado, y con gusto se quedaba en la miseria.

Al salir el jóven poeta de la calle del Arenal, se dirigió á la Vicaría: allí supo que al dia siguiente se libraria al cura de San Ildefonso la licencia para casarlos, y hasta averiguó, aunque no con certeza, que el dia señalado para la boda era el 13.

Al volver á casa de sus amigos, les refirió lo que sucedía; pero aparentando una serenidad que estaba muy lejos de sentir, comió con ellos, se mostró risueño y decididor, consiguiendo así desorientarlos sobre sus planes.

—¿Vais á salir?—les preguntó Pedro.

—No: está ya ésta fuera de cuenta, no se encuentran bien, y por lo tanto...

—Pues hasta mañana.

—Adios—dijeron Pepa y Paco.

Pedro se fué al Suizo. Allí halló los amigos de su rival.

—Señores, buenas noches.

—¡Hola!—exclamaron todos tendiéndole las manos.—Y, ¿cómo va? Parece que se ha repuesto usted del todo.

—Gracias á Dios estoy bien. ¿Y D. Canuto?

Todos se miraron. El acento con que Pedro preguntó por el viejo les estremeció.

—Está en Italia—dijo Ruiz.

—Mentira.

—¡Hombre!...

—No, no se sofoque V. Dispense V. la frase; pero necesito verle, provocarle de nuevo y matarle por fin.

—¡Pero joven!...—exclamó D. Homobono.

—No me oculten ustedes la verdad. Ustedes deben saber su paradero. El está en Madrid, no tengo duda de ello.

—Pues amigo mio, en su casa de campo, donde se refugió despues del lance, nos han dicho que se ha ido á Italia. Nosotros hace mucho que no le vemos.

—¡No puede ser!... ¡En Italia!... Bah, bah, eso es una excusa.

—Le aseguramos...

—¿Pero cómo puede ser cierto eso, cuando el

dia 13, es decir, dentro casi de cuarenta y ocho horas se casa?

—¡Que se casa!—exclamaron los tres á una.

—Sí, señores, se casa con Micaela.

—Eso sí que es imposible, objetó D. Jacinto. ¡Casarse Canuto! .. ¡já!... ¡já!... ¡já!...

—No se ría V. Lo he sabido en la Vicaría, y además en el juzgado municipal del distrito del Hospicio está el edicto para el casamiento civil.

Una bomba que hubiera caído en la mesa no hubiera hecho más efecto á los miembros de la *sociedad de solteros* que las frases del poeta.

Pasaron la noche haciendo comentarios, y á los postres de la cena acordaron averiguar si era cierto lo dicho por Pedro, y á serlo, aplicarle el Código penal de la sociedad con todas las formalidades y energía que eran del caso.

Al otro día Pedro y los amigos de D. Canuto supieron positivamente que al otro muy de mañana se celebraría el enlace. El primero se fué á ver á doña Restituta; los otros se reunieron en consejo en el *colmado*.

Pedro, despues de su entrevista con la ex-amada y ex-ama de llaves de su rival, entró en una taberna de la calle de D. Pedro. En ella encontró á Pascual, el hombre con quien le vimos en las Ventas del Espíritu-Santo al empezar nuestro relato. Se concertó con él, y quedaron citados para el otro día á las diez en la casa de la calle del Fúcar que habitaba el poeta.

Media hora despues de salir Pedro de la taberna

entraba en ella una mujer de edad, muy rebuja la en un manto, llamó al dueño y le dijo:

—Necesito un hombre de toda confianza y de corazón.

—¡Jorge! gritó el tabernero. La señora te necesita.

—Siéntese V. y tráigale de beber.

—¿En qué puedo servirla?

—Necesito despachar á uno.

—¿Hay plata?

—Pida V.

—Diez mil reales.

—Corriente. Ahí van dos mil de señal; lo demás lo puede V. cobrar en terminando el negocio en la calle del Arenal, núm. 10, piso segundo.

—Bueno; ¿y el individuo?

—Ahí va su retrato. Mañana se casa, y es preciso que antes de que goce las delicias del himeneo haya dejado de existir.

—¿Dónde le hallaré?

—Lo ignoro.

—¿Entonces?...

—Sólo puedo decirle que se casa mañana en San Ildefonso muy temprano y que se llama D. Canuto Silbo de Locomorora. Vaya V. allí, sígale los pasos, y...

—Difícil es la comision, pero...

—¿Fío en V.?

—Absolutamente.

La tapada pagó y salió. En la puerta tropezó con uno que creyó reconocer, pero por si la conocia á ella apresuró el paso; éste era D. Homobono.

—¡Santiago! gritó desde el umbral.

—Señor, contestó un jóven de unos veinte años.

—Oye.

—Una vez en la calle conferenciaron largamente. Al separarse el jóven volvió á la taberna, y D. Homobono se metió en un coche y mandó le llevasen á la esquina del Suizo.

Poco despues Pascual se sentaba en una mesa, encargaba al tabernero medio cordero asado y vino en abundancia, y llamaba á Jorge y Santiago.

—Vais á comer conmigo. Decidme, ¿puedo contar con vosotros?

—¿Para qué?

—Para despachar á uno que estorba á otro.

—¿Y cuánto?...

—Os daré quinientos reales.

—Poco es: dobla y acepto,—dijo Santiago.

—¿Y tú?

—Lo mismo,—replicó Jorge.

—Pues ahí va la mitad.

—¿Y quién es?

—Un señor de campanillas. D. Canuto Silbo de Locomotora.

Una exclamacion se escapó á ambos.

—¿Le conocéis?

—No,—dijo con indiferencia Jorge, pensando para sí: Esto sí que es matar dos pájaros de un solo golpe.

—Tampoco yo,—objetó Santiago, diciendo para sí: Quieren matarlo estos y el otro me paga porque se lo entregue vivo y en sitio oculto; bien va, ganaremos por dos lados.

—¿Pero estais decididos?

—A todo,—replicaron ambos.

—Pues á comer y beber, y mañana á las once me esperais en la cantina de Rufo; ya sabeis, en la calle de Atocha.

—Corriente.

Al terminar la comida, primero cantaban y voceaban los tres compañeros, despues empezó á trabárseles la lengua, y por último se quedaron dormidos como leños sobre los bancos.

—Se conoce que les ha caido que hacer á estos *gachós*,—decia el tabernero quitando los restos del banquete,—mejor: todos ganaremos.

.....

Jorge, oculto trás un pilar de la iglesia de San Ildefonso, presenció la boda. A la salida vió que la comitiva se metia en dos ómnibus, y oyó que el conductor decia iban á pasar el día á las Ventas del Espíritu-Santo. Cuando los vehículos partieron él se fué á la cantina de Rufo.

Pascual tambien habia ido á la iglesia; pero como supiera en la puerta dónde iban los novios y convidados, no entró, y se fué á dar aviso á Pedro de lo que ocurría. Por esto Pascual y Jorge no se vieron.

El poeta, despues de oir á Pascual, le dijo:

—Pues vete, dispon tu gente, envíalos allá, y espérame en la fuente Cibeles, para que juntos vayamos á las Ventas, y pueda yo enseñarte el novio, ya que has cometido la torpeza de no entrar en la iglesia y haberte hecho cargo de él.

—¿A qué hora bajará V.?

—A eso de las cuatro. No conviene que vayamos antes, para no ser vistos y excitar sospechas.

—Conformes.

Poco despues, Pascual se reunia con Santiago en la cantina. Jorge no habia llegado aún. El joven, en cuanto vió á su compañero, se acercó á él y le dijo al oido:

—Desconfia de Jorge: encomiéndale lo ménos posible, y yo que soy más ágil, robusto y valiente, me encargaré de todo.

—¿Sabes algo?

—No; pero ya sabes que el último negocio que tuvimos se frustró por el.

—Tienes razon.

Jorge entró en este momento en la cantina. Todos bebieron, y Pascual les dijo:

—Idos á las Ventas; vigiladlo todo, averiguad donde comen, y cuanto importe conocer; pero no cometais torpezas que malogren el éxito, ni tú, Jorge, bebas mucho.

—Pierde cuidado. Hasta luego,—digeron los dos saliendo de la cantina y bajando la calle de Atocha para atravesar el Prado y tomar la carretera de Aragon.

Por el camino los dos iban silenciosos. Jorge decia para sí:

—¡Estúpidos! Creen ellos dar el golpe, no lo esperan; yo seré, y mia será la gloria y los cuartos.

Santiago pensaba al propio tiempo lo que sigue:

—D. Canuto me salvó una vez de presidio y hoy es preciso que yo le sirva. Pascual se fiará de mí y yo le salvaré la vida.

Así llegaron á las Ventas. Poco les costó hallar á los novios y los convidados, ni tampoco averiguar que en la *Fonda y café de la Amistad* debían celebrar la comida de boda.

Por esta razon vimos en el primer capítulo de esta obra, á Pedro y Pascual esperar la llegada de la boda en el portal-comedor-taberna, de dicha fonda.

Como lo demás lo sabe el lector, vamos á reunirnos nuevamente con los novios y convidados en el piso principal del mencionado establecimiento, donde les dejamos asaltando una cazuela de arroz con pollos, tomates y pimientos, mientras gritaban:

—¡Vivan los novios!...

Permitásenos, sin embargo, satisfacer una curiosidad que de seguro tienen los lectores.

D. Canuto celebraba en aquel sitio su día y comida de boda, á pesar de sus riquezas, porque nadie supiera ni averiguara su paradero el único día que pensaba permanecer en Madrid, puesto que todo lo tenía ya dispuesto para partir en el tren mixto de la línea de Zaragoza á la mañana siguiente.

XXV.

La alegría á los postres de la comida que se celebraba en la *Fonda y Café de la Amistad* de las

Ventas del Espíritu-Santo, era indescriptible.

Como en todas las reuniones de este género, las pullas de que eran objeto los novios, eran del color más subido, y los brindis, que, á decir verdad, se sucedían de la manera más rápida, envolvían pícaras chanzonetas, epigramas punzantes y pronósticos que excitaban la risa de todos y hacían á la concurrencia prorrumpir en desaforados gritos, hurras, bravos y palmadas.

Micaela estaba radiante de júbilo y de hermosura; D. Canuto la miraba ébrio de pasión y de delirio, y en sus pequeños ojos y en sus ardorosas miradas, bien claramente se traslucían las emociones de que era víctima.

Durante el día de campo, dos ó tres veces se habían escabullido los novios de la masa general de convidados; éstos, tan pronto como notaban la falta, se diseminaban por todas partes en su busca, y cuando la descarriada pareja era hallada, y con ella tornaban al sitio en que habían asentado, digámoslo así, el cuartel general, se producía una escena eminentemente cómica é imposible de retratar en el papel.

Las libaciones iban haciendo su efecto. En la sala de comida se cantaba, reía, bailaba, etc., todo á la vez. De pronto un hombre aparece en la escalera, y dice:

—Con permiso. Buenas noches, señores. ¿El señor D. Canuto Silbo de Locomotora?

Este hombre era Pascual.

—Yo soy,—respondió el enamorado vejete separándose de su tortolita.

—Pues hágame usted la merced de oír cuatro palabras.

D. Canuto y Pascual bajaron al piso bajo. Por un momento reinó el más profundo silencio entre los convidados, y á los cantos, baile y jarana, sucedieron los comentarios sobre quién sería aquel hombre, qué querría D. á Canuto, etc., etc. Nadie se daba esplicacion de la repentina aparicion de aquel sujeto á quién nadie conocia. Entre tanto Pascual decia á D. Canuto:

—Debe V. venir, aunque solo sea un momento.

—Pero...

—La señora marquesa necesita verle sin falta; usted la debe muchos favores, y...

—Eso es verdad; más ahora...

—Yo cumplo con mi cometido: me encargó la señora que no me fuera sin V., y que en caso de que usted no quisiera seguirme, llamase á una pareja de guardias y les dijese su nombre.

—Esto es demasiado. El día en que uno se casa no se debe ocupar de nada.

—Usted hará lo que quiera. Ya sabe V. de lo que tengo orden terminante.

—¿Y no habria medio?...

—Ninguno. La señora marquesa, ya lo sabe usted, no admite excusas. Además, dentro de una hora podemos estar de vuelta. He traído uno de sus carruajes, y por lo tanto...

—¡Qué demonio de mujer!—dijo para sí el viejo.

—Ea, resuélvase V. pronto, que se pasa el tiempo.

—¿Y quién me responde de que esto no sea una emboscada...

—Caballero, acabemos—exclamó Pascual poniéndose en pié.—V. es dueño de obrar como guste, y yo como debo.

Dió un paso hácia la puerta, pero D. Canuto le detuvo diciéndole:

—Bien, iré con V.

Los ojos de Pascual centellearon de alegría.

Los dos subieron al piso principal. D. Canuto habló dos palabras al oído de Micaela y su madre, y despues, cogiendo el sombrero, dijo á los demás:

—Señores, pronto vuelvo. Un asunto del mayor interés me priva por algunos momentos de estar á su lado, pero todo ello es nada. Dentro de una hora lo más estaré de vuelta.

Salió D. Canuto con Pascual.

La iependina marcha del viejo dejó helados á todos de estupor y curiosidad.

Ya no volvió á reinar la alegría en aquella reunion antes tan bulliciosa.

D. Canuto entró en un soberbio landó acompañado de Pascual. El coche tomó el camino al trote largo.

Eran las nueve de la noche.

A los cincuenta pasos el coche se paró de repente. Pascual, antes que D. Canuto se diese cuenta de ello, le sujetó por el cuello. Otros dos hombres entraron en el carruaje: éste anduvo aún otro rato; pero D. Canuto ya no sabia lo que le pasaba ni por dónde iba, puesto que le habian vendado los ojos.

Aún anduvo el coche un buen rato; por fin hicieron apeaar al viejo, y el fresco ambiente de la

noche le devolvió en parte la serenidad, por lo que se atrevió á decir:

—¿Pero dónde vamos?

—Silencio, ó es V. perdido,—dijeron los tres á una.

D. Canuto calló, y comprendió que bajaba á un sótano ó cueva. Una vez allí, le dejaron solo.

Pascual, Jorge y Santiago salieron.

—¿Por qué no le aviamos?—dijo Jorge.

—Porque antes tengo que hablar con el que paga, respondió Pascual.

—¿Luego te vas?—exclamó Jorge.

—Sí, me voy; pero pronto vuelvo,—dijo Pascual entrando en el coche y diciendo al cochero: A escape a la calle de Fúcar, 10.

El coche partió como un rayo.

Los ojos de Jorge brillaron de júbilo.

Santiago, que todo lo había observado, sonrió maliciosamente.

Hubo un momento de silencio.

Al fin Jorge, impaciente, dijo:

—¿Y qué vamos á hacer?

—Esperar—le replicó Santiago.

—Pues chico, yo... la verdad, tengo prisa de despachar el negocio para cobrar.

—Pero si hasta que venga Pascual...

—¡Cá, hombre, cá! Si yo por mi parte tengo también ajustado el asunto con otra persona.

—¡Hola! ¡hola!

—De modo que si quieres...

—No; de ningún modo.

—Pues chico, buen provecho.

—¿Dónde vas?

—A cumplir mi oferta.

—No lo harás.

—¿Cómo que no! ¿Quién me lo impedirá?

—Yo.

—¿Tú!

—Sí.

Santiago dió un violento salto y cayó sobre Jorge, que dió en tierra con su cuerpo. Allí se trabó una lucha corta, pero enérgica. Al fin Santiago se incorporó, desenrolló una cuerda de su cintura, y con ella amarró fuertemente á su compañero, que estaba poco menos que asfixiado, merced á un pañuelo que Santiago le habia metido en la boca.

Terminada esta faena bajó á la cueva.

—D. Canuto, venga V. conmigo, y dé gracias á Dios de que he podido salvarle. Yo nunco olvido los favores que se me hacen. Agárrese V. á mí y salgamos pronto.

—¿Santiago! exclamó el viejo reconociendo á su libertador. Yo premiaré como merece este servicio.

—Usted me salvó una vez del presidio, y yo...

—Basta.

—Calle V. no nos oigan, y ande de prisa.

A unos cien pasos, entre unos árboles, hallaron un coche, entraron en él y partieron al galope. A la mitad del camino hallaron un carruaje que, á todo correr, iba en sentido opuesto. Santiago lo reconoció y se echó á reir.

—¿Por qué te ries?

—Por nada. El pájaro ya voló; mañana volaré yo tambien para librarme de tí.

—¡Pero qué estás diciendo?

Santiago refirió á D. Canuto todo lo ocurrido. Este, al ver que le habia librado de una muerte segura, le ofreció llevárselo al dia siguiente en su compañía á Atienza.

Santiago, en agradecimiento, en lugar de llevar á D. Canuto al sitio donde D. Homobono le habia dicho, le llevó á la casa donde tenian dispuesta su habitacion nupcial.

Seguros ya de no ser hallados, conversaron largamente; pero como su diálogo ningun interés tiene para nosotros, veamos lo que hacian los demás personajes.

En el coche que cruzó en el camino con el de D. Canuto y Santiago, iban Pedro y Pascual, como habrá podido comprender el lector. Paró á pocos pasos de la cueva y de él bajaron los susodichos.

—¡Cuánto voy á gozar con su tortura!—decia Pedro á su acompañante, mientras se dejaba guiar por él.

Casi al lado de la cueva, tropezaron con un cuerpo, y por poco caen al suelo. Pascual encendió un misto; pero cuál no seria su sorpresa al reconocer á Jorge.

Al pronto le creyó muerto; pero pronto vió que aún era tiempo de salvarle. Le quitó el pañuelo de la boca, cortó las ligaduras que le aprisionaban, logrando así que no tardara Jorge en abrir los ojos y lanzar un profundo ¡ay!

Pedro, atónito, sin comprender lo que aquello significaba, presenció aquella escena. Luego que vió á Jorge respirar libremente, dijo á Pascual:

—Vamos, vamos de prisa.

El interpelado no se movió.

—¿Qué te detiene?

—¡Ay! señorito; preveo que el viaje ha sido inútil.

—¿Por qué?

—Porque este hombre era uno de los dos que guardaban al preso, y al otro no le veo por ningún lado. Sin embargo... vamos.

Entraron en la cueva y la hallaron vacía.

—¡Me lo figuraba!—exclamó Pascual.—Ese bribon me ha engañado.

—Tú si que me has vendido, canalla. ¿Cuánto te ha producido?...

—Señorito... crea usted...

—¡Me he lucido!... ¡Se ha escapado!...

Pascual salió de la cueva y se dirigió á Jorje.

—¿Qué ha pasado? habla.

—Pues... no puedo.

—Vamos, ánimo y dime...

Pedro pensativo, furioso, dado á todos los diablos, se reunió á ellos.

—Pues... dadme agua, agua.

—No la hay.

—Yo me muero.

Entre Pedro y Pascual trasportaron á Jorge al carruaje. Allí Pascual sacó una botella de aguardiente de una de las bolsas, y la aplicó á los labios de su compañero. Este bebió con ánsia, y dijo:

—Gracias: ya estoy mejor.

Pedro dió orden de volver á Madrid y á su casa.

Allí supo todo lo sucedido y la inculpabilidad

de Pascual y de Jorge. Despidió á ambos, y frenético por el fracaso se fué á ponerlo en conocimiento de doña Restituta. La ira y la desesperacion de la vieja no tuvo límites.

—¡Todo está perdido para mí!—gritaba, mesándose los cabellos.—Todos los tunos tienen suerte... ¡Infame!...! ¡Libertino!... ¡Canalla!...

Pocos momentos despues yacia en el lecho con una furiosa convulsion de nervios.

Pedro salió de la casa de la calle del Arenal, y sin darse cuenta se halló en el Suizo. En la mesa de siempre halló á Ruiz, D. Jacinto y D. Homobono, que leian una carta de D. Canuto, despidiéndose de ellos para siempre y poniéndoles al corriente de todo lo sucedido.

—Buen chasco nos hemos llevado—decia D. Homobono á sus amigos—cuando Pedro se aproximó á la mesa.

—Sí, por Cristo—exclamó éste.

—¡Cómo ha de ser!—objetó Ruiz.

—Perdemos nosotros un amigo, y un miembro la sociedad de solterones—observó D. Jacinto.

—No tal, si es que ustedes me consideran digno de ambos títulos,—replicó Pedro.

—¡Bravo!... ¡bravo!...—exclamaron todos.

—Este sí que no hará traicion á la sociedad, porque *el gato escaldado*...—dijo D. Homobono.

—Así lo afirmo—respondió el poeta.

Aquella noche el nuevo sócio asistió á la cotidiana cena del *colmado* de la calle de Sevilla, y fué el anfitrión.

Volvamos á las Ventas del Espiritu Santo.

La repentina salida de D. Canuto, como llevamos dicho, disminuyó la alegría de la reunion: su tardanza la llenó de impaciencia, y por fin, á las once, viendo que no parecia ni vivo ni muerto, determinaron volver á Madrid.

Aquellos alegres comensales y bailarines se tornaron mudos, y más que una boda parecia aquello un duelo.

Micaela lloraba sin cesar por su Canuto: nada ni nadie lograba tranquilizarla y hacerla desistir de la creencia que de todo lo que sucedia era el causante Pedro.

—Yo le conozco bien—exclamaba.—Es capaz de todo, sí señores, de todo.

Presos todos de la angustia natural, llegaron á la casa alquilada dos dias antes por D. Canuto en el barrio de Pozas, para que les sirviese de habitacion la noche de novios.

Todos se despidieron en la puerta, y madre é hija, alumbradas por el sereno, subieron al principal.

—¡Ay de mí!... ¡Madre de mi alma! Haber logrado despues de tanto tiempo realizar mis dorados sueños, y verme ahora...

No pudo concluir la frase, porque D. Canuto se precipitó en sus brazos.

Ya comprenderá el lector la escena que seguiria á este repentino é inspirado abrazo.

D. Canuto y Santiago pusieron á madre é hija en antecedentes de todo lo ocurrido. El asombro de ambas era cada momento mayor.

—¡Gracias á Dios, estás á mi lado!—dijo Micaela.

—Sí, vida mia, sí; á tu lado para siempre.

Pocos momentos despues los recien casados estaban solos en un lujoso gabinete.

La noche avanzaba rápidamente, y como á las siete del otro dia debian salir de Madrid, D. Canuto se levantó del sofá en que estaban sentados, y dijo á su esposa:

—Vaya, hija mia, acuéstate.

Micaela entró en la alcoba. D. Canuto, loco por las emociones y los sucesos, se paseaba aceleradamente por la habitacion, diciendo de cuando en cuando:

—¿Puedo entrar?...

Por fin oyó el anhelado sí de Micaela. Rápido como una centella entró en la alcoba nupcial, y se despojó en dos minutos de sus vestidos.

Al quitarse la última prenda, una ráfaga de viento que entró por el balcon, que se habia quedado entreabierto, apagó la luz y...

Al levantarse al siguiente dia, D. Canuto exclamaba para sí sin cesar:

—¡Oh!... ¡qué feliz!... ¡qué feliz soy!... ¡bien lo imaginaba yo!...

Micaela tambien decia para su capote:

—Logré ser gran señora.

EPÍLOGO.

Dos años han trascurrido.

La madre de Micaela ha muerto.

D. Canuto, pasada la luna de miel, se tornó un *Otello* para Micaela, y ni áun á través de los visillos la dejaba ver la calle.

Ella, á pesar de las comodidades materiales que la rodeaban, era desgraciada. Algunas veces á sus solas decia: «Justo castigo, es lo que me pasa, á mi ambicion. Yo sacrifiqué mi corazon al dinero, y Dios me castiga como al rey *Midas*.»

¡El oro no da la felicidad! Hoy preferiria el amor á las riquezas.

Pepa y Paco, en cambio, eran los séres más felices del universo. Se amaban más cada dia, y se miraban locos en un hermoso niño que Dios les habia dado para colmo de su dicha.

Doña Restituta olvidó al fin á su primer amante, y por no sufrir el martirio de acabar sus dias soltera, y el que la causaba pensar la iban á enterrar con palma, echó pelillos á la mar, y se casó con Juan, olvidando antiguos rencores.

La sociedad de solteros fué aumentándose de dia en dia, y Ruiz, D. Jacinto, D. Homobono y Pedro, fueron siempre fieles á su juramento, permaneciendo célibes.

Pedro, despues de algun tiempo, tuvo varios amorcillos *non santos*, y con ellos, y la vida de bohemia que hacia, adormeció en su corazon el amor de Micaela, y casi borró de su mente el recuerdo de la ingrata.

¡Esta es la vida! No hay pena, por grande que sea, que no se acalle ú olvide con el tiempo.

FIN.







